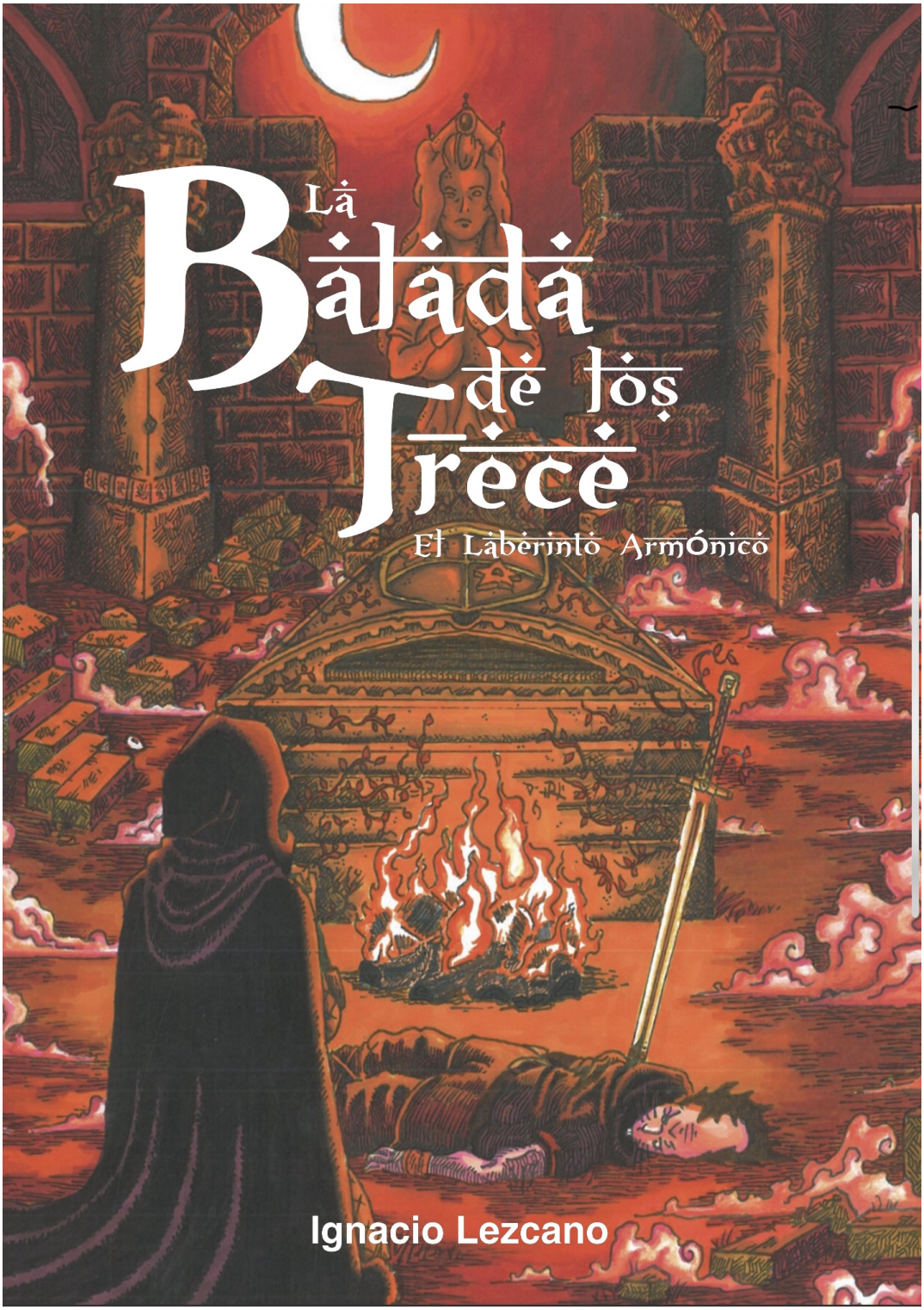
La Balada de los Trece: El Laberinto Armónico

Ignacio Lezcano



Capítulo 1

Irarum y sus compinches se arrastraban bajo la lluvia. El botín era lo opuesto a una fortuna: viandas rancias, herramientas oxidadas y unas tristes monedas que tintineaban en las alforjas de la mula. De nada servía asaltar a campesinos cuando uno recorría los límites del Reino. La frontera era foco de interminables guerras que habían esquilmado el campo, empujando a muchos al bandidaje y a la felonía, enriqueciendo al hidalgo y volviendo más miserables a quienes ya lo eran. Además, aquella noche hacía un tiempo de perros. El frío mordía y la tormenta rugía atronadora, y a cada paso arrojaba trozos de cielo sobre el bosque.

Irarum oteó la longuera al frente, un sendero embarrado que serpenteaba entre los árboles. El agua se deslizaba por su grasiento cabello y su barba entrecana. Era el mayor del grupo, el más veterano, y su experiencia le había procurado el liderazgo. Algo de lo que gustaba, sobre todo porque Iddin y Apil tenían el seso de una pareja de borricos, y él era el único que podía evitar que los ahorcaran a los tres a causa de los crímenes que habían cometido.

Lanzó un silbido que cortó la lluvia.

-¡Va, la puta de vuestra madre! ¿Qué hacéis ahí parados?

Iddin el Tuerto sopesó el saquete que contenía las ganancias de los días pretéritos.

-¿No quieres saber cuánto hay?

-Las monedas no son conejas, el oro no va a criar por mucho que lo frotes –le advirtió Irarum secándose el rostro con una manga.

El Tuerto era terco hasta decir basta y, según el día, le costaba obedecer órdenes.

-Cualquiera diría que te estorba mi precaución –se quejó.

-Lo que me estorba es tu lentitud, pedazo de patán -dijo Irarum-. La tuya y la del chico.

Iddin consintió en cerrar el pico. Tomó las riendas con su mano libre y comenzó a tirar de la mula. Era un hombre enorme a quien el Arquitecto había bendecido con la fuerza de un oso. Lo llamaban el Tuerto por la

cicatriz que atravesaba su ojo izquierdo. Una cicatriz larga, fea y retorcida. Sobre el mentón lucía una barba salvaje
que apenas ocultaba la espantosa herida recibida en defensa de la Corona. Deuda que su antiguo señor jamás saldaría. Ya no.

Viendo que la mula era tan terca como él y no pretendía avanzar por aquel pedregal encharcado, el Tuerto dejó de tirar del animal y se condujo a sí mismo hasta las alforjas. Se tomó su tiempo. Depositó el saquete con el oro, jugueteó con las hebillas y reajustó las correas.

-¿Estás sordo? –le espetó Irarum-. ¿No te he dicho que te apresures?

Iddin el Tuerto soltó un bufido.

-A fe mía que si piensas venirnos con ese azogue a cada rato, jefe, deberías ahorrar tiempo en tanta esposa de campesino –repuso sacando pecho, mostrando el emblema de su sobrevesta mojada-. ¿Ya se te ha olvidado el rato que hemos perdido esta mañana?

Irarum chasqueó la lengua.

-Pues claro que no –dijo.

-¿Y en ese caso?

-En ese caso insisto en que te afanes y muevas los pies de
una puñetera vez, Tuerto. ¿Tienes idea de cuánto queda para salir del bosque?

-No –reconoció su compañero.

-Pues con más razón.

El Tuerto asumió su lugar y, en cuanto tuvo ambas manos libres, logró por fin que la mula se pusiera en marcha. Era tan poco avispado que aún no se había desprendido de su vieja sobrevesta. ¡Como si el blasón de los Flamaverde no llamara la atención! Aquellas eran ropas inapropiadas para el bandidaje. Además, el muy astuto cargaba un escudo de cuatro pies de altura, donde la madera pintada exhibía de nuevo el emblema de la familia real: la tremolante llama esmeralda bajo la corona dorada. Y no era porque Irarum se hubiera callado o se hubiera abstenido de rogarle discreción, de decirle que guardara el escudo en un saco y lo cargara en la mula. De hecho, se lo había repetido hasta la saciedad. Pero, ¿qué podía esperarse de Iddin el Tuerto? Como de costumbre, un malgasto de saliva.

Un tronco cruzado en mitad del camino los hizo detenerse. Cerraba la marcha el más joven del grupo, un muchacho llamado Apil que, por

ventura, tardó un instante en darse cuenta de que habían dejado de caminar. Flacucho, supersticioso, no había cumplido la veintena, pero los tiradores veteranos de la corte decían de él que podía acertarle al ojo de un mochuelo a cuarenta varas de distancia. Irarum sabía que era capaz de proezas mayores.

-¿Oyes, chico? ¡Date prisa!

-Ya va -repuso Apil, agitándose bajo su caperuza. Parecía distraído. Más distraído que de costumbre, y ya era decir. El arquero se asomó a la vera del sendero y metió la cabeza entre los árboles-. No sé, jefe… me había parecido ver algo –dijo.

-¿Algo de qué?

-Un jabalí o un oso, tal vez. O un Rey del Bosque. Me pregunto si hay Reyes del Bosque en estos bosques.

-No los hay –rezongó Irarum apoyándose en el tronco caído-. Debe ser otro de tus fantasmas.

El chico encajó la réplica con poco entusiasmo.

-No sé a qué viene tanta chanza con mis fantasmas –se defendió-. El labriego de esta mañana nos ha echado el mal de ojo, por si no te has dado cuenta. Podríamos haberle robado y habernos marchado sin torturarlo. Pero no, tú has querido provocarlo. ¡Por el Arquitecto, jefe, es que siempre quieres provocarlos!

Aquel imberbe ponía enfermo a Irarum. Tanto más sus quejas.

-Cacareas como una vieja –le espetó saltando el tronco-. Como si no hubieras montado a su esposa hasta desgarrarla. Entonces no te quejabas del mal de ojo, chico.

Apil lo siguió de cerca, dejando en último lugar a Iddin el Tuerto y a la mula, mientras animal y hombre bregaban con el árbol caído.

-No me he vuelto escrupuloso, jefe, no se trata de eso -alegó el muchacho-. Pero voto al Arquitecto que con ciertas cosas no se juega. No se juega con fantasmas, y tampoco con el mal de ojo.

-Paparruchas.

Irarum no había escapado a la regia disciplina del rey para contener el deseo en sus entrañas. Rayando el alba se habían cruzado con un matrimonio de campesinos cerca de un arroyo. Mala fortuna para ambos. El varón había forcejeado y blasfemado, así que Irarum le había cortado la

lengua. Con su parientaobservando, por supuesto. Y, luego, más por silenciar sus chillidos de puerco que por compasión, le
había suministrado palmo y medio de acero en el vientre. Un hombre muerto era más discreto que uno vivo, y más sosegado. No obstante, la perorata de su agonía había sido larga y tediosa, pues había pasado un buen rato aullando que si el destino esto, que si el destino lo otro. Como si un campesino supiera de tales menesteres.Irarum estaba por encima del destino, Irarum se meaba en el destino.

La zorra de su esposa había durado un poco más. Lo suficiente como para que Apil y él la montaranpor turnos. Ella se había resistido revolviéndose, intentando agarrar la mano inerte de su esposo. Pero sólo hasta perder los dientes a manos de Iddin el Tuerto. Después de aquello sus piernas se habían abierto, y había gemido tras cada embestida, la cara aplastada contra el barro, los ojos cerrados y el nombre del Arquitecto en la boca. Alguna vez había sido bella. Nunca más. Ambos cadáveres habían acabado en el río. No era menester atraer la atención de mirada indeseadas. A fin de cuentas, acababan de desertar del ejército real de Daaraganda.

Irarum había convencido a Iddin y a Apil para abandonar las huestes del rey Flamaverde. Los señores rara vez tenían a su disposición ejércitos permanentes. Sus tropas se nutrían de mesnaderos llamados a filas en tiempos de crisis. Pero aquella regla no se aplicaba a la Corona. El rey necesitaba soldados a sueldo que defendieran los intereses del trono cada día del año.

Y, si bien era cierto que al servicio de la estirpe Flamaverde los tres habían gozado de una paga regular, de considerables saqueos tras las batallas y de infinitas ventajas para tratar a sus enemigos al gusto, la reciente perspectiva de ir a la guerra no los había satisfecho en demasía. Sobre todo a Irarum, que cargabaa sus espaldas unas cuantas campañas y estaba harto de rezar por el bienestar de su pellejo.
Una cosa eran las disputas entre los pequeños señores, donde siempre esperaba un botín suculento, siempre una gavilla de desgraciadas a las que ensartar la verga. Pero hacer frente al poderío de Rocasanta era harina de otro costal, no había yantares ni mujeres de por medio.

Sólo gloria o muerte.

-La gloria es para los caballeros y los señores -les había explicado a los otros la noche de su fuga-. En cuanto a la muerte, aún no estoy dispuesto a que el Arquitecto se me lleve.

Si los rumores eran ciertos y, probablemente lo eran, no
quedaba ni rastro del ejército real que había acudido a la batalla. Al final había sido muerte. Una muerte horrible de huesos tronzados y tripas desparramadas, de la que ellos tres se habían librado por los
pelos. Pero poner montañas de por medio no absolvía a un desertor de su

crimen y, menos, de la pena. Y cada vez que lo pensaba, Irarum se echaba una mano al cuello y creía sentir la aspereza mortal de la soga del verdugo. No le faltaba otra cosa, haber escapado de las brasas para caer al fuego.

Así que, muy en secreto, se había jurado algo: mientras le quedara aliento sería su propio amo y se pondría sus propias leyes, y que le dieran por el culo al Reino de Daaraganda, al rey Flamaverde y a toda su maldita corte.

Poco después, el sendero desembocó en un puente tendido sobre un río. La lluvia había desbordado su curso y el agitado flujo azotaba la imposta salpicando gotas sobre la pasarela. Más allá, el sendero se alargaba, zigzagueaba y se perdía en las entrañas de un mar de niebla.

El joven Apil se detuvo al borde del puente. Entonces, con precaución, escrutó ambos lados como esperando descubrir cuál de los peligros que su mente imaginaba iba a recoger el testigo del anterior, aparición u ogro, presto a salir de debajo del puente para sorberles los sesos. Muchos monstruos y muy poca mollera, eso era lo que Apil tenía.

-Voto al Arquitecto que este bosque me pone los pelos de punta –maldijo el chico-. Estoy deseando salir de aquí.

El Tuerto, que por pecado era incapaz de mantener la boca cerrada cuando debía, decidió responderle. Y, así, habló de más.

-Cualquier cosa es mejor que seguir deambulando por donde íbamos ayer –dijo.

-¿Ayer? ¿Y dónde estábamos ayer?

-Demasiado cerca de la frontera… ay de nosotros, chico, como pasemos al otro lado sin darnos cuenta y los señores de Rocasanta nos pongan la mano encima.

-¿Rocasanta? -exclamó Apil horrorizado-. ¿Acaso estamos tan cerca? ¡Me cago en diez, seguro que habéisoído las historias!

Irarum no era de natural contingencia, y no contuvo el impulso de intervenir.

-Claro que las hemos oído. Por eso nos alejamos, chico.

Su argumento no convenció al joven Apil.

-Pues más lejos querría estar yo, jefe, y en dirección contraria… hombres y mujeres mutilados, y hasta niños. Lo que se cuenta de esas mazmorras haría mearse de miedo al Arquitecto... y se hacen llamar sus devotos siervos, santo profeta.

Las historias, sí. Todo el mundo las había oído, incluso el chico, que no había salido de las tierras de la Corona hasta la noche de su deserción. Iddin llevaba encargándose de él desde que a su padre lo despedazara un proyectil de catapulta veinte años atrás. Aquello ocurrió antes de entrar al servicio de los Flamaverde. Antes de luchar por el rey en su blasfema defensa de los mestizos y su Oído maldito. El Tuerto se había convertido en el protector de Apil, y lo arrastraba consigo a donde iba. Y a Irarum no le quedaba otro remedio que aguantar sus sandeces.

-¿Qué sabrás tú?

-Bien lo sé –afirmó éste-. Hace unos meses volvía de una batida de caza en los bosques de la Corona y nos topamos con ese santo Inquisitor al que llaman la Mano de Dios. Había capturado a una mestiza. No sé qué harían el uno o la otra tan cerca de la capital. El hideputa la condenó sin juicio previo. Le cortó las orejas para que no pudiera usar sus poderes. Luego la colgó boca abajo para que la sangre se le concentrara en la cabeza, hasta que los ojos se le pusieron rojos como la cresta de un gallo y sus orejas mutiladas parecieron surtidores. Y, al cabo, empezó a cortarla por la ingle –el arquero elaboró un movimiento desagradable con su diestra, adelante y atrás-. Así –dijo-, despacio y con calma, usando un serrucho, jefe. ¡Un serrucho!

Irarum se había cruzado con uno de aquellos Inquisitores y tenía clara su postura: cuanto más alejados, mejor.

-Yo no he visto a nadie agonizar así -continuó Apil-. Y, si no, que me parta un rayo.

-No te partirá, chico, me consta que la Inquisición lleva años perfeccionando sus métodos de tortura.

-Además, ese hombre sabía cómo hacer para que la mestiza no se le muriera desangrada, jefe, cauterizando la herida con sus manos y rezando plegarias al puto Arquitecto, y…

-¡No blasfemes! -lo reprendió el Tuerto.

-¡Ay!

Apil recibió una colleja, pero hizo como si nada.

-Y vaya si tardó en morir –añadió doliéndose-. Hasta tres horas tardó... y cuando el Inquisitor terminó con ellano quedaba nada de la bruja. Sólo un amasijo de carne y huesos que alguna vez había sido una mujer.

-La ley del Arquitecto, chico, ya lo ves.

En realidad, Irarum comprendía su pavor. Pese a que nunca lo habría dicho en voz alta. Admitirlo habría abierto la veda a la superstición de aquel par, en especial la de Apil y, que un rayo lo fulminara si no había tenido bastante para toda una vida. ¿Pero cómo negarlo? Los señores de Rocasanta eran verdaderos dementes de la Vera Fe y los rumores sobre sus espeluznantes métodos de tortura trascendían las fronteras de sus señoríos.

En las últimas décadas habían ganado tanto poder que la mitad de las grandes estirpes del Reino de Daaraganda se habían unido a su sacra causa. Esa causa los había llevado a apoderarse de una región contigua con la excusa de una vieja disputa religiosa. Y, excusa o no, la región se había consolidado como reino independiente en menos de lo que tarda un pez en morir fuera del agua. Así, el antaño duque Árbolsanto se había ceñido una elegante corona. Y, desde entonces, no existía hombre que no temiese su poderío y su alianza con la Inquisición tanto o más que a la corte real de los Flamaverde.

Ellos tres incluidos.

-¿A ti te azoran las mismas cuestiones, Tuerto? –tuvo que preguntar Irarum.

Casi habían cruzado el puente.

-A mí me azora la guerra –repuso Iddin encogiéndose de hombros-. He estado pensando en lo que dijimos ayer. Lo de escapar de Daaraganda y establecernos en otro reino, lejos de estos reyes pendencieros.

-¿Otra vez con eso?

-El chico y yo lo hemos hablado. Creemos que es una buena idea.

-Paparruchas, Tuerto. Fuera de Daaraganda nos cocerían en una olla para que un rey negro se diera un banquete con nosotros.

Era un buen argumento para alguien con dos dedos de frente.

-No todos los hombres que viven fuera del reino son así –afirmó Iddin, en cambio, y volvió a tirar de la mula-. Tiempo ha vivía cerca de los cuarteles un viejo monje, un gordinflón que en su mocedad había viajado fuera de Daaraganda a pregonar la Vera Fe. ¿Lo recuerdas?

-Lo recuerdo.

-Tenía los ojos secos de tanto hincarlos en tomos polvorientos, ese fulano.

-Ay, Tuerto, eso también lo recuerdo.

-Pues recordarás que empinaba el codo cerca de la plaza pequeña que había detrás de los establos reales. Allí se sentaba, y hablaba sobre sus viajes. ¡Y qué viajes, por el Arquitecto! Las tierras de los comerciantes rhus y los piratas norlungos y, al otro del Mar de las Calmas, el Imperio de los Hombres Tardíos. Era un viejo beodo, pero ese monje había visto mundo, jefe.

-Eso de los hombres tardíos se lo inventó, Tuerto. No se puede navegar el Mar de las Calmas a vela. En esa balsa gigante no hay vientos ni mareas, y está llena de monstruos marinos. Si existe un lugar así al otro lado del mar, nadie de esta orilla lo ha pisado, créeme.

-¡Qué sabrás tú, jefe!

-Sé lo que sé.

-Pues las historias del monje prometían tesoros de oro y plata, y mujeres salvajes que no conocen el recato de nuestras leyes, y libertad para vivir -Iddin se llevó una mano a la cicatriz de su ojo, recuerdo del mismo asedio en que había muerto el padre de Apil-. Los Árbolsanto no tardará en alzarse en armas contra el trono de Daaraganda, el rey Flamaverde tiene los días contados –declaró-. Cuando la Inquisición lance a sus huestes contra los partidarios de los mestizos la mitad de las grandes estirpes del reino se le unirán. Los mestizos no gustan. Ni te gustan a ti, ni me gustan a mí, ni les gustan a los señores que están cómodamente sentados en sus fortalezas y son devotos fieles del Arquitecto. Ese Oído endemoniado que tienen… guerra, Irarum. Otra vez.

-Pues el rey Flamaverde es el único que puede evitarlo –murmuró Apil.

-¡El rey Flamaverde es un pecador! –el Tuerto dijo aquello con voz iracunda-. ¡El primogénito de la Corona es un mestizo exiliado… un puto brujo con Oído!

Irarum escupió una flema grisácea que el oleaje del río se encargó de

transportar desde el pretil hasta el suelo encharcado del puente.

-Hace una década que el rey Flamaverde perdió a sus dos herederos -expresó-. Dicen que el pequeño desapareció en dudosas circunstancias y que por eso el mayor abrazó su Oído y abandonó el reino. Pero, que yo sepa, después de tanto tiempo, nuestro rey sigue ocupando el trono de Daaraganda.

-No por mucho más, jefe. Ya sabemos lo que pasa cuando los reyes se enzarzan en sus rencillas. Acuérdate del padre de Apil...

-No sigas por ahí –lo atajó Irarum-. No es menester remover la mierda del pasado. No queremos que el olor nos acompañe toda la noche.

Ya salían del puente cuando la terca mula clavó los cascos en tierra y se negó a seguir avanzando. Un relámpago destelló en el cielo. Al otro lado del bosque, arropado por la caja acústica que conformaba la pared de una sierra cercana, su hermano trueno respondió con un redoble. La tormenta estaba creciendo y el sendero se adentraba en una nube de niebla que había salido de ninguna parte.

-Qué noche -se quejó Iddin, incapaz de mover al animal de su sito.

-Mataría por un techo -estuvo de acuerdo Apil.

La mula no quería entrar en la niebla, así que los tres tuvieron que arrimar el hombro y empujarla. Charcos profundos sembraban el camino. Un terreno en demasía peligroso para el asustadizo animal. Y aquella bruma… hasta Irarum comenzaba a entender la desazón que la bestia y Apil compartían. Una niebla que resistía la lluvia era cosa antinatural. Uno de esos fenómenos con los que cualquiera prefería no cruzarse.

-Yo me pregunto a menudo por el perdón del Arquitecto –comentó el chico caminando a tientas, mientras movía unas manos casi invisibles frente a su rostro-. Y ahora no dejo de pensar en el mal de ojo que nos ha echado el puto campesino.

Irarum quiso ahorrarle las esperanzas vanas que perturbaban a otros.

-Yo no perdería el tiempo buscando perdón.

-Pues dicen que en Tierra Santa puede uno expiar sus pecados, y que dar muerte a un mestizo es el camino a los Siete Cielos. Sólo hay que cortarle las orejas y llevárselas a un Inquisitor.

-Lo dudo. ¿Cómo sabrían los Inquisitores que son orejas de mestizo?

-No lo sé, pero se promulgó una bula, jefe –cacareó el arquero-. Es la palabra del Arquitecto.

-Es la palabra del Sumo Inquisitor –lo corrigió Irarum-. Pero el Sumo Inquisitor es sólo un hombre, y dicen que está a punto de estirar la pata.

Aquel rumor no divirtió a Iddin el Tuerto. Su viejo amigo era el único de los tres que se tomaba en serio las prácticas más ortodoxas de la Vera Fe. Como hombre, vivía con el Arquitecto en los labios pero, sobre todo, en el alma, pues era temeroso de su ira. La noche que Irarum le sugirió que desertaran del ejército real y eludieran los conflictos religiosos que enfrentaban a los Flamaverde y a los Árbolsanto, el Tuerto no se lo pensó dos veces antes de llamar a Apil para escabullirse en la oscuridad. La ley divina obligaba a respetar a duques y reyes pero, por encima, imponía obediencia a sus paladines juramentados, el Sumo Inquisitor y las huestes de Rocasanta.

-¡Basta ya, os lo advierto! –cuando el Tuerto se ponía serio parecía que la barba se le erizaba, y que su cicatriz se hacía más ancha-. Contrariar una bula inquisitorial es pecado -dijo-. El Arquitecto nuestro Señorpuso su palabra en boca del Sumo Inquisitor.

-Sí, que bebe aceite sagrado del ojete del rey Árbolsanto -puntualizó Irarum.

Se hizo un breve silencio. Al cabo, la voz de Iddin sonó a unos pasos de distancia.

-Si la Espada del Sol siguiera vivo nada de esto estaría pasando -murmuró el Tuerto.

-La Espada del Sol, esa sí que es buena -repuso Irarum-. ¡Ja! Hasta los Árbolsanto agachaban la cabezacuando el principito comandaba las huestes de la Corona.

-¿Quién? -inquirió Apil.

-La Espada del Sol -repitió Irarum-. Ah, pero tú eras un cachorro y no lo recordarás como nosotros, chico. Fue el hijo menor del rey Flamaverde. Despareció de un día para otro sin dejar rastro. Hay todo clase de rumores circulando por ahí. Que si lo envenenaron y lo enterraron en secreto, que si lo devoró un Rey del Bosque mientras estaba de caza, que si se ahogó tratando de navegar el Mar de las Calmas… Era intrépido. La mejor espada que haya visto Daaraganda. Sabe el Arquitecto que habría

matado a mi madre por verle pelear con estos ojos.

A Apil le hizo gracia lo de su madre. Su humor contagió a Iddin y el gigantón se olvidó de su enojo.

-¡Habrías matado a tu madre por mucho menos, jefe! –masculló.

-Corrige, Tuerto, maté a mi madre por mucho menos, apenas unas monedas de cobre. ¡Aunque antes la muy furcia intentó acuchillarme!

Los tres se troncharon de risa.

Eran desertores, a fin de cuentas. La vida era sencilla cuando no debías lealtad a un señor envuelto en sedas y organdí. Una vez salieron de la nube, tras un dilatado tiempo avanzando a ciegas, la lluvia cesó. Parecía haber sido aplacada por un hechizo misterioso. La luna había desaparecido. Las estrellas dormitaban sobre un jergón de nubes y la oscuridad urdía negros secretos.

Siendo honesto consigo mismo, Irarum comenzaba a notar que algo inquietante latía en aquel lugar. El silencio que envolvía la foresta era sepulcral. No se escuchaba un animal. Ni el canto del búho. Ni el correteo del zorro. Nada.

-Creo que...

Un estampido ensordecedor los clavó al suelo.

Un golpe sonoro que dejó tras de sí un ronroneo parecido al departir de truenos lejanos. El eco se propagó por el bosque como una inundación descontrolada, luego se volvió un murmullo y finalmente se apagó. Entonces algo perforó la negra bóveda que cubría el firmamento. Un pilar invisible. Como si el Arquitecto mismo hubiera abierto las nubes para dejar pasar su luz. Un terror fugaz e irracional se apoderó de Irarum. Vio que Apil pegaba un salto. Iddin se santiguó. Y entonces el agujero en las nubes volvió a cerrarse, devolviéndolos a aquella primitiva oscuridad.

"Brujería, por todos los santos", pensó Irarum y, aunque no quiso creerlo, la semilla de la duda estaba ya plantada en su alma.

-¿Qué ha sido eso? –musitó a su lado Apil.

Irarum advirtió que el chico estaba temblando. Examinó los rostros de sus compañeros y apretó los escasos dientes que bailaban en su dentadura.

-¿Trabajo con hombres o con un par de viudas?

-Con hombres temerosos del Arquitecto, y no es menester que nos juzgues por ello –aclaró Apil tomando su arco-. ¿Acaso no has visto eso?

Irarum arrugó la barbilla y extendió un brazo, señalando en dirección al área de origen del siniestro fenómeno.

-Ve y echa un vistazo.

-¿Yo? ¿Y por qué yo?

-Porque tú eres el único que tiene un arco. Si alguien viene no tienes más que meterle un dardo entre las cejas. Ve. Nosotros te esperamos aquí.

-¿Y si es un mestizo? ¡Esto apesta a brujería, jefe!

-No eres un Inquisitor, chico, y tampoco llevas a la vista ninguna prueba que te delate como soldado. Sólo eres un cretino que deambula por el bosque. El hijo de un cazador. No correrás ningún peligro.

Tras un corto debate, el arquero se marchó muy enfadado, rogando en voz alta para que aquella cosa que acababan de presenciar hubiera sido un milagro del Arquitecto y no la obra de un mestizo. Quién sabía de qué era capaz uno de esos herejes con Oído.

-Volverá en un momento –murmuró Iddin tratando de quitarle hierro al asunto.

El Tuerto parecía sentirse culpable por haber enviado al chico solo. Irarum le dedicó un gesto exasperado y se sentó en un álamo próximo. Un silencio cargado de reproches los envolvió. El tiempo transcurrió, las nubes se retiraron, arrastradas por aquel viento creciente, frío como el aliento de un muerto.

-Alguien tenía que ir -gruñó Irarum.

Iddin ni siquiera respondió.

Al cabo, Apil reapareció entre los árboles. Había dado con las ruinas de un viejo mausoleo en lo alto de una colina cercana. El lugar era perfecto para pasar la noche, decía, seco y abrigado. Sólo cabía una cuita:

-Está debajo de esa cosa que hemos visto en el cielo –explicó temblando-. Y hay alguien dentro.

Irarum se frotó los brazos entumecidos por la humedad. A él tampoco le gustaba. Y, sin embargo...

-Necesitamos refugio –tomó la lanza que pendía del costado de la mula para inspirar ejemplo en los otros-. La tormenta regresará pronto –afirmó-. Y no dormiré al raso a causa de vuestra necia superchería.

La noche se había transfigurado. Las nubes habían descendido y encontraron la colina de Apil escondida en una masa de bruma virgen. La luna le otorgó vida, llenándola de sombras silenciosas, rendidas al soplo del viento que susurraba entre los árboles de la ladera. En lo alto del promontorio se alzaba un viejo edificio, negro como el carbón, coronado por cuatro torrecillas que amenazaban con venirse abajo en cualquier momento.

Un trueno sacudió la construcción. Los árboles que la rodeaban cimbrearon ligeramente, haciendo sonar sus hojas. Un grupo de murciélagos levantó el vuelo, aleteó sobre las ruinas y se alejó de allí.

Los desertores se detuvieron sin atreverse a avanzar. El estampido había sido idéntico al que habían escuchado a lo lejos. Irarum maldijo por lo bajo. No se dejaría amedrentar. No delante de sus compinches. ¿Brujería? Paparruchas. Hizo unos aspavientos indicando a los otros que se dispersaran para rodear el edificio. Después echó una carrera pendiente arriba y apoyó la espalda contra el muro más cercano. Aspiró el aire de la colina. La piedra apestaba a podredumbre y a humedad.

Quiso asomar la cabeza por un agujero en el muro, precavido, pero una ráfaga de algo invisible y pesado le peinó el flequillo. Acto seguido, un chillido espeluznante brotó del interior del edificio y se marchó cabalgando ladera abajo.

Se hizo el silencio.

Tenso, Irarum se agachó y volvió a intentarlo, lanza en mano. Aquella vez con más atino. Vio unespacio octogonal rematado por una cúpula que apenas se sostenía en pie. Lo que sin duda explicaba esos ruidos atronadores que habían escuchado a lo lejos. En el suelo había pedazos de la misma, y también de las paredes negras que se habían desplomado, cubiertas en parte por densa hiedra y una lámina de bruma que reptaba a ras de suelo.

En el centro había un sarcófago velado por un manto de florecillas blancas. La factura era exquisita: la piedra brillaba tan pulida que parecía cristal. Estaba presidida por la escultura en mármol de una hermosa doncella. Joven, virginal. La exposición a los elementos había desgastado sus facciones pero su rostro aún guardaba un halo de pureza embriagadora. Sus manos, recogidas sobre el pecho de forma suplicante,

le recordaron a la campesina a quien había asesinado por la mañana.

“Pero aquélla era una mujer vulgar”, pensó Irarum. “Ésta ha descendido de los Siete Cielos".

Un vistazo más amplio le bastó para comprobar que Apil tenía razón y no estaban solos. Delante del sarcófago había una pequeña hoguera y, de pie, a su lado, un individuo vestido con una capa de viaje verde, la capucha calada hasta la nariz, tan concentrado en la escultura de la doncella que no parecía vivo.

Su serenidad hipnótica distrajo a Irarum y tardó un momento en darse cuenta de que a sus pies yacía un segundo hombre. Tenía una cabeza enorme y peluda como la de una bestia. Más parecía una abominación, a juzgar por su deformado rostro, del que sobresalían unos dientes de roedor. Y, sin embargo, seguía siendo un rostro humano, con ojos y nariz, y labios humanos, solo que dotado de una fealdad poco común. Aquel hombre espantoso tenía una espada clavada en el pecho. Los quejidos que brotaban de su garganta indicaban que se estaba ahogando en su propia sangre. Hecho que el encapuchado ignoraba con su despiadado silencio, ocupado en la más urgente tarea de atender a la escultura de la mujer.

“Debe ser un viajero”, se dijo Irarum. “Un trotamundos, quizás, o puede que un peregrino”.

Últimamente los senderos estaban repletos de penitentes dispuestos a expiar sus pecados, ya fuera a costa de flagelarse, viajando arrodillados durante semanas o parándose a rezar en cada santo lugar del camino. ¿Pero de dónde había sacado aquella espada un peregrino? Parecía acero de calidad, templado en las fraguas de un castillo, más propio de un noble caballero que de cualquier suerte de vagabundo. Y, además, ¿quién era el horrendo desgraciado que estaba exhalando su último aliento?

“Ese chillido espeluznante ha salido de su garganta”, decidió.

Irarum no se apresuró. Observó al extraño moribundo hasta que estuvo seguro de que no quedaba vida en él. Lo supo porque su rostro de roedor se deshinchó súbitamente, recuperando algo de su humanidad perdida en un proceso que duró un parpadeo. Irarum ya no sabía si sus viejos ojos lo estaban engañando a causa de las sombras que la hoguera proyectaba.

Continuó observando al encapuchado. Se habría dicho que éste no respiraba. No movió un músculo para comprobar que su enemigo yacía, en efecto, sin vida. Y no pudo negar que existía algo hipnótico en aquella situación. Era, tal vez, el brillar de las ascuas reflejado en la niebla… pero

daba la impresión de que la mujer y él se rezaban mutuamente.

Carne y piedra.

Apil apareció al otro lado del edificio. “Puede acertar al ojo de un mochuelo a cuarenta varas”, recordóIrarum, y ese pensamiento fortaleció su confianza. Ya lo había decidido. Los Inquisitores no vestían capuchas y los mestizos no utilizaban espadas, pues necesitaban tener las manos libres para realizar sus conjuros. No había nada que temer. Sólo la nobleza blandía acero de calidad, en cualquier herrería les darían una fortuna por un metal así.

Aquel caballero era su presa. Y estaba a su merced.

Apil tomó aire, tensó su arco y soltó una flecha. Hubo un silbido y un chirrido metálico. Una bola de chispas destelló cerca del encapuchado. De pronto, el proyectil estaba dando vueltas por los aires, describiendo una parábola. Había rebotado contra algo. Perdió fuerza y cayó tres pasos más allá.

Irarum entró en el mausoleo con la lanza por delante. ¿Qué había pasado? El arquero nunca fallaba. ¿Y cuándo se había movido aquel tipo? Porque se había movido. Apil cargaba ya otra flecha. Iddin se sumó a ellos, hacha y escudo en mano. Cerraron el cerco alrededor de su presa. Tres contra uno, la ley del bosque.

-¡Tú, hideputa! -gritó Apil-. ¡Échate al suelo o te lleno las tripas de flechas!

Irarum se acababa de dar cuenta de que el encapuchado no estaba desarmado, sino que sostenía un cuchillo. Dos palmos de buen acero. Demasiado bueno para un trotamundos, pensó. No sabía en qué momento lo había desenvainado.

-¿Ves cómo me mira, Irarum? –rechistó Apil sin dejar de apuntarle con su arco-. A este cabrón lo mato y sanseacabó... ¿estás sordo, hideputa?

El encapuchado desapareció.

No, Irarum lo perdió de vista. Cuando dio con él se hallaba cinco pasos más lejos y estaba realizando un quiebro imposible. Se movía muy rápido. Oyó silbar una flecha, dos flechas. Ambas pasaron de largo. De nuevo, su oponente escapó a su mirada.

¡Era una mancha borrosa!

Corrió en dirección a Apil. Habría parecido que volaba de no haber sido por el reguero de huellas que sembraba a su paso en la niebla

empantanada. El chico disparó. La mancha blandió su cuchillo sin dejar de moverse. Hubo un chasquido acerado, metal mordiendo metal.
El dardo rebotó contra la hoja, saliódespedido, dibujando una estela de chispas rojas.

La mancha embistió como un rayo. La niebla estalló en un remolino. Estaba encima del joven Apil. Pero ya no era una mancha, volvía a ser un hombre embozado en una capa. El rostro del chico
se congeló. Elcuchillo sobresalía de su vientre, hundido hasta la empuñadura.

Cuando la sangre comenzó a manar, Irarum perdió los nervios y descargó su mejor disparo. Su lanzacruzó el mausoleo en busca de su objetivo. A su vez, el malnacido se movió. No mucho, lo justo. La lanza alcanzó a Apil en el pecho, en lugar de alcanzar a aquel sujeto escurridizo. Tiró del chico y lo dejó clavado a la pared, matándolo al instante. El Tuerto rugió, perdida la razón. El encapuchado estaba de espaldas a él, no podía verlo… pero, aun así, su arma hendió la nada como había ocurrido con las armas del resto.

Irarum corrió en dirección a ellos, temiendo lo peor. El sarcófago estaba en medio, tenía que rodearlo. Supo que no llegaba.

Iddin falló otro mandoble de su hacha, perdió el equilibrio y cayó de bruces. Su enemigo blandió el cuchillo y se lo introdujo en el ojo sano. El Tuerto chilló, se desangró, quedó tendido con una pierna palpitante.

Y así murió, del todo ciego.

Sólo entonces el encapuchado reveló su rostro a Irarum: unas facciones de edad indefinida y unos mechones de pelo dorado que acariciaban una nariz perfilada. Y su mirada. Verde como la esmeralda, fría como el invierno más inhóspito. Irarum tropezó con torpeza y acabó sentado sobre su trasero. Sólo entonces pudo percibir la energía que manaba del asesino de sus camaradas, pues parecía que el aire pesaba más a su alrededor.

Había errado hasta el fondo: aquél no era un hombre.

-Supremo Arquitecto...

El encapuchado inspeccionó el blasón del escudo de Iddin, la llama esmeralda de la estirpe real, con curiosidad. Echó un vistazo a su alrededor y arrancó el hacha de las manos inertes del Tuerto. Pasó sobre el cadáver del hombre con cara de roedor a quien había matado en primer lugar. Se aproximó con pasos medidos, precisos. La niebla se humilló ante él formando una senda.

-¿Quién eres, demonio? –gimoteó Irarum-. ¡Atrás! ¡Aléjate de mí, por el Arquitecto!

Su enemigo enarboló el arma recién tomada.

-¿Quién soy? -su voz era un glaciar-. Soy el rencor que nació de servir a un mundo deshonesto, igual que vos, desertor.

Irarum se ahogaba. No entendía nada. Notó el calor de la orina que le corría entrepierna abajo. Supo que aquello era cosa del destino. El destino que se meaba en él, después de todo. Intentó levantar una mano, suplicar clemencia.

En vano.

El hacha descendió fulminante.

Capítulo 2

Fjiorleif I. Luna de Sangre

Marrón y verde. Troncos, hojas y ramas pasando a toda velocidad. Siluetas diluidas en borrones. La brisa corría desde el acantilado, a lo lejos, y le soplaba en el rostro. Ya veía luz al otro lado de la arboleda. El Claro estaba justo delante.

Fjiorleif Harekdotter era rápida como una libre. No tenía piernas largas o brazos musculosos, pero podía derrotar a cualquier chico de la aldea en una carrera. Eso creía, y por eso lo había proclamado delante de todos, algo ufana de sí misma. Ahora, por culpa de su bocaza enorme, tenía prohibido perder contra Ottar. De ganar la apuesta el muchacho, él y sus amigos se pasarían las próximas lunas riéndose de ella. Casi escuchaba ya las carcajadas de las chicas del pueblo, esas cotillas.

"Cuando madre se entere, las burlas serán el menor de mis problemas", pensó.

Pero no importaba. Prefería recibir una azotaina en casa que soportar los comentarios que le esperaba en la plaza del mercado. Las heridas que afectaban al cuerpo dolían, pero curaban. Las que afectaban al orgullo, en cambio... cualquier norlungo sabía eso, hasta una niña pequeña.

Ágil, saltó unos matorrales y aterrizó en el Claro. El sol la saludó con un destello, sorprendiéndola con su brillantez. La hierba estuvo a punto de hacerla resbalar, pero aguantó el equilibrio y aceleró el ritmo. Temía que Ottar hubiera pasado ya por allí. Eso era lo peor: el desconocer la posición de su oponente. Pues, aunque ambos habían salido de Smågard al mismo tiempo, cada uno había tomado sus propios atajos. Una vez en el Claro, los caminos que conducían a la meta se reducían a uno.

Empezaba a sentir escozor en el pecho. Era preciso ganar más terreno antes de entrar en la zona prohibida del Entramado de Abetos, donde hallaría mil obstáculos. Estaba pensando en ello cuando localizóa Ottar por el rabillo del ojo. El muchacho acababa de acceder al Claro y avanzaba implacable. Fjiorleif fijó la vista al frente, apretó los dientes, movió las piernas tan rápido como pudo.

Seguía en cabeza cuando la espesura se la tragó. Pinos, abetos y piceas. A la espalda escuchaba los pies de su perseguidor. Saltó un tronco caído y arrambló con unos matorrales, arañándose las piernas y la falda. Más motivos para que madre le tirara de la oreja, supo. Caracoleó evitando los siguientes obstáculos, sin mirar atrás al pasar por Charca de Sapos, un

manantial que fluía bajo un pino anciano devorado por la vegetación. Ya no quedaba nada. En seguida, el camino la introdujo en el Entramado de Abetos. Era ésta una zona sembrada de árboles gigantescos, que muchos de los habitantes de la aldea evitaban. De hecho, su abuelo Hakon le tenía terminantemente prohibido entrar allí.

No sin razón.

Apenas pisó terreno vedado, una melodía se le acercó flotando entre los árboles. Era una vocecilla sinuosa. Fjiorleif se volvió sin dejar de correr, esperando tener a Ottar a su espalda.

No había nadie.

Su oponente estaba doblando Charca de Sapos en aquellos instantes, más retrasado si cabía que la última vez. Lo vio resbalarse, meter media pierna en el manantial y salir de allí cubierto de hojas secas.

La carrera. Tenía que seguir corriendo.

Los abetos gigantes estaban en medio. Poblaban el terreno por doquier, compartiendo el espacio con un laberinto de troncos y ramas espinosas. Se internó en el pasillo más estrecho que encontró, por donde sabía que Ottar no podría seguirla. Las raíces gigantes se habían enroscado alrededor de un tronco hueco y el agujero olía a madera podrida y moho. Trató de avanzar. Era más angosto de lo que había calculado. Una ramita que invadía la vieja corteza le arañó la espalda. Retorció el cuello para comprobar que aún ganaba. ¡Dioses, su rival acababa de entrar en el Entramado de Abetos!

-Oth daa yog’toth id’ail –cantó la voz entre los árboles.

Aquella vez, con total claridad. Fjiorleif pudo paladear su extraña textura, casi etérea. No se trataba de la lengua norlunga o la de los rhus, o ninguna otra que hubiera escuchado antes. Y, sin embargo, algo en aquella cancioncilla repetitiva le resultaba familiar.

Por un momento se sintió transportada. No era la primera vez que escuchaba una música así. Pero aquella sensación fue barrida por el desconcierto que la hostigaba. Se desolló los codos y las rodillas tratando de escapar. Presentía que algo la acechaba. Algo incontrolable. Su ansiedad siguió empeorando hasta que logró salir por el extremo opuesto del tronco, perdiendo un retal de falda en el proceso.

El miedo se apoderó de ella al no ver nadie a su alrededor, sólo sombras y silencio, el trino de un pinzón escondido y el canto incesante de las chicharras. Fjiorleif trataba de emprender el paso cuando la inquietante

voz resonó de nuevo en el bosque.

Y fue poderosa.

-¡Oth daa yog’toth id’ail!

Una orden.

La cobardía no formaba parte de su naturaleza, que Fjiorleif supiera, pero simplemente no podía reaccionar. Ottar, en cambio, hasta rompía las ramas que se interponían en su camino. ¿En qué momento había decidido retar al muchacho más fuerte y peligroso de la aldea a una carrera? ¿Y por qué aquel idiota no se detenía? Quizás no había oído la voz entre los árboles. Quizás se trataba de los otros chicos tomándole el pelo, gritando palabras sin sentido mientras se tronchaban de risa. En ese caso quedaría como una cobarde.

Ahora bien... ¿y si no se trataba de los amigos de Ottar?

Aquel era el verdadero problema. La garrapata en su pierna que no se soltaría por mucho que ganara la carrera. Sin darse cuenta, Fjiorleif ya estaba avanzando en dirección contraria a la meta. Ay de ella… sospechaba que alguna desgracia iba a suceder y que no estaba en manos de Ottar darse cuenta.

Cuando su oponente levantó la cabeza, su expresión fue para tallarla en madera. A Fjiorleif no le extrañó, imaginando la pinta de idiota que debía tener ella, desandando el camino ganado mientras agitaba los brazos como una loca.

-¡No sigas, Ottar, da la vuelta!

Su oponente aceleró.

Estaban a punto de cruzarse.

-¡¡Oth daa yog’toth id’ail!!

La voz cantarina ya no sonó como un susurro entre los árboles, sino como el tañido de un gran cuerno.Hubo un temblor. Ruido de madera crujiendo y tierra removida. Ellos estaban tan cerca el uno del otro que toda competencia se evaporó.

El abeto que tenían delante le propinó un latigazo al aire. Trozos de corteza y ramas volaron sobre ellos. La reacción instintiva de Fjiorleif fue arrojarse encima de Ottar, quizás porque ya no era un simple oponente sino también un amigo de la aldea. Ambos cayeron al suelo aparatosamente, librándose por los pelos del zarpazo de una rama y a

tiempo para ver lo que seguía.

El árbol creció.

Primero, ensanchando su tronco como si la picadura de una víbora lo hubiera inflamado. Luego, haciendo brotar ramas nuevas de los muñones de las antiguas y vistiéndose con una flamante corteza negra. Las raíces destrozaron el suelo al abrirse paso hasta la superficie. La tierra se tensó y estalló en mil pedazos.

Fjiorleif y Ottar rodaban alejándose cuando uno de los pies de ella quedó atrapado en una grieta. Hubo un último crujido, más largo, más grave y más profundo. El árbol escaló el aire acompañado por aquel murmullo mitad natural mitad sobrenatural, hasta que superó a los abetos de su alrededor y se perdió de vista entre las copas.

El bosque quedó en calma, ni pinzones ni insectos, sólo rota la quietud por las miradas que se lanzaban los dos muchachos.

-¡Adiós, perdedora!

Ottar reemprendió la carrera antes de que Fjiorleif pudiera soltarse. El muy traidor clamaba victoria mientras se alejaba con una sonrisa de oreja a oreja. Ella lo odió. A él, al dichoso árbol y al instante en que había decidido dar media vuelta en lugar de terminar la carrera.

Intentó sacar el pie atrapado, pero cuanto más estiraba de él más encajado lo tenía. Entonces se dio cuenta de que tenía la falda hecha jirones. Qué mal, por sus ancestros.

“Ahora tendré problemas en casa y burlas en la calle”, gruñó.
“Ojalá ese idiota se hubiera quedado colgando de una rama”.

Pero no había ocurrido así

El pie cedió. Salió rascando. Una herida más.

La Nariz del Troll era la meta de la carrera, una roca enorme que sobresalía de la cima del acantilado.No se trataba de cualquier sitio, por eso lo habían elegido. Desde allí se observaba todo el fiordo. Cuando Fjiorleif llegó iba hecha un desastre. Tenía la falda rota, un pie descalzo, cojeaba y el barro le llegaba hasta el pelo. Su madre la iba a matar, pero lo peor era la sensación de derrota que la acompañaba, un peso muerto en su interior. Si había imaginado una recepción heroica, una celebración triunfal, la imagen que ofreció a los otros no pudo resultar

menos acorde.

Los chicos la estaban esperando. Ojos hambrientos de burla.

Junto con Ottar, tan sonrientes como él, se encontraban el gordinflón de Oddi, que mordisqueaba una pierna de gallina de aspecto frío y grasiento; el canijo de Skuli, siempre encorvado y crujiéndose los dedos; y Torfi, la hermana melliza de Ottar, a todas luces una versión femenina de éste.

De brazos cruzados, sentado en la Nariz del Troll, Styrmir, su mejor amigo en el mundo entero, torcía el gesto. Él siempre le brindaba su apoyo. Pese a que Fjiorleif habría sido la única capaz de descifrar apoyo en aquellos ojos de piedra. El propio Styrmir había sido objeto de chanzas sin fin durante su infancia, a causa de su cabello negro, extraño entre los norlungos. Pero eso era cosa del pasado. Las burlas se acabaron el día en que pegó el estirón y se convirtió en el joven más alto de la aldea. Desde entonces, ni Ottar se atrevía a levantarle la voz. Así que el bueno de Styrmir no solamente la apoyaba, sino que entendía perfectamente su deseo de hacerse valer y estaba con ella a las duras y a las maduras.

Ottar empinó la barbilla.

-Vaya, vaya, mirad quién aparece -dijo.

Fjiorleif no pudo ni explicarse. Los compinches de su oponente, Oddi y Skuli, la señalaron con el dedo. Siempre reían las bromas del grandullón. Pero ella no sólo estaba avergonzada. También sentía una rabia creciente, y la palabra traidor tronaba en su cabeza. Tiró a un lado el zapato harapiento y se acercó a Ottar con ganas de sacar a relucir la verdad.

-¡Eres un tramposo!

-¿Tramposo? ¿Pero qué dices, Harekdotter? No había forma de hacer trampa. Sólo se podía correr, y corriendo te he ganado.

-¡Mentiroso! ¡Te he salvado de ese árbol!

El grandullón hizo como si nada.

-No sé de qué hablas, ¿qué árbol?

-Eres un tramposo, Ottar. ¿Dónde está tu honor?

-Mi honor está mejor que nunca después de haberte dado una paliza.

Fjiorleif se mordió el labio.

-No puedo creerlo. ¿Te da igual que los Dioses Mayores nos estén observando?

-A los Mayores déjalos tranquilos.

-No sé cómo puedes ser tan embustero. Si no llego a acudir en tu ayuda, ahora mismo ni siquiera estarías aquí. Admítelo, Ottar.

-Estás loca, Harekdotter.

Ella no se dio por vencida.

-¿Es que vosotros no habéis oído el ruido? Decidme que lo habéis oído.

-Yo sólo oigo el ruido que hace una perdedora dando excusas -se burló Skuli-. ¿Tú qué dices Oddi?

-Aquí nadie ha escuchado nada de nada, perdedora -dijo Oddi masticando su comida.

Ottar, Torfi y Skuli le hicieron el coro. "Perdedora, perdedora", cantaron. Fjiorleif buscó la complicidad de su mejor amigo. Si alguien podía sacarla de aquel aprieto era Styrmir.

-¿Y tú? -lo interrogó.

Styrmir chasqueó la lengua. Continuaba cruzado de brazos, firme y callado como sólo él sabía.

-Lamento decirlo, boba, pero es cierto. Ottar venía mojado y arañado… pero nos ha contado que ha sido en Charca de Sapos y nada más.

El crujido de su esperanza desmoronándose como barro seco dio con Fjiorleif en el fondo de un pozo.

-¿Y qué va a decir, Styrmir?

-Lo siento, boba.

-Pues es un mentiroso. ¡Mírale! Está claro que sus ancestros están despotricando sobre él ahora mismo, llorando de vergüenza en los salones del Celeste Skjihöll.

Torfi, la hermana de Ottar, se aproximó con un ademán amenazador. Era dos cabezas más grande que cualquier otra niña de la aldea, y tenía un genio negro, parejo a su estatura.

-¿Tú qué tienes que decir de mis ancestros, Harekdotter? -se quejó-. Reconoce de una vez que has perdido, que mi hermano es mejor, y cierra el pico.

-Me callaré si quiero. Tú no me das órdenes.

Torfi se pavoneó contoneando sus caderas de osa y su áspera melena.

-Deberías habértelo pensado mejor antes de proclamar que podías ganar.

Fjiorleif apretó los dientes. Estaba que trinaba. Ottar apartó a Torfi y se pegó a ella. El orgullo en sus ojos azules era prueba de su dicha. Aunque todo fuera mentira, qué júbilo debía sentir uno al saberse vencedor frente a las miradas del resto.

-Sí, Harekdotter, con lo lenta que eres deberías ir pensando en volver a casa o llegarás mañana por la tarde -la increpó el mismo Ottar-. Me pica la curiosidad, no dejo de preguntarme dónde has estado durante toda la carrera. ¿Te has parado a recoger flores? ¿Vas a regalarle un ramo a Styrmir?

Fjiorleif estaba a su merced y lo sabía. Qué placer hubiera sido golpear a aquel imbécil con todas sus fuerzas en la cara, pensó. O mejor, en su virilidad, donde padre le había explicado que dolía más.

-¡Ojalá los Mayores se acuerden de esto, Ottar Eriksson, y ojalá la próxima vez no haya nadie para ayudarte!

Al muchacho no le hizo ni pizca de gracia que le dijera aquello. Meter a los Dioses Mayores de por medio, maldecir a alguien, eran palabras graves. Cuando Fjiorleif fue consciente de su descaro era ya tarde. Al ver cómo Ottar se frotaba los puños supo que estaba en peligro.

"Y eso que me han avisado...", pensó. "Niña boba".

Que fuera valiente e impulsiva no significaba que pudiera ganar a aquel energúmeno en una pelea. Sólo imaginarlo le provocaba dolores por todo el cuerpo. Vio que Styrmir desenroscaba los brazos, consciente de la mala uva del grandullón.

-Hablas mucho, Harekdotter, igual que todos en tu familia -afirmó Ottar con desprecio-. Mi padre dice que no os salváis ni uno. Dice que tu padre ya no es bien recibido en los salones del jarl por loco, y que hemos dejado de tener herrero rúnico en la aldea porque tu abuelo no sabe ni atarse el delantal. Sois todos iguales, unos perdedores.

Sus palabras provocaron los cánticos de Skuli, Torfi y Oddi, y al gordinflón se le salió de la boca un trozo de pollo. Ottar empujó a Fjiorleif. Ella

levantó el puño. Estaba a punto de perder el control cuando Styrmir se interpuso, la agarró por la muñeca y separó a Ottar de un empujón.

Tenía mucha fuerza.

-Despacio, Ottar, no te olvides de que yo sigo aquí -le advirtió.

Fjiorleif respiró aliviada. Había una mezcla de seguridad y fortaleza en la voz de su amigo que siempre la sorprendía. Tal vez porque nunca hablaba demasiado, pero más probablemente porque ningún otro niño de la aldea tenía un talante tan grave. Ottar meneó la cabeza, incapaz de comprender las motivaciones de su vecino.

-Nadie te ha dado permiso para meterte, Styrmir. Hazte a un lado, esto es entre ella y yo.

-No digas tonterías, Ottar, sabes que no voy a moverme.

Ambos, parejos en edad, el uno alto y delgado, el otro ancho y corpulento, permanecieron enfrentados unos instantes. Styrmir con expresión de malas pulgas. Ottar con la vena del cuello hinchada y una sonrisa en los labios que ni él se creía.

-Esto no va contigo, no quiero ponerte un ojo morado -murmuró evitando la mirada de Styrmir-. Además, mi padre es compañero del tuyo en el barco del jarl y siempre lo ha respetado, así que me olvidaré de la mierda que ha salido de la boca de esa perdedora y me marcharé.

Era evidente la poca confianza que Ottar tenía en eso del ojo morado.

-Haces bien, aquí está todo vendido –le aconsejó Styrmir.

El grandullón bosquejó una de sus expresiones más irritantes.

-De todas formas, Styrmir, quiero que queden claras dos cosas. Y que queden claras para todo el mundo –dijo-. Primero: Harekdotter ha perdido. Segundo: no vas a estar siempre para protegerla de sus estupideces. Te acabará trayendo problemas.

Styrmir siguió cruzado de brazos mientras los otros se despedían, la boca llena de burlas, y se alejaban colina abajo.

-Tiene razón, no hace falta que me defiendas siempre que me meto en un lío -se quejó Fjiorleif.

De la rabia, le propinó un puntapié a un guijarro. La piedra rebotó contra el filo de la Nariz del Troll y cayó al abismo del fiordo. Las últimas luces de la tarde sucumbían al otro lado del cielo, inmenso, naranja y

violeta, frente a aquel mirador colgante.

-¿En qué estabas pensando, boba, ibas a darle un puñetazo? -murmuró Styrmir con preocupación-. Si no llego a estar aquí…

-¡Es un tramposo! Le he salvado, ¿te enteras?

Fjiorleif ordenó sus recuerdos y relató la carrera desde el momento en que habían salido de Smågard, con ella fresca, dejando atrás a Ottar. A medida que se expresaba, pudo reparar en la suerte que había tenido de presenciar la transformación de un árbol creciente. De hecho, nadie se adentraba en el Entramado de Abetos por miedo a resultar accidentado en mitad de un proceso de crecimiento. En cuanto a la misteriosa cancioncilla… por alguna razón, no se molestó en mencionarla.

Su amigo le frotó la espalda con calidez.

-Siempre lo mismo –suspiraba ella-. Iba a ganarle, Styrmir.

-Pues Ottar es capaz de llevarse el secreto a la tumba antes que admitir la derrota. Tendrás que aguantar sus bromas unos días, boba.

Una gaviota graznó y se posó sobre la Nariz del Troll, junto a Fjiorleif. Ella la apartó con el pie y el ave emprendió el vuelo espantada. El sol casi se había puesto.

-Solamente falta que llegue a casa después de anochecer -murmuró.

-Pues venga -repuso Styrmir bajando del promontorio-. Cuéntame el resto por el camino.

Smågard era el nombre que los norlungos habían dado a un pequeño pueblo a orillas del fiordo. Un conjunto de casas y una plaza acotada por edificios de madera donde se montaba el mercado. Y, además, un puerto comercial al que acudían mercaderes de todo Fiorland.

Cuando accedieron a la aldea a través de aquel puerto, con sus ágiles barcos amarrados al muelle, Fjiorleif se descubrió pensando en su padre. Durante la estación estival, año tras año, Harek levaba anclas y zarpaba a navegar el Mar de las Sierpes, rumbo a puertos lejanos. E igual pasaba con el resto de las familias norlungas. Cuando los hombres se hacían mayores era deber suyo traer prosperidad a la aldea a través de expediciones, o bien comerciales, o bien de saqueo. Y no sólo los hombres, sino que también las mujeres más osadas, las más valientes, las llamadas escuderas, tenían cabida en las flota de los señores. Algún día

Fjiorleif surcaría los mares e iría hasta el Continente, y vería los castillos de los reyes extranjeros y el mundo que existía en aquellas tierras lejanas.

Cruzaron la plaza del mercado a oscuras. La brisa del fiordo soplaba entre los edificios conjurando siniestros bufidos. La mayoría de los aldeanos estaba a resguardo, y quienes deambulaban por la calle corrían ya a refugiarse en sus hogares. La noche era fría en Smågard.

Al llegar a casa de su amigo, Fjiorleif se despidió de él y prosiguió a solas. Asustada como el perrillo que se sabe travieso, entró en la parcela de su domicilio por la parte de atrás, pasando al lado el taller rúnico del abuelo Hakon. Debido a las incursiones, los meses estivales dejaban la aldea al cuidado de las esposas, los ancianos y los más jóvenes. En tales ocasiones su madre mandaba en casa. Y eso implicaba, normalmente, peligro.

Una vez en el edificio principal, se agazapó frente a la puerta trasera, aguardando en las sombras sin saber si entrar, hasta que una voz de sobra conocida la descubrió acuclillada y con la ropa hecha jirones.

-¿Otra vez Ottar? -preguntó aquella voz, y era muy amable-. A tu padre le pasaba igual con el suyo, debe ser cosa de familia.

Fjiorleif salió a la luz y lo mismo hizo el dueño de la voz. Llevaba en la mano una bota con la que jugueteaba en el aire. De seguro, uno de sus misteriosos artefactos rúnicos. Era un hombre ancho, con un cuello de toro y unos brazos acostumbrados al yunque y al martillo. La luna resaltaba el blanco de su pelo alborotado y su barba invernal y, también, el gris amable de sus ojos.

-Casi le he ganado hoy, abuelo, pero ese animal ha tenido que hacer trampas…

-Ah, ¿y cuál era el reto, si se pude saber?

-Una carrera.

-Mmm… ya veo.

-Ha sido muy larga, desde el pueblo hasta la Nariz del Troll -aclaró ella.

Decepcionar al abuelo le provocaba más dolor que despertar la ira de madre. Era consciente de que no iba a resultar sencillo ocultar que había cruzado el Entramado de Abetos, pero estaba demasiado indignada con Ottar para mantenerse callada.

-Una carrera digna de los Mayores –corroboró Hakon-. ¿Estás cansada?

-Claro que no, abuelo. Yo podría ir al confín de Fiorland y volver, y aun así no me cansaría ni un poco.

El herrero se mesó la barba. Estaba encantado con la conversación.

-Menuda proeza, cervatilla. Debería envidiarte el ganso, que tanto esfuerzo invierte en emigrar al Continente. Y eso que él no tiene que subir y bajar montañas, ni cruzar bosques y ríos. Que aprenda de ti.

-¿Abuelo, te estás burlando?

-Desde luego que no -respondió Hakon con una sonrisa cariñosa-. Estoy deseando escuchar el resto de la historia. Ya sabes cómo le gusta a tu abuelo una buena historia. Pero… cámbiate antes de que te vea tu madre, haznos el favor a ambos.

El vestido, claro. La ira de madre podía convertir al abuelo en una simple barca zarandeada por esa tormenta que uno prefiere no encontrarse. Sólo existía una señora de la casa, sólo una que llevaba el manojo de llaves pendiendo de la cintura. Y se llamaba Rikissa.

-No te preocupes, ve –Hakon la besó en la coronilla-. ¿Acaso se preocupa el osezno cuando vuelve a la caverna manchado de barro? No. Es un osezno, es lo que hace, se mancha de barro. Además… tu madre no está hoy para vestidos.

Hakon le dio con la bota en la cabeza y la apremió por segunda vez. Mientras abría la puerta de casa, los gritos desgarrados de Rikissa brotaron al exterior. Era eso. Había comenzado. El parto. Fjiorleif se tapó la boca con una mano. Escuchaba la voz de aliento de Solveig, su hermana mayor, y también la de una tercera persona, seguramente una comadrona que había venido a ayudar.

La criatura estaba en camino.

-¿Es…?

El abuelo asintió.

-Pasarán varios días hasta que tu madre tenga fuerzas
para preocuparse por un vestido roto. Ahora ve y cámbiate, y deja ese vestido en mi taller.

Le tendió una llave corta y puntiaguda hecha de un material parecido al hueso, pero que era más duro y menos áspero que el hueso. Fjiorleif conocía aquella llave. La había tenido en su poder con anterioridad,

aunque sólo en contadas ocasiones había hecho uso de ella. Normalmente tenía prohibida la entrada en eltaller, así que se frotó las manos y atravesó el huerto.

La puerta del edificio contaba con dos hojas cerradas por un mecanismo hecho del mismo material óseo que la llave. Al introducirla, Fjiorleif tuvo la sensación de que el ojo de la cerradura vibraba. No se amedrentó. Giró la llave y estiró de la puerta. La banda de runas que adornaba el dintel se iluminó con un pálido tono azul, accionando el cerrojo que abría los batientes.

Estaba dentro: el taller del abuelo Hakon. Fjiorleif cogió una de las lámpara de la pared. Había una en cada esquina, y todas estaban siempre encendidas. El abuelo las llamaba lámparas de flama eterna.
Eran artefactos de uso común entre los herreros rúnicos, sencillas de fabricar y muy demandadas por los jarls de Fiorland.

Se acercó hasta un baúl abierto, lleno de ropa. Sacó unas prendas limpias y se vistió. El taller era un lugar místico y maravilloso a la luz del día, cuando el sol entraba por la claraboya del techo. De noche, a luz de las lámparas de flama eterna, con los misteriosos artefactos del abuelo proyectando sombras danzarinas sobre las estanterías, todavía lo era más.

A Fjiorleif le tenían dicho que no tocara nada. Jugar con los artefactos del abuelo entrañaba peligrosque nadie imaginaba. Cualquiera de los allí reunidos podía entrar en funcionamiento por accidente, sin remedio y con catastróficas consecuencias. Así que las contadas veces en
que presenciaba su uso, salvo por las lámparas de flama eterna y algún que otro caso, transcurrían siempre bajo la atenta supervisión del abuelo.

No obstante, nadie le había dicho que no podía echarles un vistazo. Había una repisa donde los más viejos y menos valiosos, o los defectuosos, o los que no habían cumplido con las exigencias del abuelo, acumulaban polvo. Allí, callados y solitarios, aguardaban una mano que les diera uso por última vez.

Fjiorleif comprobó que no se acercaba nadie al taller y correteó hasta la repisa. Había varios objetos de aspecto ordinario: una esfera del tamaño de un puño, un medallón de ámbar, un anillo, unos guantes o un tubo de metal que disponía de un ensanchamiento en su extremo a modo de campana. Se preguntó qué era lo que hacían, y cuál habría sido la razón de que su abuelo los hubiera desechado.

Un alarido en el exterior reclamó su atención. Estaba ya vestida con una túnica limpia, unas calzas y un manto, así que se lavó la cara en un cuenco y siguió los preocupantes gritos de madre hasta la casa principal.Cuál fue su sorpresa al descubrir que el abuelo seguía en el

mismo sitio.

-Debemos esperar, por el momento –dijo-. Parece que la criatura no acaba de nacer y ahí dentro están tan azoradas que Solveig me ha echado a la calle.

Fjiorleif movió la cabeza indicando que no le extrañaba. Su hermana era ya una adulta y había heredado el carácter severo de la madre de ambas.

-¿Tenemos que quedarnos aquí?

-Puedo contarte una historia, si te apetece –sugirió Hakon jugando con los guantes que sostenía en su diestra-. Una apropiada para el nacimiento de tu hermano.

-O hermana.

-O hermana -repitió el abuelo, y le guiñó un ojo-. Veamos… creo que te gustará conocer cómo crearon los Dioses Mayores a la primera pareja de mortales. ¿Qué me dices?

Fjiorleif se puso muy derecha y casi se olvidó del nuevo miembro que estaba por llegar a su familia. El frío se había disipado en la dicha que le provocaban las historias del abuelo.

-Los Mayores vivían juntos en el Celeste Skjihöll, flotando en lo alto de Fiorland, pero estaban solos y no tenían quien los invocara, nadie que los venerara o recordara sus hazañas. Cuanto más pasaba el tiempo más desolados y tristes se sentían, así que Vulfir decidió reunirlos para debatir acerca del problema.

-¿Y qué hicieron, abuelo?

-Cada uno de los dioses aportó ideas. Sobre todo Móðir, la Madre de Todos, quien naciera de la espuma que surgió cuando las olas del mar se mezclaron con la arena de la playa, allá en el albor de los tiempos. Pero por mucho que pensaron y departieron, los Dioses Mayores no hallaron ninguna forma de solucionar su problema.

-¿Ni siquiera Vulfir, que todo lo puede?

-Sólo el Gran Padre Vulfir, cervatilla. Al final, el Señor de los Mayores decidió tallar a la primera pareja de mortales del tronco de un roble milenario, y el resto de los dioses contribuyeron a su acabado. La Madre Móðir les otorgó el aliento de la vida sirviéndose de la Primera Sustancia, la fuente de la inmortalidad y el poder de los dioses. Fryr, El Que Conoce Todas las Lenguas, les enseñó los secretos de las palabras y los nombres,

y les hizo el regalo del alfabeto rúnico para que pudieran…

La puerta se abrió.

Su nieta mayor asomó la cabeza e invitó a entrar al abuelo. Fjiorleif se quedó allí con cara de boba. Y, como ya no tenía de qué preocuparse, pues ya no llevaba el vestido roto, se sintió indignada porque la hubieran ignorado. Veía a su madre por el resquicio de la puerta. Rikissa estaba a cuatro patas, con las rodillas y las manos en el suelo, empapada en sudor. Fjiorleif se preguntó si estaría bien. Pero su hermana le cerró la puerta en las narices, dejándola en ascuas.

El abuelo Hakon salió al cabo de un rato. Tenía la sonrisa desdibujada.

-Nos han pedido que pasemos la noche en casa de tu amigo Styrmir–comentó-. El parto va para largo.

La tomó de la mano y la condujo bordeando el edificio, camino del huerto. Fjiorleif quiso animarlo un poco, pues se le veía preocupado.

-¿Sabes, abuelo? Si no es un varón, espero que a mi nueva hermana le gusten las cosas que a mí me gustan y no las que le gustan a Solveig –dijo, ya lejos de la casa principal-. Que sea más como mi hermano mayor y yo.

-Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

-Porque Solveig ya tiene muchas amigas con las que compartir su tiempo. Pero a ninguna niña de mi edad le gusta trepar a los riscos a por huevos de águila. Ninguna quiere ser escudera como yo.

-¿Ni siquiera la hermana de Ottar? -indagó el abuelo-. Esa tiene las hechuras de un auténtico hombretón.

-¡No bromees, abuelo, lo digo de verdad! ¡Voy a ser escudera!

Hakon soltó una risotada. Había burla en su voz, pero era tan pequeña en comparación con la amabilidad que también desprendía, que Fjiorleif no se lo tuvo en cuenta.

-No te gusta coser –dijo el herrero-. Eso está claro. Pero tu hermana pequeña será una Harekdotter como tú. Llevaréis la misma sangre corriendo por las venas. No veo por qué deberíais tener gustos diferentes.

-Solveig también es mi hermana, abuelo, y mira cómo adora hablar de

matrimonios y haciendas.

El herrero le revolvió el cabello.

-No te falta razón -reconoció-. En ese caso piensa que está en manos de los Mayores y será lo que ellos crean mejor.

-¿Y no puedes intervenir, abuelo?

-¿Yo?

-Tú eres un herrero rúnico. Puedes decirle al Gran Padre Vulfir que haga que mi nueva hermana sea como yo.

Por tercera vez en muy poco, el abuelo Hakon carcajeó y, aquella vez, quizás, Fjiorleif se sintió un poco más ofendida.

-Me temo que los dones de un herrero rúnico no funcionan así. El Gran Padre Vulfir rara vez atiende aquello que los mortales le rogamos, a no ser que sea muy importante. Sin embargo, el día de nuestra muerte, él será el primero en juzgar nuestros méritos.

Al salir de la parcela, la luna brilló encantada. La barba del abuelo fue el primer detalle que llamó la atención de Fjiorleif. Su característico color plateado había sido reemplazado por el tono rojizo del cobre. Lo mismo que su piel, el suelo y hasta los tejados de los edificios. Atónita, levantó la vista.

-¡Dioses Mayores! -exclamó con emoción-. ¡¿Qué es eso, abuelo?!

La luna ya no era una luna llena. O, al menos, era otra luna llena. Una sonrisa carmesí teñía su parte izquierda y proyectaba una potente luz escarlata sobre la aldea de Smågard. La expresión del abuelo reveló a Fjiorleif más que sus palabras.

-Ahora lo entiendo –murmuró Hakon entre labios, y parecía sobrecogido-. Pero esto… no debería estar ocurriendo hoy. No ahora.

El rojo avanzaba devorando la luna a toda velocidad. Se asemejaba a un fuego prendido en un monte de frondosas faldas.

-Es una Luna de Sangre -reveló el abuelo.

Fjiorleif ya no hablaba. Deseaba ver aquella luna convertida en un gigantesco rubí, enorme y brillante hasta que el pueblo entero fuera del mismo color. Dos maravillas en un solo día: el árbol creciente y aquel

fenómeno. Lo había decidido, se trataba del mejor de su vida.

No obstante, la faz del abuelo distaba mucho de concordar con su forma de verlo.

-Fjiorleif, los eclipses son eventos orquestados por los Dioses Mayores –le advirtió-. Ocurren cada cierto tiempo y siempre conllevan lo mismo: son el momento en que el Reino Elemental se halla más cerca del Reino Material. En noches como ésta el Velo invisible que separa nuestros mundos casi se diluye.

-Hace un momento has dicho que el eclipse no debería estar ocurriendo ahora…

-No me has entendido –la cortó Hakon sin dejar de escrutar la luna-. No es el eclipse lo que no debería estar ocurriendo.

Fjiorleif se frotó los ojos, irritados por la intensa luz del fenómeno.

-¿Qué quieres decir?

-Nunca hay partos durante las noches de eclipse –aclaró el abuelo-. Ni entre los hombres, ni entre las bestias. Va en contra de las leyes de los dioses. Ahora veo que por esa razón está alargándose tanto el nacimiento del bebé.

El corazón de Fjiorleif se detuvo por un momento.

-¿Estará bien madre? -quiso saber-. ¿Qué podemos hacer?

Hakon la tomó en brazos y la estrechó contra su cálido pecho.

-Tendremos que esperar y rezar, Fjiorleif. Nunca había oído sobre un parto así.

Capítulo 3

El buey mugió aliviado cuando el padre de Áyax desenganchó el arado del cansado animal. El apero cayó muerto, levantando una nube de polvo. Hacía calor. Calor seco, del que corta los labios. Un sol naranja de media tarde se ponía al otro lado de los campos de farro y cebada recién recogidos. Un día más de duro trabajo que tocaba a su fin en la villa.

-Nuestro viejo compañero de fatigas -murmuró Denes mientras acariciaba la testuz del buey-. Y pensar que
esos legionarios quieren quitarnos lo que hemos cosechado con tanto esfuerzo. Como si no lo necesitáramospara vivir.

-Saldremos adelante, padre. Nos van a pagar por ello.

-Desde luego, hijo mío, lo que la Legión no sabe es que ésta ha sido la cosecha más pobre de los últimos años. Pero tú sí lo sabes.
La plaga del invierno pasado hizo estragos en los campos. Que le pregunten a Faristón el vinatero. Me ha dicho que ha tenido que vender sus bueyes porque tiene todos los barriles vacíosy ya se acerca la Feria de Mírice. Pero claro, sin bueyes no hay forma de tirar de un carro cargado de barriles. ¿Moraleja?

-No veo dónde está el problema –repuso Áyax-. Comprad más grano, padre. ¿No es el oro para eso?

Denes sacudió la barbilla. Su faz era una máscara.

-¿Y qué haré con él, mi sabio hijo? El tiempo de la siembra ya pasó. Para cuando crezca la nueva cosecha y podamos recogerla estaremos todos muertos de hambre. Piensa en tus hermanas y tu madre.

La vida no siempre había resultado tan difícil allí, en Áradas. Antaño, su bisabuelo había reunido una gran fortuna gracias a su olfato mercantil y sus dotes como negociante. Conseguir la ciudadanía zuriana, el apellido Aradio, y construir una villa digna de la nobleza, habían sido los siguientes pasos en su afán por adquirir aquella condición que los zurianos llamaban ser un Hombre Nuevo.

Los Hombres Nuevos poderosos podían llegar a ostentar puestos en el Senado, y así se codeaban con los Padres Fundadores de sangre pura, los descendientes de las familias que habían creado Zurea. Pero hacía tres generaciones de aquello y todo lo que quedaba de la opulencia de los

viejos tiempos era una villa a punto de venirse abajo, campos que producían más polvo que grano, y una educación intelectual que se había convertido en el último tesoro de la familia.

Un tesoro cuidadosamente legado de generación en generación. Tanto, que el viejo Denes tenía más de físico, astrónomo y estudioso de los antiguos textos que de campesino. Pues saciar su sed de conocimientos era una vocación, mientras que recolectar castañas era una necesidad. Además, estaba en contra de cualquier política llevada a cabo por el Emperador. Y así se lo hacía ver a sus hijos, a Áyax, por ser el primogénito y único varón, con más insistencia.

-Salvaje y ciego empeño aquél que tiene el hombre por destruirse a sí mismo -mascullaba-. La corrupción es la hija bastarda del mal gobierno, Áyax. Y sólo unos pocos elegidos están cualificados para resistirse a ella.¿Qué derecho tiene el Estado a obligarnos a venderle nuestro trigo, dime?

-Tiene todo el derecho del mundo, padre. Porque estamos en guerra y porque es la ley.

-Ah, pero qué sabrás tú de la guerra, hijo mío.

-Sé de leyes. Sé del funcionamiento del mundo, de lo que es real y de lo que no. Sé que no existen unos seres que nos gobiernan desde sus tronos en un palacio en las nubes. Los dioses son un producto de la imaginación. Sé que el mundo gira alrededor del sol. Sé lo que me habéis enseñado, que no es poco.

-Bien, no eres creyente. Lo respeto, hijo, has aprendido algo. Pero hazme caso, te quedan muchas gachas por comer.

-¿Y eso qué quiere decir?

-Quiere decir que no sabes ni la mitad de lo que te crees.

Denes era implacable, pero él no se doblegó.

-Más horas frente al pergamino –lo acusó-
. Eso es lo único que pretendéis, que me llene de polvo como los rollos del sótano. Y, mientras tanto, que la guerra avance y nos pille a todos durmiendo. ¡Por nuestros antepasados, sí, eso es mucho más inteligente!

-Escúchate. Farfullas sobre la libertad cuando no sabes lo que significa ser libre. La responsabilidad que conlleva caminar por el mundo tomando decisiones. ¿Acaso el Emperador Claudio utiliza su libertad de forma legítima, campando a sus anchas por el mundo conocido? Ahora se nos ha

metido el lobo en el corral y tenemos que sacarlo a patadas. No, señor, yo no pedí la maldición de la zurianidad. No
obstante, comociudadano zuriano tengo que alimentar a los condenados soldados de nuestro glorioso Emperador, para protección de un Imperio que ni siquiera deseo.

-Hace tres generaciones que obtuvimos la ciudadanía zuriana –puntualizó Áyax en tono cansino-. Somos la familia Aradio, va siendo hora de que lo asumáis, padre. Nuestros antepasados trabajaron duro para...

-Nuestros antepasados hicieron mal –lo atajó Denes, rotundo.

¿Cómo pelear contra una pared? ¿Cómo mover un peñón que
llevaba cincuenta años plantado en mitad del camino? Áyax suspiró impaciente.

-¿No os dais cuenta de que debemos contribuir en algo si queremos que los amoks dejen de atacarnos?

-El día en que todo el mundo piense como yo, muchacho, dejarán de venir oficiales de la Decimotercera a llevarse nuestras reservas de cereales. ¿Sabes lo que vamos a hacer, Áyax? ¿Lo sabe el Emperador? Claro que no. A él no le preocupa lo que coman sus súbditos. Mucho menos los que viven a novecientas millas de la capital. A él le importa su sueño unificador, maldito sea mil veces. Estoy harto. No te he educado para que inviertas tu sudor en semejantes delirios. No volveremos a tocar el asunto.

Áyax se mordió la lengua. No quería levantar la voz, pero… ¿para qué rayos le habían inculcado el poder de la razón si cualquier razonamiento ajeno era mal recibido en aquella casa?

La realidad era la que era. Todos los habitantes de Zurea vivían ahora al amparo de un mismo estandarte. ¿Cómo no preocuparse de que un invasor del otro lado del mundo arrasara una provincia? Si los amoks se hacían con Isqia, la más occidental, ¿qué les impedía avanzar provincia a provincia hasta llegar a la propia villa de Áradas?

Áyax había escuchado historias en las tabernas del pueblo. Rumores sobre los amoks. Contaban queaquellos hombres tenían la piel negra como el betún, que rezaban a un malvado Dios Único, queesclavizaban a mujeres y niños, llevándoselos lejos, más allá de los confines del Imperio, a una tierra misteriosa de la que nadie había vuelto jamás, y que odiaban a los zurianos con amargura.

Áyax no deseaba aquel destino para su familia. Si estaba en sus manos evitarlo, ¿quién era él para mirar hacia otro lado? Nadie podía obligarlo a

resignarse, ni siquiera su padre con toda su retórica.

Su hermana menor acababa de aparecer corriendo por el campo de higueras de poniente. Venía muy sonriente.

-¡Padre, los hombres están abandonando el pueblo! -exclamó divertida-. ¡Se van con los soldados!

Áyax desmenuzó a su progenitor con una mirada.

Denes no se amilanó.

-¿Qué? –lo retó.

-Eso os pregunto yo, padre. ¿De qué está hablando?

Su libertad para decidir era un tesoro preciado. El más preciado. Áyax vio que su padre se erguía y, con un gesto de su barbilla, mandaba a su hija menor de vuelta a casa. La alegría de la pequeña se esfumó de golpe: otra de las habilidades del viejo Denes, perfeccionadas a fuerza de inviernos.

Una vez a solas, su padre tomó asiento sobre una piedra que marcaba la linde entre dos campos. Dio unas palmadas sobre un espacio vacío junto a él e invitó a Áyax a sentarse a su lado.

-Los oficiales de esta mañana no venían buscando víveres solamente –reconoció-. Han hecho preguntas.

Áyax se mordió el labio, pero aceptó la invitación.

-¿Qué deseaban?

Su padre no se apresuró a responder.

-Zurea está realizando un alistamiento forzoso –confesó impasible-. En todas las provincias. Miles de ciudadanos se han unido a la llamada y ahora marchan a engrosar las filas de esas odiosas legiones imperiales.

La rabia brotó en el estómago de Áyax.

-¿Una ofensiva contra los amoks? ¿Es eso, padre?

-Mmm... -gruñó éste-. Sí, creo que eso han dicho.

-¡Hacéis lo que os viene en gana! –declaró Áyax desatando su indignación-. Padre, sabéis lo comprometido que estoy con la causa. ¡Hay que proteger nuestra forma de vida! Qué digo nuestra forma de vida...

¡nuestras vidas! Pero no. Al gran pensador no le importa lo que yo piense, ni le importa lo que piense cualquiera que no sea él.

-Sólo eres un muchacho, Áyax. Razona con calma, haz el favor. ¿Acaso sabes lo que estás sugiriendo?

-Lo sé muy bien, padre. Entraré en la Legión y ocuparé un cargo administrativo. Pocos saben escribir y calcular como yo. Encontraré mi lugar entre los zurianos.

-Si escucharas lo ingenuo que suenas, hijo mío. No estás en posición de tomar una decisión así.

-Ah, ¿no? Vivís mirándoos el ombligo, padre –Áyax reventó de cólera. Años de opresión salieron al exterior y llovieron sobre el campo lleno de polvo-. Pero se acabó. ¿No queréis darle los cereales al ejército? Os lo coméis. ¿No queréis que me aliste? Os lo coméis también. Me habéis enseñado que pensar por mí mismo es el único camino para vivir libre. No mutilaréis esa libertad nunca más -las próximas palabras que salieran de su boca decidirían su destino. Pero no había vuelta atrás, ni la deseaba. Por primera vez, Áyax sentía que llevaba las riendas de su vida. Lo que siempre había anhelado: libertad para decidir-. Voy a alistarme, padre. No espero que lo comprendáis, pero espero que algún día me deis las gracias por mantener a salvo vuestro pequeño mundo.

Denes trató de herirlo con su silencio. No se produjo mueca en su expresión. No rogó por un cambió de parecer.

-¿Es esa tu decisión final, hijo? –le preguntó-. Si te marchas no podrás regresar aquí.

-Lo es –afirmó él. El corazón se le hizo pedazos. Pero, por lo demás, se sentía fuerte y seguro-. Voy a alistarme, padre.

Y le pareció que incluso el timbre de su voz había cambiado.

Tinieblas.

-¡No sueltes la camilla!

-Nos van a coger.

-Entonces corre más. Pero por tu vida, no la sueltes.

-Dioses, cómo pesa el general... voy a soltarla.

-Si llegamos al campamento sin la camilla y sin el general nos crucificarán a ambos.

-Bien, prefiero una cruz al sol antes que quedarme atrapado aquí con esos amoks.

Unas voces distantes sacaron a Áyax de su letargo. Fue como traspasar con la cabeza la superficie del agua, después de haber permanecido horas a mucha profundidad. Sus párpados cerrados imponían tinieblas sobre el mundo exterior y dudaba si estaba despierto o si seguía soñando con el día en que abandonó la villa de Áradas. Lo habían tumbado en una superficie de tela que se zarandeaba. Le dolía la cabeza como si le hubieran hurgado dentro con un escalpelo.

-Creo que me han herido... –murmuró una de las voces.

Jadeaba.

-¿Es grave? –preguntó la otra.

-Me sale sangre de la coraza. Estoy mareado.

-No sueltes la camilla, Mamerco. Por lo que más quieras.

Sonó el tañido de un lituo. Aquellas no eran las únicas voces que rodeaban a Áyax. Poco a poco iba creciendo la gama de sonidos que su oído reconocía. Había un clamor lejano más allá de sus párpados.

Quiso abrir los ojos, pero no pudo.

-...creo que la Siempre Fiel les ha cortado el paso –dijo el tal Mamerco-. Que los dioses maldigan a esos jodidos tizones. Ya no los tenemos detrás.

-A los de la Siempre Fiel más les habría valido echar a correr como hemos hecho nosotros –masculló su compañero-. ¿Has visto a ese gigante?

-¿El monstruo del hacha?

-¡Joder, el que ha pasado por en medio de la Decimotercera como si nuestros hombres fueran de mantequilla!

-Dioses, ¿esa cosa era Yuma Gomblag?

-¿Y a ti qué te parece?

Hubo un silencio que se prolongó durante varios zarandeos de la camilla. El terreno era más abrupto y estaba más inclinado. Áyax apretó los dientes. Su mente era un caos.

-Me pregunto qué demonios hacía el general vagando por ahí a solas -escuchó que comentaba el tal Mamerco-. Y ni siquiera está herido. ¿Qué coño le pasa?

-Déjate del general –lo cortó el otro-. Con lo que pesa ya podría haberse muerto hace rato. Para lo que nos ha servido.

-Mira que eres bruto, Hipólito. ¿No crees que el Emperad...?

-¡Cuidado, Mamerco!

Áyax escuchó un silbido. Algo cayendo del cielo. Mil moscardones zumbaron a su alrededor. Sintió varios de ellos pasar muy cerca. Algunos murieron en golpes percutidos de diferente naturaleza: tierra, madera, metal. El resto en alaridos de dolor. No le gustaba cómo sonaba aquello. No le gustaba un pelo. Sonaba exactamente igual que una lluvia de flechas. La camilla se detuvo y, por un momento, creyó que moriría convertido en un alfiletero.

La andanada cesó.

¿Estaba ileso?

-¡...cabrones, casi me quedo sin oreja! –gritó uno de sus camilleros.

Ya no sabía cuál era cuál.

-¿Te han dado?

-Creo que no, pero...

-¡Cúbrete!

Los dardos cantaron de nuevo, arrancando de sus víctimas gritos desgarrados. Y aquéllos gritos estaban cada vez más cerca de Áyax. Trató de abrir los ojos. Tenía la cabeza como si la noche anterior se hubiera bebido un tonel entero de vino. Peor. De ser una resaca era la más devastadora desde que se alistóen la Decimotercera, dos años atrás. Ni siquiera recordaba qué era lo último que había vivido. La realidad entera parecía ajena a él. O quizás era él quien se había vuelto completamente ajeno a lo que en realidad ocurría. Sólo una cosa era segura: había una

batalla en el exterior.

Procuró concentrarse en la conversación.

-...además, esos tizones hijos de puta parecen centauros –se quejó el que respondía al nombre de Hipólito-. ¿Cómo se puede disparar así desde un caballo?

-Yo me preocuparía más por la tormenta de fuego. Por si se te ha olvidado nos está esperando a la salida del valle. Brujería, te lo digo yo.
La Siempre Fiel se ha dejado su buen puñado de hombres allí esta tarde. Y la Cuarta ni siquiera ha podido cruz...

-¡Proyectil!

Un objeto enorme impactó a dos palmos de la camilla. Barro y esquirlas ardientes volaron por todas partes. Áyax notó que el suelo le golpeaba la espalda. Se quedó sin aire. Lo habían soltado.

Abrió los ojos de golpe.

El primer instante fue desconcertante. Le zumbaban los oídos. Tosía. El mundo era una amalgama de sombras y formas mates. Dolor. Costillas, hombros, omoplatos, estómago, riñones. Si dos elefantes le hubieran pasado por encima no lo habrían dejado así de magullado.

La mancha que nublaba su visión comenzó a disiparse. Descubrió que estaba rodeado de niebla. No una niebla ordinaria. Era roja, y tan espesa que resultaba imposible distinguir nada que no se hallara a menos de tres pasos. Sólo sombras. Pies que correteaban dentro de sandalias. Proyectiles oscuros que caían del cielo como trombas de agua. Caballos que cabalgaban sin jinete, pisoteando cuerpos sin vida. Hombres que se derrumbaban entre quejidos.

Y fuego. Fuego y humo por doquier.

Se colocó boca arriba para recuperar el aliento y el corazón se le detuvo. Había un agujero en la cúpula de bruma, allá en lo alto, donde una luna llena escarlata teñía el cielo de cobre y púrpura.

“Una Luna de Sangre”, pensó.

Había leído sobre ellas, pero nunca antes había tenido ocasión de contemplar una. El tétrico fulgor del eclipse hizo que el estómago se le pusiera del revés. El mundo entero parecía sumido en aquella maldición carmesí.

Vio que un legionario se incorporaba quitándose de encima varios cadáveres. Tenía media cara abrasada. Se aproximó al cuerpo que había más cerca de él y lo zarandeó con violencia.

-Vamos, Mamerco –masculló-. Vamos, amigo, nos largamos de aquí.

Pero Mamerco no respondía. Había perdido la mitad inferior de su cuerpo, las tripas desparramadas en el barro, conectadas al torso mediante un reguero de sangre y vísceras que moría bajo una piedra enorme. El proyectil de una catapulta amok lo había aplastado. Cuando Hipólito se dio cuenta, sus palabras se convirtieron en llanto sobre la coraza de su compañero.

-¡Mamerco! –sollozó-. ¡Mamerco! ¡Mamerco!

Por el rabillo del ojo, Áyax atisbó unas botas de oficial que emergían de la niebla. No podía levantar la vista. Incluso mantener los párpados entreabiertos le suponía un doloroso empeño.

-¿Dónde están los otros camilleros? –preguntó el dueño de aquellas botas-. Responde, legionario.

-Es... estoy solo, señor. Mis compañeros han muerto.

-Bien.

-¿Cómo que bien? Digo que han muerto, señor, las Tres Ancianas se los han llevado. Y yo...

-Descuida, legionario, así nadie nos interrumpirá.

-¿Señor? ¡Señor! ¡No! ¡Alejaos, por Hécato!

El grito del legionario se convirtió en un gemido ahogado. Detrás vino el familiar sonido del borboteo. Un soldado como Áyax lo conocía de sobra: era sangre. Trató de incorporarse. Fue una reacción instintiva. Un latigazo en la sesera lo devolvió a la tierra. El dolor lo empotró contra el firme del campo de batalla.

Desde allí pudo ver un puñal desenvainado, un anillo de bronce, la vara de mando de un centurión…

Y nada más.

-Ahora sólo estamos tú y yo, general –creyó escuchar.

¿General? ¿A quién le hablaba?

Las botas se acercaron. El centurión se inclinó sobre él y blandió su puñal. Un dolor helado atravesó la espalda de Áyax. El campo de batalla se fundió en una espiral de sombras negras estrechadas a su alrededor y, poco después, todo se apagó.

Tinieblas.

Capítulo 4

"Eres la Sombra en la noche", se dijo.

El hombre de negro inhaló una bocanada de aire. Escrutó la oscuridad viva que se extendía a sus pies. Formaba parte de ella. Respiraba con ella. Sentía cómo se fundía con su ropa ceñida y su máscara color carbón. Se descolgó de la viga mediante un ágil salto. Los listones de madera permanecieron mudos bajo sus sandalias envueltas en tela: además de Sombra también era liviano como la brisa. Contempló a su objetivo. El caudillo nativo dormía plácidamente, envuelto en un dosel de pieles, ajeno al peligro mortal que se cernía sobre él. No sentía la menor lástima, decidió. Cerró los ojos para encontrarse con los latidos de su corazón. Estaba en calma como una balsa de aceite, templado como el acero recién forjado.

“Algunos te llamarían monstruo”, murmuró una voz en lo profundo de su mente. “Pero los monstruos son necesarios para forjar un imperio, y yo me debo sólo a mi familia y mi Emperador. No soy más que una herramienta en manos de un poder mayor y más importante”.

-Zurea te ofrece su gratitud, traidor -oró.

Desenvainó la daga. El acero siseó al liberarse y la luz de la luna arrancó un destello azul de su filo. Dibujó un surco profundo. Limpísimo. La sangre empapó el colchón de paja y goteó sobre el suelo de madera. Los ojos del traidor se abrieron de golpe, confusos, pero igual de rápidamente se apagaron. Dos pozos profundos e insondables, tan muertos como el cuerpo que palidecía con ellos.

-Óyeme, oh, Sombra Invicta, acepta el sacrificio que tu viejo siervo te ofrece en esta noche -rezó frente al cadáver-. Zurea es la Luz, ahora y siempre.

Echó un último vistazo a la estancia, guardó el cuchillo y se deslizó por la ventana, tan en silencio como había entrado.

La misión había sido sencilla: localizar el campamento rebelde y eliminar a su líder para evitar una guerra civil en la provincia. Objetivo cumplido. Sin gritos, sin suciedad. Omerio casi lamentaba no haber sufrido más dificultades con el trabajo. De haber

opuesto resistencia los guardias, aún habría podido ejercitarse. Al fin y al cabo, una situación comprometida le habría dado algún aliciente al encargo. Pero eso nunca ocurría. No a él. No a la Daga del Emperador.

"Mejor así", se consoló. "Sin testigos de mi existencia. Sin que nadie pueda relacionarme con padre".

Despuntaba el alba cuando salió de entre los árboles. A su espalda, una garganta de peñas escarpadas se inclinaba sobre el bosque tormano. Al frente, un tranquilo riachuelo corría cristalino desde las cumbres de la montaña, bajando en cascadas. Omerio se quitó la máscara que ocultaba su rostro, moldeada con formas que imitaban el de una tortuga. La cerámica negra de Arubah Eli era ligera, resistente y fresca, pero no transpiraba como la tela. Se enjuagó el sudor hundiendo la cabeza en el agua helada. Levantó la vista. El cielo temprano murmuraba. No había rastro de sol en aquélla, la más oriental de las provincias zurianas. Sabía que se había hecho de día porque la capa de nubes que ocultaba la bóveda celeste había trocado del gris oscuro al gris claro. Y sólo por eso.

“La Tormania, tierra de lluvias perpetuas y sandalias empapadas”, pensó con disgusto.

Un prado de hierba jade nacía junto a la orilla y se extendía cien pasos hasta la primera línea de árboles. Su montura, Pasoviejo, un bayo de carácter dócil y parsimonioso, pacía mansamente al otro lado del río, cerca de un enorme roble al que había convertido en su resguardo improvisado. Omerio se acercó y le ofreció un dulce de miel. Acarició su pelaje color canela, las crines blancas empapadas.

-¿Me has echado de menos, compañero?

El animal volvió el cuello, dio un tirón de las riendas y trató de soltarse del árbol en actitud cansada. La única que conocía. Omerio sonrió.

-¿Acaso tienes ganas de volver al campamento? ¿A ese nido de pulgas?

Antes le regalaba una sonrisa a Pasoviejo que a la mayoría de hombres, y los legionarios de la Veintidós “Casta” no eran una excepción. No porque fueran soldados. A eso estaba acostumbrado. Más que acostumbrado. Su hermano adoptivo, Quinto Publio, era el mejor de los soldados. Y su padre no le andaba lejos. El problema era que en el campamento de la Veintidós había seis mil legionarios escandalosos, y seis mil legionarios escandalosos eran insoportables allí, en la capital y hasta en Viejo Mundo.

-Cómo detesto las multitudes, por Yzos –masculló-. Me temo que no todo el mundo entiende el valor de la discreción, compañero.

Las ramas del roble se mecían al compás del viento. La lluvia adquirió carácter. Las gotas caían pesadas, salmos rítmicos sobre la copa del árbol. Se había formado un charco al pie del tronco. Omerio se preocupó de evitarlo. Lo último que deseaba era coger un resfriado y llevárselo de vuelta a la capital del Imperio.

-¿Has pasado frío, Pasoviejo?

El caballo sacudió la testa en lugar de responderle, pues el habla era un don que le había sido negado por los dioses.

-Lamento haberte dejado aquí tanto tiempo. Lo sabes, ¿verdad? –repuso él-. Si llego a imaginar que entrar al poblado iba a resultar así de sencillo... de acuerdo, estaba seguro de que los tormanos estarían celebrando el equinoccio de primavera, todos los nativos lo hacen... pero no me esperaba semejante desmesura. Tenías que haber visto la borrachera que llevaban encima. La mayoría no distinguía sus manos de sus pies. Uno se atragantó con su propia lengua antes de que me acercara a él. Yzos sabe que les ha faltado abrirme las puertas y hacerme un pasillo.

Pasoviejo lanzó un relincho para enseñarle su enorme dentadura amarilla.

-¿Qué? No pongas esa cara –le espetó él-. Padre dice que si las cosas fueran de otra manera el Senado me concedería un Triunfo todos los años. Pero si nadie se entera de mis encargos...

El caballo caracoleó juguetón.

-¿Eso piensas, tunante? Puede que los Dioses Inmortales no me hayan moldeado para recibir miradas de admiración. No me molesta cederles la gloria a mis hermanos, por algo son ellos quienes ocupan los puestos públicos de mayor relevancia. Además, el anonimato no le resta honor a mi trabajo, teniendo en cuenta que soy el único capaz de llevarlo a cabo. El único con el suficiente estómago. Y cállate ya, diantre.

El amparo del frondoso roble no bastaba para resguardarlos. La llovizna se derramaba sobre ellos y el viento mordía la ropa mojada. Omerio tomó aire, se deshizo de su traje negro de Sombra y se vistió con una túnica blanca y lisa, carente de cenefas, el hábito propio de cualquier funcionario estatal de rango medio. Sobre ella se colocó un pénula pardo acabado en una capucha puntiaguda.

-¿Qué tal estoy?

Pasoviejo pisoteó el suelo con los cascos. Omerio se apartó para que no lo pusiera perdido de barro.

-¡De acuerdo, mejor el negro! -masculló-. Yzos, compórtate un poco. No puedo presentarme en el campamento de la Veintidós disfrazado de Daga del Emperador, ¿qué te crees? Ya es bastante sospechoso que el embajador personal de Claudio haya venido a la Tormania en mitad de una rebelión. Si alguien descubriera mi secreto padre perdería una herramienta indispensable, y yo me quedaría sin trabajo. Y no estoy dispuesto a aceptar ninguna de las dos cosas -suspiró. El caballo le devolvió el suspiro. Eso quiso creerOmerio-. Ah, compañero... la mayor parte de mi vida es mentira pero, ¿qué puedo hacer a estas alturas, sino proteger esa mentira?

Era cierto, ¿qué podía hacer?

De cara al mundo pasaba el tiempo viajando de provincia en provincia, negociando y parlamentado para el Emperador. El pueblo lo respetaba: Virgilio Batreno Omerio, la voz del trono fuera de la capital. Pero resultaba que aquellos viajes eran sólo un pretexto para llevar a cabo los mortales encargos que su padre adoptivo le encomendaba. Así, cada cierto tiempo, un hombre que desafiaba la cohesión del Imperio era encontrado degollado, envenenado o apuñalado. Los rumores acrecentaban la leyenda del asesino sin rostro y así se impedía que otros ilusos tramaran nuevos complots. Bien sabían los dioses que de tristes ilusos estaba sembrado el mundo. Y los ilusos sólo entendían el idioma del hierro.

Un trueno ronroneó al otro lado de las montañas. Un cuervo emprendió el vuelo y se posó en una rama cercana. La Tormania estaba plagada de aquellos pajarracos. Omerio aguzó el oído. Creyó percibir un chasquido a su espalda. Instintivamente, su mano buscó la cadena de su arma. Aquel instrumento era perfecto para las Sombras que, como él, no alcanzaban ni los seis pies de altura, pues permitía establecer combates con oponentes mucho más grandes sin miedo a sufrir las consecuencias. Un arma heredada de los años que había pasado con la Hermandad de las Sombras. Los viejos tiempos, allá en Arubah Eli.

Pero nadie apareció, ni enemigo ni bestia, y no supo si ello lo aliviaba o lo decepcionaba.

-¿Sabes, Pasoviejo? –le dijo al caballo mientras guardaba las pruebas de su delito: la daga, la máscara de tortuga y las prendas negras, tras la silla de montar-. Tú no naciste libre, y yo tampoco. Ambos somos esclavos de nuestro deber. Lo único que nos diferencia es que yo debo esconderme

tras esta máscara.

El animal le lamió el rostro.

-Lo sé, lo sé, contigo puedo ser yo mismo... es sólo que no me gustan los campamentos. Ya lo sabes, demasiada gente.

Divisaron los cuarteles de la Veintidós después de que cayera la noche. La tormenta iba en aumento. Al alcanzar la cima del terraplén del puesto defensivo, fueron recibidos por un doble foso y una empalizada de madera. Sobre una pasarela, los legionarios que guardaban la Puerta de Naciente les dieron el alto. Las hombreras de sus corazas segmentadas, compuestas por bandas de hierro superpuestas, destellaban pálidamente bajo el resplandor de las antorchas.

Uno tenía el gesto avinagrado y sostenía su jabalina como si temiera perderla. El otro era lo bastantecorpulento y rubio como para tener sangre tormana corriendo por sus venas. Sangre de nativo. Omerio se percató de que no lo habían reconocido, a juzgar por el semblante adusto del alto y la jabalina del otro. Arriba, encaramados a las torres que flanqueaban la puerta, unos arqueros cargaron flechas en sus arcos.

"Si este par de idiotas supiera que ya no habrá batalla..." pensó.

Pero no lo sabían, y él no se lo dijo.

-Solicito permiso para entrar al campamento -exigió dirigiéndose al que parecía tormano.

-¿Quién lo solicita? -preguntó el de al lado-. Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie. Los nativos están al acecho y no podemos permitirnos sorpresas.

-¿Te parezco un nativo, legionario? Soy Virgilio Batreno de la gens Omeria, Embajador del Trono. Llevo un mes compartiendo el vino de tu tribuno. ¿Crees que podrás dejarme entrar o tengo que preguntárselo a él?

El guardia rubicundo murmuró algo al oído de su compañero. Omerio no pudo escucharlo, pero enseguida, el más bajo se sobresaltó e hizo una señal a los tiradores para que bajasen los arcos.

-Lo lamento, embajador. ¡Zurea es la luz! -masculló apartando la lanza, y se golpeó el pecho con un puño-. Son tiempos difíciles. Mi centurión nos ha dado órdenes de mantener la vigilancia tan fuertemente como sea posible. Amenazó a mi compañero con arrojarnos a los leones si alguien

se nos colaba, señor.

-¿No ves mi toga colgando de la silla?

-Ahora la veo, señor, tan claramente como el príncipe Adamaskiros contempló la fina piel de su amada Caleida aquella primera vez, en el bosque de las ninfas.

-¡Tú sí que eres una ninfa, legionario! -le espetó-. Tienes suerte de que no haya un anfiteatro por aquí cerca.De lo contrario yo mismo me encargaría de que recibieras el correctivo que bien mereces.

La piel del soldado se tornó blanco lechoso.

-Los dioses no lo quieran. Disculpad mi insolencia, señor.

Omerio se aguantó las ganas de reír. Qué fácil era hacerse pasar por un noble de carácter petulante. Sin embargo, él detestaba los juegos. En general, apreciaba la habilidad de los buenos gladiadores, pero le hastiaba la actitud de los espectadores, sedientos de sangre y a la vez más cobardes que las ratas. No obstante, interpretar su papel de aristócrata formaba parte del trabajo de la Daga tanto como degollar rebeldes nativos, y Omerio se había convertido en el mejor de los actores.

Una voz bramó desde la torre de madera.

-¡Abrid la puerta, entra el embajador Virgilio Batreno de la gens Omeria!

El campamento de la Veintidós le dio la bienvenida.

Tenía la misma estructura que las ciudades zurianas. Dos calles principales que se cruzaban en el centro y conducían a las cuatro posibles entradas, la Puerta de Naciente, la Puerta de Poniente, la Puerta del Mediodía y la Puerta de Septentrión. Los legionarios deambulaban entre las tiendas, algunos montando guardia, otros cargando cosas de aquí para allá, hatos de leña, sacos de cereales, animales o trebejos diversos. Los que estaban desocupados jugaban a los dados en grupos de tres o cuatro, o al juego de los Seis Felices, ajenos al chaparrón y al barro. Un suave olor a especias flotaba en el aire. La nariz de Omerio captaba la mayor parte de ellas sin necesidad de pararse a husmear. Cilantro y eneldo de Gaia; mejorana y comino, típicos de la Elba, su tierral natal; suave tomillo y orégano, y perejil con ajo de Hiphalia. Pero, sobre todo, pan. Delicioso pan recién horneado. El pan y los derivados del farro constituían la base de la alimentación de los legionarios. Aspiró la fragancia con ansia.

Mientras recorría la Vía de Naciente-Poniente en dirección a las tiendas de los oficiales, donde se hallaba la suya, algunos soldados le

lanzaron miradas hoscas.

"Les repugno" supo. "Pero no puedo culparlos. Piensan que soy tan remilgado como el resto de Padres Fundadores. Algunos son veteranos de muchas batallas. Éste es su lugar, no el mío: código estricto y justicia al respecto. Están cansados de políticos y no me quieren aquí. Como tampoco yo deseo sucompañía”.

Si los de la Veintidós hubieran sabido la verdad, si hubieran podido imaginar quién era él en realidad, entonces se habrían puesto a temblar y no habrían levantado la cabeza hasta que hubiera pasado de largo.

La Daga del Emperador representaba un enigma mayor que el de un simple asesino al servicio del trono. Era una leyenda cuyos orígenes se remontaban varias generaciones en el tiempo. Odiado y temido, pero también respetado, Omerio no era la primera Daga, y no sería la última. Por supuesto, el trono desmentía cualquier rumor relacionado, y él vivía en un limbo permanente. A causa de los votos que había contraído en Arubah Eli había renunciado a los placeres de la carne y no podía engendrar descendencia; por su herencia zuriana le preocupaba aquella limitación para transmitir el legado de su familia a un hijo legítimo. Además de sus responsabilidades con el trono tenía otras. No debía olvidar que era el último miembro vivo de los Omerio.

"Renuncia a tu nombre si quieres convertirte en Sombra", le habían dicho sus maestros. "Pronuncia tus votos y rechaza las debilidades del alma humana".

Pero no era tan sencillo. Hacía una vida de aquello.

Y él no sería una Sombra para siempre.

Algunas tiendas antes de llegar a la suya, un muchachito negro, llamativo como el peinado de una gorgona, salió de la nada y tomó las riendas de Pasoviejo. Tenía el pelo rizado y corto, pegado al cráneo. Bajo su ceño prominente brillaban dos enormes ojos tintados de topacio. Su nombre era Moma. Omerio lo había traído consigo a su regreso de Arubah Eli, y era el más joven de sus esclavos. En público, sabía interpretar su papel a la perfección: jamás decía una palabra más alta que otra y acataba las órdenes con eficiencia. En privado era el hijo que, por sus votos, Omerio no podía tener. Un hijo adoptivo como él lo era de Claudio.

Moma sonrió tontamente.

-¿Ha sido satisfactorio el viaje, señor?

Omerio desmontó de un salto. El suelo anegado de agua lo recibió con recelo, como un viejo amigo al que no abrazara desde hacía tiempo.

-Tanto como cabía esperar -explicó-. Pero si te soy sincero, todo el gremio de mercaderes de Mursella Casta, con su oro infinito, no puede pagar lo derrengado que estoy. Me hago mayor para ir vagando por ahí, Ratón. Muy mayor.

Le dio a Moma unos golpecitos cariñosos en el cogote. Lamentaba tener que mentirle, pero sólo el Emperador conocía la identidad de la Daga. Ni su hermano Quinto, ni su hermano Erebo. Y
ni siquiera la madre de los tres y esposa de Claudio. Un soldado con armadura de centurión pasó junto a ellos. Saludó a Omerio con un "Zurea es la luz", se llevó el puño derecho al pecho y siguió caminando.

Moma lo observó mientras desaparecía tras una tienda con un banderín rojo bordado con un centauro: el emblema de la Veintidós.

-Vaya un idiota, ni siquiera me ha mirado –se quejó.

-Cree que eres un amok.

-Lo sé, señor. Cada vez es más frecuente y, con todo lo que está pasando en el occidente, no me hace ninguna gracia. Tizón, me llaman. Pues si no les gusta mi cara que miren a otra parte.

Omerio frunció el ceño.

-Pensaba que te habías acostumbrado a los prejuicios de los zurianos.

-Unas veces me molesta más que otras, señor -admitió el negrito.

-Que deje de hacerlo, Ratón. Sólo tú puedes regalarte el orgullo que mereces. ¿Entendido?

Moma asintió. Correteó evitando una carreta que por alguna razón yacía sin dueño en mitad del camino. Estuvo a punto de tropezar con un legionario solitario, pero se recompuso con agilidad, sin soltar las riendas de Pasoviejo.

-No tardaremos en irnos, descuida -le prometió Omerio-. Tengo hambre. Me ha parecido oler a ternera cuando venía de camino. Nada de gachas legionarias por esta noche.

-¿Por qué, señor? ¿No os agrada su delicioso sabor a suela de sandalia? Porque, si ese era el caso, no entiendo a qué ha venido lo de pasarnos un

mes entero comiéndolas.

-¿No tienes espíritu aventurero, Ratón?

-Yo pensaba que sí, señor. Pero ahora...

-Vamos, necesitábamos curtirnos un poco. No quiero acabar como mi hermano Erebo, oliendo a lilas. Las gachas han sido una prueba.

-Aún a riesgo de meter la pata y contemplando la posibilidad de que al final me pueda quedar sin ternera, señor, me gustaría preguntar una cosa. Me cuesta entender que ansiéis aventura en vuestra vida, sobre todo sabiendo la vida que en general lleváis. Pero digamos que lo entiendo. Entonces, ¿a qué viene la ternera de esta noche? ¿No sería más lógico aguantar con las gachas hasta el final? Digo, señor.

-Te aseguro que esta vez no arriesgas nada. Ya he olido la ternera, no hay marcha atrás.

-¿Eso es todo?

Omerio lo miró de reojo.

-Un trabajo bien hecho merece una buena recompensa, ¿eso te agrada más?

-Me agrada más, y os lo recordaré en el futuro, señor.

Omerio tenía que ser firme con el muchacho. Demasiada confianza sólo podía forjarle un carácter quebradizo. Alzó la vista. Nunca dejaba de prestar atención a su entorno, la Sombra vivía en él incluso cuando no estaba de servicio. La actividad de la soldadesca se había reducido. En las entradas de las tiendas, los legionarios de servicio permanecían firmes tras sus escudos rectangulares, lanzándose miradas codificadas.

Moma correteó y se puso a su altura, con Pasoviejo siguiéndole el ritmo. Rodearon un charco cenagoso.

-¿Algo más, señor, aparte de la ternera? He oído que uno de los oficiales de caballería tiene unas naranjas que quitan la respiración -se encogió de hombros-. Si queréis os puedo traer un cubo entero.

-He comido fruta hasta odiarla en Mursella Casta. Si pruebo otra naranja caeré redondo. Puede que algo de queso. ¿Tenemos queso? -la boca se le hacía agua-. Y pan recién hecho. Si hace falta te esperas a que el hornero termine. Pero primero ocúpate de Pasoviejo. Búscale un barril de

manzanas.

-Muy bien, señor -Moma remoloneó, meciéndose de un pie al otro-. Este... señor, ¿debo avisar al tribuno de que estáis de vuelta? Ha mandado preguntar por el embajador. Diría que os guarda cierto aprecio.

-El tribuno no ha estado tan cerca de alguien como yo en su vida. No te olvides de que los Padres Fundadores descendemos de los semios de la antigua Zur de Viejo Mundo. Para él es un honor que me hospede aquí.

-¿Entonces voy?

-No, no vayas. ¿Han llegado noticias de mi padre? ¿Se sabe algo de la campaña amok?

El negrito arrugó la frente.

-Tengo entendido que no, señor, aunque sí hay revuelo al respecto.

-¿De veras? ¿Qué se dice?

-Muchos legionarios celebran ya el final de la guerra -explicó Moma-. Después de las últimas victorias de las que tuvimos noticias. Se rumorea que el general Publio ha matado a Yuma Gomblag, y que su cabeza está expuesta sobre los muros de la capital de Isqia, pinchada en una estaca y pudriéndose al sol.

-¿Quinto? Que los dioses te oigan y sean complacientes, Ratón, lo encuentro tan improbable como que deje de llover. Nadie ha visto nunca a Yuma Gomblag. El problema no es si mi hermano Quinto puede derrotarlo y clavar su cabeza en una pica. El problema es que no se puede combatir con un fantasma.

Moma apartó el agua de su rostro.

-¿Habéis escuchado lo que se dice de ese fantasma? –inquirió-. Cuentan que se alimenta de sus propios vástagos y que fornica con los Reyes del Bosque.

Omerio sintió un escalofrío. Pareciera que verbalizar su inquietud pudiera tener algún tipo de efecto devastador sobre la campaña que su padre y su hermano mayor estaban llevando a cabo en Isqia. La campaña definitiva contra los amoks. El Imperio había levantado un ejército inmenso para expulsar al bárbaro invasor de la más occidental de las provincias.

Respiró hondo. La lógica le decía cosas diferentes al estómago. Tenía un

mal presentimiento sobre aquella campaña.

-La verdad, Ratón, ni siquiera creo que Gomblag exista.

-¿Cómo no va a existir, señor? ¡Si es el caudillo de todos los amoks! A veces decís unas cosas muy extrañas.

Omerio no tenía afán de discutir.

-Vamos adentro, si no hay noticias del frente tampoco hay necesidad de molestar al tribuno. Yo mismo iré a visitarlo cuando crea conveniente. A estas alturas ya debe saber que estoy aquí.

Moma se dobló en una reverencia.

-Como deseeis, señor.

La tienda de Omerio era un espacio dividido en dos secciones separadas por una pared de piel. Una habitación delantera y una habitación trasera. Al fondo había un lecho de plumón, tan deseado como el cariño de un padre, y tan mullido que daban ganas de hundirse en él. Los legionarios carecían de aquellas comodidades y, en general, también los oficiales regulares, los centuriones y el resto. Pero la cosa cambiaba a partir de los tribunos, quienes eran seleccionados de familias aristocráticas con un largo historial de servicios al Estado. Omerio, hijo adoptivo del Emperador, dormía en la mejor tienda de todo el campamento.

Durante el tiempo que Moma empleó en calentar el agua de una barrica que hacía las veces de bañera, allá en la habitación trasera, él se quitó la ropa empapada y se sirvió un vaso de agua. Tenía la garganta seca. La lluvia calaba hasta las entrañas, pero no calmaba la sed.

Se estiró en el lecho y algo le remordió la conciencia. "Las Sombras no duermen", recitaron las voces de sus maestros. "No aman, no odian, no sienten. Las Sombras viven para el deber". Aquél era su legado. Una pila de cadáveres humeantes y nada más. Y, a decir verdad, estaba cansado de él.

-¿Qué tal lo has pasado en mi ausencia, Ratón? ¿Te has divertido? -preguntó, tratando de despejar sus tristes reflexiones-. ¿Algo interesante?

Escuchaba cómo el chico vertía líquido en la barrica. El vapor comenzó a flotar dentro de la tienda. La temperatura subió.

-Bueno... -respondió Moma desde la otra habitación-. Ayer hubo una pelea entre dos legionarios, señor. Uno le rompió los dientes a otro porque le

había hecho trampas a los Seis Felices. Su centurión los castigó a ambos con cinco latigazos; a uno por tramposo y al otro por despertarlo de su siesta.

-Me he cruzado con dos guardias al atravesar la Puerta de Naciente –comentó Omerio dando un bostezo-. Un centurión los había amenazado con arrojarlos a los leones de permitir que alguien entrara en el campamento. Sería el mismo.

Moma regresó a la habitación principal, pasos cortos y rápidos. Venía con la oreja entornada en señal de que había escuchado lo que deseaba oír.

-Lo que yo digo, señor, un onagro –dijo el esclavo-. Sus soldados se amotinarán a la primera de cambio.

-No lo creo. Los legionarios poseen un peculiar sentido del honor, Ratón. Lucharían junto a sus oficiales hasta en el Ardas. En especial junto a los centuriones, los más importantes de todos nuestros soldados.

Omerio se había criado entre soldados, sabía de lo que hablaba.

-Pues no entiendo por qué, señor –expresó Moma.

-Ya lo entenderás algún día, créeme. Voy a bañarme. Que nadie me moleste hasta que la cena esté preparada.

La noche alcanzaba su cenit cuando Omerio se sintió limpio y descansado. Mandó a Moma a rezar unas plegarias a la Tríada de las Corrientes y a los espíritus protectores de la familia. Volvió a vestirse de blanco y salió al exterior. La sierra de Amerún vigilaba el campamento. Un macizo de roca hostil al invasor. Las dependencias de Marco Finio, tribuno de la legión, se ubicaban en el centro del complejo, donde las calles que conectaban las cuatro entradas al campamento se cruzaban para formar una equis. Su banderín escarlata destacaba sobre un corro de carpas, y en cada puerta había pendones rojos con el centauro de la Veintidós.

Encontró al tribuno tumbado sobre un diván y acompañado por dos de sus oficiales. El de la derechaera el primer espada de aquella legión, jefe de centuriones. El otro, un centurión de rango inferior. Tres esclavas nativas de cabellos dorados escanciaban vino, y los tres soldados bebían como si fuera su última noche en Zurea. Especialmente el tribuno.

Omerio tenía entendido que Finio era un veterano de la Tercera Guerra Tormana, incidente que se había saldado con la anexión al Imperio de la Tormania. Por su aspecto,

el tribuno rondaba los setenta, pero Omerio sabía que con semejante edad todos los soldados estaban ya jubilados. El que no, como mucho, trabajaba de ordenanza para su antigua legión. Finio tenía que ser más joven. Tenía las facciones cuadradas y fuertes, y la piel basta de los hombres que han vivido largo tiempo al raso, o que han hecho de la guerra su forma de vida, así que era difícil saber cuánto.

-Batreno Omerio -canturreó el tribuno.

-Zurea es la luz -saludaron los otros.

Omerio inclinó la cabeza.

-Ahora y siempre.

-Le ruego nos disculpe, embajador –dijo el jefe de centuriones tomando su casco y sujetándolo bajo el brazo-. Nosotros ya nos marchábamos.

-¿Tan temprano?

-Mañana bien podría amanecer un día sufrido, nos conviene estar descansados.

-Id, pues, y que el Dios Sueño os obsequie con un dormir reparador –Omerio levantó una mano para corregir sus palabras-. ¿Sabemos algo del Emperador?

-Nada, señor -afirmó el jefe de centuriones-. Llevamos ciegos y sordos durante el lapso de tiempo más largo desde que comenzó la guerra.

-No os retengo, en ese caso.

Los oficiales le dedicaron una reverencia y se marcharon dejándolo con Marco Finio y sus esclavas. El propio Finio se trasladó a un diván que había quedado libre para estar más cerca de él.

-¿No probáis el vino, Batreno Omerio? -el tribuno dio un par de vueltas al contenido de su copa-. Tengo un tinto de Hiphalia que corta la respiración. Paladeadlo, es exquisito.

Omerio se excusó lo mejor que supo.

-Gratitud –dijo-. Preferiría mantenerme lúcido por esta noche -como Sombra no podía beber y, al ser una persona sin experiencia bélica, debía

fingir cobardía ante la perspectiva de una batalla, sentimiento que se hacía más llevadero cuando uno estaba borracho-. Si me permites que te lo confiese, Marco, este lugar me aterra. Con todas esas espadas, y esos salvajes nativos al otro lado de la empalizada, esperando para caer sobre nosotros y beber sangre de nuestros cráneos. Sólo los dioses saben qué millar de horrores han visto sus víctimas. Que Yzos nos guarde de su furia. Basta con pensarlo para que se me hiele la sangre.

Finio hacía girar el vino de su copa con tanto descuido que unas gotas perdidas resbalaron por su túnica. Tenía fama de ser un hombre desaliñado, cosa que agradaba a sus hombres pero ofendía a los magistrados encargados del gobierno de la Tormania.

-Juro por Yzos que no tendréis razón para temer por vuestra integridad mientras estéis en mi campamento, bajo mi protección. Mis hombres se impondrán al alzamiento y dentro de poco todo esto no será más que una historia que nos contaremos para entretenernos. Pero decidme, Batreno Omerio, ¿qué tal vuestro viaje a Mursella Casta? ¿Agradable? Es una ciudad preciosa, con unas termas públicas que no le tienen ninguna envidia a las de Pellia, según me han dicho.

Omerio cogió un par de uvas de un racimo cuidadosamente colocado en una bandeja de barro junto a una torta de pan y aceite de orba. Unos alimentos que aguardaban intactos a que los invitados de Finio les metieran mano.

-¿Sinceramente, tribuno? Creo que ningún viaje puede ser agradable con semejante lluvia. Dioses, llevo un mes con los dedos arrugados.

Finio rió con pasión.

-Pronto estaréis de vuelta en casa, tenéis mi palabra. Yo soy de la Belena, la tierra de los filósofos, ¿os lo había dicho? Conozco el calor del sol tan bien como vosotros, los urbanitas de la capital imperial. ¿Ha sido el viaje provechoso, al menos? ¿Tendremos calzada?

-¿Provechoso? Sí que lo ha sido, sí... -respondió Omerio, sonriente, recordando el cadáver del caudillo nativodesangrándose sobre su lecho-. Y menos costoso de lo esperado. La nueva Vía Litoral estará terminada para el próximo invierno. El Colegio de Mercaderes de Mursella Casta ha puesto el dinero para el tramo final, ¿no es maravilloso?

-¿Esos avaros no os han dado ningún problema? ¿No se han opuesto a las demandas del Emperador? Desde que deben obediencia directa a los Senados Provinciales los vendedores de especias son cada vez más insolentes.

Omerio tenía calculado qué responder. La Daga iba dos pasos por delante, por eso era la Daga.

-Tuve una audiencia en privado con el administrador del Colegio. Anoche mismo –explicó. Era un artista. Un hacedor de cuentos. Y le encantaba serlo-. Dormía... pero Zurea nunca duerme, ¿no es cierto, tribuno? Así que lo desperté.

-¿Y se mostró complaciente, de todas formas?

-Te agradará escuchar que así fue, en efecto, suave como un gatito. Aceptó todas las condiciones sin rechistar.

"Y se fue al otro mundo con una sonrisa en la garganta", pensó. Los ojos vacuos del líder rebeldeacecharon a Omerio desde el fondo de sus recuerdos. Pero era sólo eso: un recuerdo, una imagen en su mente. Y no provocaba mella en su ánima.

-¡Espléndido! Es una grandísima noticia -Marco Finio se incorporó con un movimiento enérgico, interesado por aquel acuerdo ficticio. Pobre ignorante-. Sin duda los viajes hacia el extremo oriental del Imperio serán más rápidos y seguros a partir de ahora –afirmó-. Mis paisanos lo agradecerán.

Omerio supo mantener su personaje.

-Y no sólo eso –continuó diciendo-, sino que el comercio resultante proporcionará por fin la explosión económica que necesita la Tormania. Las guerras amok están costándole mucho dinero al Imperio. La luz de Zurea apenas alcanza a iluminar ciertos rincones de Nuevo Mundo, los más distantes e ignorantes de nuestras costumbres. Eso debe cambiar, legado. No somos meros conquistadores, somos civilizadores.

-Por supuesto, Batreno Omerio, estoy de acuerdo. Miradnos a mí y mis paisanos, nos hemos vuelto tan zurianos como los propios semios fundadores de nuestra nación. Nadie recuerda lo que antaño éramos, antes de que las legiones apareciesen y el Senado Imperial comenzara a implementar los proyectos urbanísticos en toda la provincia. ¿Para qué? Con termas públicas en cada ciudad...

Omerio se regocijó ante las palabras de Finio. Ojalá todos pensaran como él. Aquélla era la Zurea con la que Claudio siempre había soñado: una Zurea unida, comprometida con el deseo de llevar el Imperio a su máximo esplendor.

El tribuno levantó su copa.

-¡Por el Imperio!

-Por el Imperio no –lo corrigió Omerio-. Por el sueño zuriano. Porque los semios y los nativos permanezcamosunidos hasta el fin de los tiempos.

Bebieron y vaciaron sus respectivos recipientes. El viejo tribuno estaba colorado. El vino, sangre de la diosa del deseo, comenzaba a ejercer su influjo.

-¿Sabéis, Batreno Omerio? –murmuró con interés-. Es curioso. Llevo unos días pensando que no os parecéis en nada a vuestro hermano. Ya sé que no es vuestro hermano de sangre, pero el Emperador Claudio os crió bajo su techo. Qué inmenso honor. Sois como su propio hijo, dicen.

Omerio notó que el pecho se le hinchaba. Era el orgullo de saberse quien era, sin duda.

-Todos crecimos diferentes en aquel palacio –respondió-. Los dioses saben que unos aprendimos de otros, y así nos convertimos en hombres.

El tribuno arqueó las cejas y se le quedó mirando largo y tendido.

-Eso parece, embajador, serví bajo el mando del general Quinto Publio hace unos años. Es tan audaz como cabría esperar en un hijo del Emperador Claudio -el soldado se limpió la barba manchada de vino-. Pero decidme, parecéis preocupado.

Aquello tomó por sorpresa a Omerio.

¿Lo estaba? Trató de analizar su expresión.

-Esperaba tener noticias de mi padre a mi regreso -se descubrió diciendo-. Pero no es preocupación, en cualquier caso. Por supuesto, mi confianza en nuestras legiones es absoluta. Diría que me siento más impaciente que preocupado, tribuno.

Marco Finio sacudió una mano para quitarle hierro al asunto. Que con ello hubiera logrado su objetivo, eso requería mención aparte.

-Podéis relajaros, Batreno Omerio. Os lo digo yo, llegarán nuevas cuando tengan que llegar. Serán afortunadas y todos nos alegraremos. Estoy seguro de ello. Jamás antes se había alzado un ejército como el que Claudio ha llevado a Isqia. Nueve legiones, nada menos. Eso son cincuenta mil legionarios con sus auxiliares, si no hago mal las cuentas, y adiestrados como demonios. Además, ya ha quedado demostrada nuestra superioridad, ¿es qué no lo habéis oído?

-¿Lo de esas batallas?

-¿Os parece poco? Tres victorias aplastantes desde que Claudio salió de casa. ¡Por los dioses, el Emperador y el general Publio son comandantes audaces! Y los nuestros siguen avanzando. Se ha convertido en algo personal, en una cuestión de honor. Deberíais saberlo mejor que nadie. El Imperio no puede perdonar la afrenta que los amoks nos han infligido. Tarde o temprano, Yuma Gomblag caerá, como han caído sus generales.

Padre estaba aniquilando a las hordas invasoras de Yuma Gomblag. Por fin, tras quince años de guerra. Y, quizás, era precisamente aquello, la sencillez de la campaña en comparación con otras, lo que tanto incomodaba a Omerio.

-Yo luché en la primera campaña amok –declaró Finio-. Vi caer a la horda que saqueó el occidente por aquel entonces. Jamás olvidaré cómo esos tizones clamaban su nombre. ¡Yuma, Yuma, Yuma! Gritaban como si les fuera la vida en ello, y rezaban a ese Dios Único al que tanto detesto. Incluso después de haber sido derrotados y rendidos. Incluso después de haber hincado la rodilla y haber visto a cientos de sus camaradas pasados por la espada.

-El tiempo torna los recuerdos modestos en tragedias aparatosas, tribuno. ¿Conociste a Gomblag en algún momento?

-No todos los reyes van a la guerra al frente de sus ejércitos –le hizo ver Finio-. No todos son el Emperador Claudio.

-Yuma Gomblag, desde luego que no.

El tribuno de la legión Veintidós se puso en pie y comenzó a recorrer el perímetro de su tienda con las manos a la espalda. Omerio se dio cuenta de que no le sacaba más de una cabeza. No era demasiado alto, el tal Marco Finio, aunque parecía duro, forjado en el fragor de la guerra.

-¿Sabéis, embajador? –escuchó que le preguntaba-. Dicen que Gomblag tiene cien años, que es mitad bestia y mitad amok. Que se come a los enemigos derrotados.

Omerio pegó un sorbo a su agua.

-Nunca entenderé por qué todos creen que un hombre de cien años es el responsable de nuestras desgracias, tribuno. Hace un rato se lo explicaba a mi joven esclavo con las mismas palabras, y siempre se lo

he dicho al Emperador, Yuma Gomblag no es más que un cuento y...

¡Bauuuuh!

El canto de un lituo despertó al campamento.

Omerio y Marco Finio se enzarzaron en una tormenta de preguntas mudas. ¿Un ataque? Imposible. No con el caudillo nativo recién degollado. Omerio jamás dejaba un objetivo a medio morir.

Fuera de la tienda se oía revuelo. El guardia de la entrada dio el aviso y, para entonces, el campamento entero estaba ya en pie. Un mensajero acababa de llegar de muy lejos. Traía noticias urgentes.Finio se acercó y agasajó al legionario con un pescozón que le arrancó el casco de la cabeza.

-¿A qué esperas para hacerlo pasar, pedazo de asno? ¡Vamos! -lo increpó-. Alegría, Batreno Omerio, parece que nuestras noticias han llegado.

Omerio no respondió. Estaba nervioso, por alguna razón.

El guardia hizo pasar al mensajero. Llevaba un pergamino apretado contra el pecho. Estaba pálido y sudoroso, y sus ojos eran dos sacos grises. Por la cadencia entrecortada de su respiración, Omerio supo que había acudido al campamento lo más deprisa posible, cabalgando bajo la tormenta.

-¿Qué ocurre? -gruñó Finio.

El correo alargó el brazo y le entregó la carta. Acto seguido bajó la cabeza sin haber dicho absolutamente nada y así permaneció, tan en silencio que Omerio hubiera preferido destriparlo allí mismo para romper la tensión del momento. Marco Finio se deshizo del lacre y desenrolló el pergamino. Era el selloimperial: dos caballos alados bajo una corona.

Noticias del frente.

Omerio se incorporó con rigidez. No podía sentirse menos Sombra.

-¿Qué pone?

Finio estaba a punto de leer el documento en voz alta… hasta que enmudeció. Sus ojos se desplazaron una única vez, de izquierda a derecha. El pergamino le temblequeó en los dedos. La mirada se le humedeció. Se desplomó en su asiento y sus esclavos corrieron a

socorrerlo, así la carta se deslizaba lejos de sus manos y caía a tierra.

-Lo lamento en el alma, embajador –suspiró-. Me informan de que Yuma Gomblag ha matado a vuestro padre.

Capítulo 5

Un chillido lejano irrumpió en la perezosa oscuridad.

¿Quién gritaba?

Había una luz. Una diminuta aguja de plata en la negrura de aquel mundo ciego. El cielo era tinieblas. El suelo, un estanque inmenso de márgenes invisibles. El agua le lamía los tobillos. Sonaron más gritos. La aguja plateada, el diminuto punto de luz… aquella cosa se ensanchó. ¿Era la boca de un túnel, quizás?

Áyax corrió hacia ella.

Los gritos persistían. Se preguntaba quién sufría así. Fuera quien fuera parecía en peligro. Entonces se dio cuenta: algunos de aquellos gritos no eran tales. También se escuchaba el rugir de poderosas bestias. Había muchas. Cada vez más. Y cuanto más crecía el volumen de sus rugidos, más crecía la luz que moraba en la oscuridad, más cerca estaba de ella, más próximo a la fuente de aquel fragor.

Despertó mareado.

Le dolía la espalda. Le ardía como el pinchazo de un punzón de fuego. Llevaba algo blanco enrollado al torso. ¿Vendas? Se dio cuenta de que estaba tumbado en una camilla que oscilaba con violencia. La camilla no. Toda la habitación lo hacía. Salvo que no era una habitación. No estaba dentro de ninguna casa. Estaba en una carreta. Una carreta que avanzaba a toda velocidad tomando baches, sacudiéndose con un matraqueo espantoso.

¿Y el eclipse de luna?

De nuevo advertía los gritos. Los oía por todas partes, fuera, al otro lado de la lona que cubría el vehículo. Había siluetas. Figuras difuminadas que el carromato dejaba atrás. Civiles, soldados con corazas segmentadas y voces roncas. Voces que ordenaban reagruparse con el grueso de la columna. ¿Qué columna? Reparó también en los rugidos. No eran imaginaciones suyas. Había bestias en el exterior.

¿Qué rayos estaba pasando?

Miró en derredor para descubrir que junto a su camilla había dos baúles. Uno de ellos, el único cuya tapa estaba abierta, contenía una coraza ornamentada, unas grebas y un bello casco con un penacho rojo en forma de cepillo.

"Un oficial ha olvidado su armadura", pensó.

Al acercarse a la platina trasera trastabilló y se golpeó la cabeza con el armazón que sostenía la lona del carromato. Necesitó agarrarse a un madero para mantener el equilibrio.

-¡Pegaos a la columna! –escuchó que gritaba alguien-. ¡Todo aquél que sea incapaz de...!

Un chorro de sangre salpicó la lona. Algo pasó cerca. Algo enorme que le dio un susto de muerte.

Tenía que averiguar dónde se había metido, pues sospechaba que, en el mejor de los casos, seguían huyendo de los amoks. La batalla, ¿qué iba a ser, si no? El combate no había terminado. Todavía era de noche y el eclipse de luna continuaba en lo alto. Sin duda.

Asentó los pies y recorrió el cajón en dos zancadas. Sintió un tirón bajo las vendas. Apretó las muelas. La cubierta de lona estaba atada a los laterales de la carreta con cordeles. El nudo había sido hecho a conciencia y con el traqueteo era imposible desatarlo. Áyax maldijo su suerte. Pateó la lona y la cubierta cedió un poco.

Viento.

Apenas había asomado la nariz cuando unos colmillos enormes brotaron de la nada. Estuvieron a punto de alcanzarle el rostro, pero se apartó a tiempo. Cayó sobre su espalda y vio las estrellas.

Él no era el mejor de los soldados. Tras dejar su hogar había entrenado durante un año y medio con la Decimotercera y luego había combatido en tres batallas, sólo para que, al término de la tercera, el legado de su legión lo adoptara como secretario personal. Causa trivial la que había inclinado la balanza a su favor: el anterior secretario había caído víctima de un flechazo en el cogote por no llevar el casco puesto. Pero por trivial que fuese, aquél era su sitio, junto a los documentos oficiales, y no tanto empuñando las armas. Y, en ese sentido, había sido la mejor noticia desde que abandonó Áradas.

"Necesito un arma", pensó frotándose las nalgas.

El segundo baúl. Tenía que haber algún utensilio de valor dentro. Gateó y lo abrió con impaciencia. Por fin algo de suerte. El interior escondía unas

prendas de ropa y una espada con una rica empuñadura de marfil, las guardas y el pomo color caoba. Era tan hermosa que Áyax se preguntó si debía mancillarla con sus dedos. Las leyes de la Legión castigaban severamente a los ladrones. Y el castigo era siempre mayor en caso de robar a un oficial.

-¡Las mujeres y los niños a los carros! –oyó que pedía un hombre en el exterior-. ¡Manteneos juntos!

Entonces hizo por centrar la cabeza.

"No seas ingenuo", se dijo. "Para que te sentencien a muerte tienes que someterte a un juicio, y al juicio hay que llegar con vida".

El carro pisó otro bache. Áyax se golpeó el pie desnudo. Los ojos le hicieron chiribitas. Condenó su idiotez con una maldición, tomó la espada del oficial y seccionó la cuerda de una vez por todas.

La cubierta de tela aleteó al viento. Un frío húmedo y unas gotas de lluvia se colaron al interior de la carreta. Sintió que la piel se le ponía de gallina al contraste con la temperatura que arrastraba el aire. Sacó la cabeza por segunda vez, despacio, temiendo correr la suerte de la primera. No en vano, le gustaba su cara como estaba. Se agarró con fuerza al armazón de madera y respiró hondo. Nada de colmillos.

Bravo.

Un panorama gris muerte había secuestrado el mundo. No quedaba niebla. Nada del cielo cobrizo de la última vez. Ni rastro de eclipse.

Pero seguía siendo el caos. Personas corriendo, flechas volando, carros volcados. Un grupo de legionarios había sido arrinconado por unas bestias sarnosas de pelaje profuso que Áyax no llegó a identificar. Junto a las bestias, a galope tendido, cruzaba un tribuno montado sobre un jamelgo blanco que...

¡¡Bum!!

Algo embistió el lateral de la carreta. Áyax sintió que sus pies se despegaban del suelo conforme el vehículo se vencía sobre dos de sus ruedas, primero levemente y luego mucho más. Al fin, tras unos instantes que se hicieron interminables, mientras el camastro, los baúles y él mismo iban por los aires, el suelo y todo el contenido del carro se le estamparon contra la cara.

Y durante un instante el mundo volvió a ser oscuridad.

Cuando regresó en sí, turbado, dolorido hasta el tuétano, se descubrió tendido sobre la hierba mojada. Le pitaban los oídos. Tenía la boca llena de barro y sangre, y la cara aplastada contra el agua. Estaba encima de un charco. Las gotas de lluvia dibujaban ondas sobre la superficie marrón, en cuyo limo se había condensado una mancha rojiza que manaba de sus labios. Dentro de la carreta le había costado incorporarse, pero allí le costó más. Primero una rodilla, luego un pie. Un esfuerzo, Aradio. Vamos, arriba.

La espalda lo castigó con severidad. ¿Qué era aquel dolor punzante, por la piedra y la sal? Un destello en su memoria le devolvió al centurión que lo había apuñalado bajo la Luna de Sangre... apenas recordaba lo ocurrido, pero eso lo recordaba.

Buscó enemigos o aliados. Descubrió varios cadáveres cerca, entre ellos el de un muchacho que no aparentaba más de doce años. No llevaba demasiado tiempo muerto, pero su piel ya había adquirido el aspecto cetrino de la carroña. El perfume del hierro golpeó su nariz potenciando el sabor del espeso líquido que manaba de su labio partido. Estaba exhausto. Sintió una arcada, aunque consiguió reprimirla.

Vagó desorientado, tropezando con obstáculos que no veía. El carro volcado, hecho añicos, estaba a no menos de veinte pasos. Había salido despedido y también el resto de su contenido. Los objetos esparcidos formaban un sendero entre él y el vehículo accidentado. Se dio cuenta de que había perdido la espada. No la encontraba por ningún lado. ¡Cuando más la necesitaba, por sus ancestros!

En cambio, a quien sí encontró fue al cochero. El infeliz estaba tendido en el suelo, cerca de la carreta. Su cuerpo inerte, de cuya garganta destrozada manaba sangre caliente, yacía echado en posición antinatural, las extremidades por un lado y el resto por otro.

Áyax cojeó hasta un viejo árbol muerto. Se apoyó en el tronco tratando de recuperar el aire. El ejército y la columna de civiles eran una muchedumbre en desbandada al otro lado de la tormenta. Estaba sólo, rodeado de cadáveres y despojos, herido y con unas ganas terribles de beberse un pellejo de vino. Por sus ancestros, cómo le dolía la cabeza.

Entonces lo vio asomar.

La misma cosa que había volcado la carreta. Como si acabara de emerger de las entrañas del Ardas. Una bestia devoradora de hombres que no temía a las espadas ni a las jabalinas, ni se amedrentaba ante el fuego de los pueblos civilizados. Casi mil libras de músculo, melena salvaje y colmillos como dagas.

Mierda, mierda, mierda.

Con un gesto fluido, grácil para una criatura tan descomunal, el león encaramó sus poderosas patas a la caja del vehículo. Éste se hundió bajo su peso, extrayendo un largo quejido de la madera. Irguió la perfilada cabezota y olisqueó el aire con insistencia. Tenía el hocico empapado en espumarajos. Su pelaje brillaba entre pardo y anaranjado, y lucía manchas marrón oscuro en la zona del vientre, donde éste se unía con el castaño rojizo de su gran melena. Un Rey de la Estepa. Uno de los grandes depredadores del occidente. Áyax se dio cuenta de que le temblaban hasta los dedos de los pies.

"Si me huele estoy perdido".

El felino apartó el carro de un zarpazo y se movió con elegancia entre los despojos. Cada vez parecía más grande. Profirió un gruñido grave y gutural y aplastó el lomo, definiendo la línea de sus paletillas. Justo entonces, un sollozo ahogado los distrajo a ambos. El Rey de la Estepa volvió la testuz. Áyax también.

A su derecha, a no menos de cincuenta pasos del árbol, había una niña pequeña con una cabellera hasta la cintura de color rubio platino. Su pálida piel era como el hielo y sus ojos azules habrían inquietado a Áyax en otra circunstancia, tal vez, de no haber sido por la compañía del Rey de la Estepa. Cerca de la pequeña, una mujer pedía ayuda aterrorizada. Pero, mientras que la abuela se había hecho un ovillo, la niña permanecía tranquila frente al gigantesco depredador. Sonreía extrañamente, como ajena a la amenaza que se acercaba inexorable. El felino las repasó con inquina y comenzó a moverse. Despacio. Al acecho.

"La presa no soy yo", comprendió Áyax.

Apartó la vista. La anciana y la niña no eran su problema, se dijo. El problema era alejarse del árbol sin llamar la atención del maldito monstruo. Y no era un problema pequeño. Ellas estaban muy lejos. Al ritmo que el Rey de la Estepa se movía tardaría todavía en alcanzarlas, y ese era el tiempo del que él disponía para escabullirse. Más le valía tener cuidado. Cualquier brusquedad en sus movimientos alertaría al monstruo.

Dio un paso atrás y aguantó la respiración.

"Bien, así, poco a poco".

¿Qué podía hacer? Si intentaba comportarse como un héroe sólo conseguiría que se lo comieran. No era ningún héroe. Era un legionario. Uno con dos dedos de frente, y no demasiado diestro con la espada. Más adecuado para el archivo de la Legión que para ser una pieza valiosa de la implacable maquinaria bélica zuriana. Además, cada vez estaba más

oscuro y, entre el Rey de la Estepa y él, él era el único que carecía de ojos para ver en la noche. No tendría otra oportunidad tan propicia para escapar.

“Vamos, Áyax, con calma. Zurea no se construyó en un día”.

Un brillo pálido entre los hierbajos llamó su atención. Apretó la vista y reconoció el objeto que lo emitía. No podía creerlo, a buenas horas. Allí estaba la espada. La maldita espada con la empuñadura de marfil.

Escuchó un gruñido y se le heló la sangre. Se detuvo y giró el rostro lentamente.

Muy lentamente.

¡Tenía a otro Rey de la Estepa detrás! Por sus ancestros, ¿qué clase de pesadilla era aquélla? El segundo león estaba más o menos a la misma distancia que su compañero. Carecía de melena, pero tenía los colmillos frontales más largos que el primero y éstos sobresalían tres dedos por debajo de su mandíbula inferior. Una hembra. Las hembras eran las que cazaban. Eran más grandes que los machos. Más agresivas.

Áyax buscó algo para defenderse. Una arma, un palo, una piedra. Lo que fuese. Le castañeteaban los dientes y casi no se veía nada. Sólo el pálido destello de la espada con la empuñadura de marfil. Pero estaba demasiado lejos. No la alcanzaría a tiempo. Un rugido le indicó que estaba vendido. Su eco sonó por todas partes, envolviéndolo, enfrentándolo con su inevitable destino

La leona echó a correr.

Áyax no habría sabido explicar lo que ocurrió. La cadena de emociones que tomó posesión de su ser. La parálisis, el terror, el instinto saliendo a flote… la obstinación que vino detrás… el delirio de la esperanza… y, finalmente, el embate de su determinación abriéndose paso. El tiempo se ralentizó. Sus piernas echaron a correr antes de recibir ninguna orden. A correr como nunca antes.

Mover las piernas. Moverlas lo más rápido posible. La única obsesión a la que su cerebro atendía. Rápido. Más rápido. La espada.

Ya casi estaba.

Supo que la bestia le pisaba los talones. Adivinó su presencia como si le hubieran crecido un par de ojos en la nuca. La sintió saltando sobre él. Áyax se dejó caer sobre sus rodillas y observó cómo la leona pasaba por encima suyo mientras él se deslizaba sobre la capa de charcos. El agua voló formando cortinas multicolores. Estiró el brazo, atrapó algo duro y se

agarró a ello con todas sus fuerzas.

La empuñadura era suya.

Se alzó ante el deslumbrante mundo sabiendo que algo había cambiado. Y, así, fue consciente de todo cuanto existía en aquella pradera. Los aromas de la sangre, de la hierba mojada, de la muerte… y también el de la vida, se condensaron en sus fosas nasales. Aquél estaba por todas partes. Tupido, palpitante, manaba de las raíces de la tierra e impregnaba el viento soplando en una ráfaga interminable.

"Somos uno", dijo la voz de su conciencia, y no supo por qué.

Áyax respiró hondo. Entornó los párpados dejándose mecer por aquel estado de sensibilidad extrema. La lluvia le acaricio el rostro. Los temores de la anciana. Los sentía todos. Pero también el anhelo por escapar de los miles de zurianos de la columna de viaje, en el extremo opuesto de la pradera. Sentía el hambre que manaba de los Reyes de la Estepa, y del resto de alimañas que pululaban diseminadas entre los árboles, los roedores y los insectos, así como las aves carroñeras que se acercaban volando atraídas por el olor de la muerte.

Creyó posible tocar aquella energía con sus dedos. Era tangible como un trozo de metal. Y estaba por todas partes.

Entonces reparó en algo más. Su piel transpiraba una extraña sustancia plateada. Una suerte de vapor viscoso que se arremolinaban a su alrededor. No se atemorizó. Fuera lo que fuera, algo le decía que no corría peligro. Aquella voz en su interior.

Sin oler, olía más. Oía más sin escuchar. Y, por primera vez en su vida, vio. Vio rugir a la leona, alertada ante su presencia revalidada. Miles de finas agujas de lluvia, moradas, azules y rojas, destellaban con lentitud onírica entre ambos.

Dio un paso al frente y supo lo que debía hacer.

-Soy Áyax de Áradas -susurró clavándole los ojos-. Y no soy tu cena.

Un jirón de vapor plateado se alejó de su cuerpo y, cruzando el aire, penetró suavemente en la bestia. La Reina de la Estepa titubeó. Sacó pecho y desgarró el mundo con su rugido, la pradera girando a su alrededor, el tiempo y la lluvia detenidos. No había nadie más. No había nada más. Sólo ella y él. La leona ofrecía resistencia, pero la mirada de Áyax ardía con un fuego inextinguible.

Siglos de separación natural hablaron entre ellos, fuerzas que no habían dialogado desde la era de los primeros hombres, antes de la caza, antes

de las armas y las ciudades, antes de la civilización.

Y, al final, ambos comprendieron.

Haciendo una reverencia, la bestia que jamás había tenido que humillarse ante ningún depredador, animal u hombre, agachó la cabeza y reculó con sumisión. Áyax alargó un índice y señaló en dirección al macho, que se había lanzado a la carrera y estaba a punto de alcanzar a la anciana y a la niña.

Apenas era dueño de lo que hacía. Pero la hembra arrancó a correr como si acabara de oler un ciervo. Atrapó a su compañero en pleno salto. Chocaron en el aire con estrépito, entre colmillos y zarpas, y tomaron tierra varios pasos más allá, dejándose el lomo en el barro. El macho había caído encima, tenía la ventaja. Soltó un zarpazo que alcanzó a la hembra de refilón. Ella era más grande, sin embargo. Logró revolcar a su compañero melenudo, y de un salto le hincó los enormes colmillos en una de las patas traseras. Él se zafó. Se movía con las garras por delante. Ella fue más hábil y logró morderle de nuevo en el cuello, arrancándole un rugido que restalló como el trueno.

Se separaron gruñendo. Sus miradas entablaron combate, aunque éste duró sólo un instante. El macho aceptó la derrota y se marchó cojeando. La hembra se dio la vuelta en busca de Áyax. Ronroneaba como una gatita. Le lamió la mano con una lengua enorme y áspera para que él la acariciara entre las orejotas. Desprendía calma y afecto. Entendimiento. Cooperación.

De alguna forma, se habían fundido en un solo ser.

Áyax notó que la anciana y la muchacha lo observaban. Incluso de espaldas, podía captar su presencia, en especial la de la pequeña. Aquella niña irradiaba una intensa fuerza vital, diferente del resto de personas en la pradera. Le produjo un escalofrío. Se dio la vuelta para confirmar aquello de lo que no tenía dudas. Allí estaban. Mirándolo.

De pronto, las fuerzas lo abandonaron.

La lluvia retomó su carácter habitual golpeando el suelo. Una ola de frío crudo le arañó la piel. Sintió que la espalda se le desgarraba. Vio que tenía los bordes de la túnica manchados de sangre que goteaba sobre sus pies. La puñalada del centurión sangraba de nuevo. Era curioso, pensó, ya no desprendía vapor alguno.

Las rodillas le flojearon. El suelo se le estrelló contra la cara.

Tinieblas.

Despertó empapado en sudor. Un sudor frío como el culo de un centinela en invierno. Su mente aturdida continuaba aferrada a las misteriosas sensaciones de hacía… ¡rayos! No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Sólo que lo vivido permanecía en su cerebro, fresco e intacto. Era como si hubiera perdido el conocimiento un momento atrás. Palpó la superficie del lecho sobre el que estaba tendido.

"Sábanas limpias", comprendió. “Esto no es ninguna carreta”.

Intentó incorporarse, pero un fuerte pinchazo en la espalda lo hizo cambiar de opinión. Su apuñalador le dedicó una reverencia desde el fondo de sus recuerdos. Nada de rostro. Sólo su vara de mando y su cuchillo. Maldito centurión.

Alguien le había vendado el tórax a conciencia. Perfecto. Si no lo mataban sus heridas moriría de asfixia, y así habría un legionario menos al que Zurea tuviera que alimentar.

Confuso, hizo un esfuerzo por adaptar sus ojos a la oscuridad que imperaba en aquel espacio. La escasa luz provenía de una ventana cuyas cortinas estaban cerradas. Se observaba la silueta de las mismas y una franja de suelo cubierto de baldosas. Estaba en una habitación, así pues, tumbado en una cama. Ni león, ni vapor plateado. Un sueño, sólo eso había sido. En ocasiones los sueños podían ser más vivaces que la realidad.

La maldita realidad.

-¿Hay alguien ahí? -alzó la voz.

No escuchó respuesta. Todo estaba en silencio.

Tras varias horas sin poder conciliar el sueño, comenzó a hacer memoria. Lo más lejano que podía recordar tenía relación con el eclipse de luna roja. La batalla. Los dos legionarios llevándolo en la camilla mientras le llovían flechas y proyectiles de catapulta. Y, luego, el centurión.

La vivacidad del incidente había sido tan potente que costaba creerlo un sueño. Pero si el ataque a la caravana no había sido real, todo aquello

podía no haberlo sido tampoco.

“La puñalada es real”, se dijo, y de eso estaba seguro.

¿De qué habían hablado los legionarios mientras lo transportaban? No tenía ni idea. Tampoco de cómo había llegado hasta aquella batalla espantosa bajo la Luna de Sangre. Recordaba una guerra, tiempo atrás. Hacía una eternidad. Y recordaba las interminables estepas del norte de Isqia, una gran cadena montañosa, un valle…

Y amoks por todas partes.

“Lo de siempre”, suspiró.

Por lo que sabía, podía llevar dormido años o apenas un par de horas. Aunque tenía clara su identidad, y eso era un comienzo.

-Áyax de Áradas –recitó en voz alta. Su voz le sonó extrañamente grave, como si no la recordara o como si perteneciera a otro hombre-. Legionario de la Decimotercera “Lática”, tercera cohorte, tercera centuria.

Lo repitió varias veces.

Pasó la siguiente hora encogido bajo las sábanas. La fiebre le subió y las lagunas mentales persistieron. Al cabo de un tiempo, más bien mucho, la puerta cedió. Un chorro dorado inundó la habitación yuna sombra encorvada se deslizó por el suelo. Su propietario venía detrás. Era un anciano.

-¡Por la Tríada! –exclamó-. ¡Señor, estáis despierto!

¿Señor?

Áyax le sostuvo la mirada sin saber qué responder. Indagó en derredor suponiendo que encontraría a otro individuo por allí, pero sólo estaban ellos dos y el mobiliario: un espejo, dos baúles y una percha sobre la que descansaba una armadura compuesta por una coraza negra, un casco con un penacho rojo en forma de cepillo y... una espada con empuñadura de marfil.

¡La espada!

-Los médicos decían que nunca volveríais a abrir los ojos, que en el mejor de los casos os quedaríais así para siempre –el anciano se aproximó lleno de júbilo-. Vaya unos derrotistas. Ya sabía yo que no, señor. Ellos no saben quién sois. Sois duro como la roca. No, más duro que la roca y el

acero juntos. ¡Dioses misericordiosos, estáis despierto!

El tipo se abalanzó sobre él y lo estrechó entre sus brazos. En cuestión de un instante, Áyax pasó de sentirse atónito a sentirse avergonzado. El anciano se agitaba arriba y abajo murmurando oraciones de agradecimiento a todos y cada uno de los Dioses de las Corrientes, en especial al Padre Yzos, el Rey de los Dioses.

-Dijeron que habíais muerto durante la Noche Carmesí, señor, en el transcurso de la feroz batalla –expresó, como si algo en todo aquello tuviera el más mínimo sentido-. Pero os trajeron al campamento. Unos benditos, aquellos soldados. A fe mía que han sido recompensados por su lealtad.

Áyax arrugó la nariz. Ya iban tres veces que aquel tipo lo llamaba señor. No le gustaba un pelo cómo olía aquello.

-¿Queréis algo de luz? –se interesó el anciano-. Sí, algo de luz os vendrá bien después de tanto tiempo.

Sin dejarle opción a que él rehusara, abrió las cortinas. Un fogonazo iluminó la estancia. Áyax tuvo que taparse los ojos para evitar quedar cegado. Era como si hubiera estado morando en el interior de una lóbrega caverna durante siglos.

-¿Os duele la herida de la espalda?

Él negó con automatismo. La cabeza le iba a estallar.

-Cuando os trajeron estabais muy malherido. Los médicos no se explicaban como podíais seguir respirando. Cosieron vuestras heridas, pero supusieron que las fiebres y los daños os matarían. Os ahogabais. Hasta que un día simplemente dejasteis de hacerlo. Cosa de magia, por Yzos. ¿Podéis hablar, señor?

-Puedo –respondió él.

Su voz volvió a sonarle más grave de lo que la recordaba.

El anciano le dedicó una sonrisa como la primavera.

-No fue así -aseguró.

-¿El qué?

-Pues lo evidente, señor, que no habéis muerto. Los dioses os aman. Yzos ha velado por vuestra salud todo este tiempo. Y, yo también, señor. El viejo Néstor sólo se ha separado de vuestra cama para atender sus otras

labores. Y así seguirá haciendo hasta el día en que estéis recuperado. Ay de mi sangre, estoy tan feliz, amo. ¡Es un milagro!

¿Amo?

Definitivamente, Áyax no tenía ni había tenido jamás un esclavo. Y algo le dijo que no se trataba deuna noticia que celebrar. ¿Una cama fuera de la enfermería del cuartel, separado de sus compañeros de legión? ¿Sábanas de seda? ¿Un esclavo? La armadura de la percha, por si fuera poco, pertenecía a un oficial. Por la elaborada factura, las incrustaciones y la calidad del material, a uno de alto rango. El mismo oficial que se la había dejado olvidada en la carreta que lo transportaba a él.

¿Qué demonios estaba ocurriendo allí?

-Avisaré de que manden un correo a la señora Claudia lo antes posible -prometió el tal Néstor-. Antonino no sabe nada, no os preocupéis. Vuestro hijo no ha sufrido ni sufrirá por causa de las malas noticias. Aunque conocerá las nuevas.

Áyax tampoco sabía quiénes eran a aquellos dos. ¿Claudia y Antonino? Él no tenía ningún hijo, que supiera. Algún bastardo en un lugar remoto, quizás, pero nunca había conocido a ninguna Claudia. Claudia era un nombre de aristócrata. El nombre de las mujeres que pertenecían a la gens más importante de Zurea: la familia imperial. Pues Claudio era el Emperador. El instinto, no obstante, lo previno de que no se pusiera en evidencia. Siempre era mejor callar que meter la pata. Quizás continuaba soñando… con algo de suerte.

-¿Dónde estamos?

Al otro lado de la ventana se observaban pájaros sobrevolando una vasta ciudad blanca derramada sobre un valle. Mármol y toba. Largos tejados de edificios públicos, obeliscos y plazas porticadas.

Néstor espantó el aire con una mano.

-Estamos lejos de Gaugamo, señor –explicó-. Isqia quedó atrás, y Tara nos da cobijo ahora.

Áyax guardó silencio. Tara era la capital de la Gaia Cisacénica, una de las siete provincias que conformaban Zurea. Al parecer, habían viajado cientos de millas en dirección a oriente, de vuelta al corazón del Imperio.

-La columna de viaje -murmuró-. Los Reyes de la Estepa.

El esclavo se esmeró en mullirle el cojín y lo asistió para que se recostara.

-¿Os acordáis, señor?

-En parte –repuso él.

-Fue un momento crítico, y pudo haber sido fatal para todos. Había fieras por doquier. Tenéis muchísima suerte de seguir con vida.

Áyax hizo un esfuerzo por sobreponerse al dolor de su espalda.

-Había dos Reyes de la Estepa.

-Había más de dos -aseguró Néstor. Su preocupación al respecto era manifiesta-. Se comieron a mucha gente.

-Los Reyes no van en manada.

-Éstos sí -afirmo el esclavo muy seriamente-. Y por lo que yo vi, señor, estaban organizados.

-¿Fieras organizadas?

Néstor arqueó una ceja.

-No creo que el joven señor haya visto antes leones atacando a un ejército. ¿O sí? No lo recordaréis, pero ya estuvieron presentes en el eclipse.

Áyax no pretendía ponerse a departir. Ya resultaba suficientemente incomodo que aquel tipo lo llamara señor una y otra vez. Estaba muy cansado. Demasiado cansado.

-Cuéntame más -apuró al esclavo-. Había una anciana y una niña.

-Os encontraron junto a los restos de vuestro carro. Cubierto de barro y sangre. Vuestras heridas no se abrieron, pero sumasteis nuevas. Yo estaba lejos, defendiéndome de un león que por poco no se me come.Fue la anciana ciega quien protegió vuestro cuerpo hasta que llegaron los legionarios.

-La anciana –repitió él quedamente-. ¿Y la niña? ¿Está a salvo?

El tal Néstor parpadeó confuso.

-Yo no vi ninguna niña, señor.

Áyax se preguntó qué habría sido de ella, tan pequeña e indefensa.

-¿Y el vapor plateado?

-¿El vapor, señor?

-Mmm... sí, no importa –Áyax esquivó la pregunta mirando hacia otro lado-. La mujer… la anciana, ¿qué le ocurrió? No sabía que fuera ciega.

-La misma anciana os apartó del ataque mientras llegaban los refuerzos. Yo no di ninguna credibilidad a las tonterías que farfullaba, pero aun así le agradecí que os hubiera socorrido. A ella y a los dioses, bendita sea la Tríada.

¿No había sido un sueño, entonces? Una ráfaga de aire se coló por la ventana provocándole un escalofrío. No existía nada que desease más que recuperar aquel estado de clarividencia. Aquél…

Todo dependía de si ahora se hallaba realmente despierto. Francamente, era complicado pensar que no. Su malestar físico era muy real.

Néstor gesticuló con las manos.

-Señor, yo no daría crédito a tales historias. Me refiero a los Reyes de la Estepa. La mujer es ciega y está realmente perturbada. No ha dicho tres palabras con sentido. Traté de hablar con ella, pero es imposible mantener una conversación formal. Que si naranjos gigantes, que si alfombras voladoras. Además de que es ciega, os lo repito. Ciega, señor.

-No me importa –lo cortó Áyax-. Necesito hablar con ella.

El esclavo sacudió la cabeza. No parecía congraciado con lo que estaba a punto de manifestar.

-No sé dónde está, señor. Y, aunque lo supiera, me temo que hay muchas cosas de las que tendréis que encargaros antes. Llevamos un mes esperando que despertéis.

-¿Esperando? ¿Quiénes?

-Todos, por supuesto –afirmó el tal Néstor, incrédulo-. Vuestra familia, el

Senado, el ejército.

-¿El Senado? ¿De qué hablas?

Era absurdo. Áyax no había visto de cerca a un senador en su vida. Aunque más absurda era la expresión del esclavo.

-¿Desde cuándo tenéis semejante sentido del humor? El Senado exige que recuperéis vuestras funciones como cónsul y que en nombre del Imperio toméis fatal venganza en contra de Yuma Gomblag y sus hordas. Zurea os necesita, general.

Áyax tragó saliva.

-¿General?

El esclavo le acarició la pierna que tenía más cerca.

-El mayor héroe del Imperio no pierde su dignidad cuando recibe una herida por la espalda, que yo sepa. Y menos cuando es cónsul electo y general de los ejércitos del Emperador. Seguís siendo Quinto Publio, el Azote de Amoks. Al menos, por ahora, señor.

¿Quinto Publio?

¿El general Quinto Publio?

Áyax sintió que un cristal se hacía añicos en su interior. Por misericordia, que alguien lo despertara. Si aquello era un sueño ya no quería seguir soñando.

Capítulo 6

Un fuego sin humo chisporroteaba en el interior del lar, amable, acogedor. Debajo se alojaba una plancha de metal marcada con una runa que brillaba al rojo blanco. Una runa del abuelo Hakon.

Fjiorleif adoraba los artefactos del abuelo. Cuando entraban en funcionamiento solían conducirla a un pequeño trance. Se quedaba ensimismada mirándolos y el mundo a su alrededor se apagaba. Siempre había sido así, desde que tenía uso de memoria. Le ocurría sobre todo con los artefactos que generaban calor, como el lar de la habitación principal o las lámparas de flama eterna que colgaban de los dinteles de las puertas, pero no sólo. Hasta su madre decía que, siendo ella más pequeña, inducirle aquel trance había sido la única manera de dormirla por las noches.

La casa estaba llena de artefactos. Muchos de ellos facilitaban las labores de la vida doméstica, lo que con el tiempo había provocado la envidia de las granjas vecinas. A Fjiorleif le parecía normal. Si alguien disponía de una chimenea que generaba fuego por sí misma, un fuego limpio y sin humo, y reservas inagotables de calor, ¿para qué cortar, transportar y almacenar leña? El invierno era menos duro en su hogar, después de todo.

Además, la venta de artefactos generaba suculentos ingresos. Había nobles que pagaban buenas cantidades de plata para no tener que invertir en la mano de obra esclava que los comerciantes norlungos importaban de sus expediciones al Continente. Y, así, los años habían permitido a la familia de Fjiorleif acumular una pequeña fortuna y, de paso, también una larga lista de vecinos recelosos de su prosperidad.

La maldición era que su cometido de la mañana consistía en separar la lana. En concreto, las hebras de los mechones que su hermana mayor le tendía. Una labor para la que el abuelo Hakon no había inventado artefacto alguno.

Madre habló en sueños. Estaba echada sobre una de las bancas de madera, enterrada bajo tres capas de piel. Helga, la recién nacida, dormía a su lado. Estaban las dos a salvo, pese a los malos augurios.

-Parece mentira que sea tan diminuta, ¿verdad? -dijo Fjiorleif señalando a su hermana pequeña-. El abuelo me dijo que nunca había visto nacer a

nadie durante un eclipse.

Borde como un ramo de ortigas, Solveig señaló en dirección a la pila de trabajo que se acumulaba sobre el caballete de madera.

-Separa bien las hebras, Fjiorleif, que ahora hay que peinarlas. Y deja ya de parlotear. Mira cuántos nudos hay en esos mechones, parecen pelo de troll.

Solveig terminó de secar un retal de lana mojada y se lo pasó. Fjiorleif lo aceptó con disgusto.

-Si tanto sabes, dime, ¿por qué no cambiamos de posición? Déjame el fuelle a mí. Iremos más deprisa, ya verás.

-Esto no es una carrera.

-Pues qué pena, a mi me gustan las carreras.

-Madre me ha puesto al mando hasta que pueda volver a trabajar o hasta que Fryrstein y padre regresen de su viaje. Quiero demostrar que soy capaz de ocuparme de la casa. Y sin molestar al abuelo, que ya te veo venir.

La relación de Fjiorleif con el abuelo era más estrecha que con ningún otro miembro de la familia, y siempre acudía a él cuando necesitaba que le echaran una mano. De todas formas, eso no cambiaba que Solveig tuviera sus propios intereses. Su única preocupación en la vida era llegar a señora de una granja. Encontrar un marido al que dar muchos hijos y gobernarlos a todos con impertinencia. Llevar las llaves al cinto, de toda la vida. Hacía años que estaba en edad de desposarse y, la espera, por más que ella lo negara, la había tornado en una malograda compañera de convivencias.

-Sé usar un fuelle -afirmó Fjiorleif-. ¿Qué te crees?

-Tú no sabes lo duro que está, yo tengo más fuerza.

-No seas mala, hermana. Tú tienes también más mano con esto. ¿No quieres salir? Hace un sol que da pena malgastar el día aquí adentro. ¿No te da pena, hermana?

-He dicho que no.

-Pero, ¿por qué?

Solveig soltó un resoplido.

-Porque ayer te escapaste con tu amigo Styrmir y te dejaste a las vacas sin ordeñar. ¿Y sabes quién tuvo que ordeñarlas? Pues adivínalo.

Fjiorleif le sacó la lengua. Eran el agua y el aceite.

Su hermana manejaba el gran fuelle con energía, lanzando potentes chorros de aire caliente. A primera vista parecía un instrumento normal y corriente, pero en su interior, en la base de la embocadura, el abuelo Hakon había colocado una placa como la de la chimenea. Fjiorleif no entendía de aquellas cosas y el abuelo no se las explicaba a nadie, ni siquiera a ella. Sin embargo, el aire que el fuelle escupía salía ardiendo, y eso sí que lo sabía toda la familia.

-No me gusta esto -repitió.

-Ni a mí, ¿qué te has creído? Pero no lo hago porque me guste, lo hago porque hay que hacerlo. Porque el invierno vendrá y tendremos que cubrirnos con algo. ¿O no piensas abrigarte cuando lleguen las nieves? Acuérdate de los vientos que bajaban de las Tierras de la Aurora el año pasado.

Ella no respondió. Dos fibras de lana se le resistían desde hacía rato, deslizándosele entre sus dedos excesivamente gordos. Y eso que tenía las manos pequeñas y los dedos huesudos. ¿Cómo podían resultar excesivamente gordos?

-Tengo la ropa que llevaba el invierno pasado –le recordó a Solveig.

-Estás a punto de empezar a sangrar, te convertirás en una mujer muy pronto. ¿Crees que vas a tener ese cuerpecito para siempre? ¿Esas caderas diminutas?

-Cuando sea más grande me convertiré en escudera y viajaré con padre -proclamó ella-. No creas que me voy a quedar aquí como tú, hermana. Yo quiero ver la Rhus de Fiorsut y las tierras que hay más allá. Tengoun mundo entero esperándome.

Solveig se burló de ella.

-Me parece perfecto que quieras convertirte en escudera, si lo que te gusta es revolcarte por el barro y pasar hambre en alta mar –dijo-. Ahora, no pienses que eso te va a librar de las labores domésticas. Tendrás que casarte y engendrar hijos, digo yo. ¿No piensas vivir en una

casa cuando regreses de tus viajes?

Fjiorleif no había pensado en eso. No entendía por qué tenía que hacer lo que todo el mundo hacía. Ella no era todo el mundo.

-No me importa lo que piense la gente del pueblo -declaró.

-No es por lo que la gente piense. Hasta los Mayores tienen sus matrimonios. ¿No es acaso Vörna la regia esposa del Gran Padre Vulfir? Además...

Solveig arrugó la frente. Fjiorleif lo percibió.

-¿Qué?

-Bueno... –murmuró su hermana-. Siempre he creído que acabarías casándote con Styrmir.

Ella notó que se le subían los colores.

-¿Cómo puedes pensar eso?

-Pues porque te pasas el día con él. Y porque Styrmir y el abuelo son las únicas personas capaces de soportarte.

Fjiorleif se encogió de hombros y siguió trabajando.

-Styrmir es sólo mi amigo -dijo-. No me interesan los chicos, yo lo que quiero es vivir aventuras como las heroínas de las sagas. Como Siggi Ragnarsson, que viajó a través de un río tan ancho que no se veían susmárgenes, hasta un mar en el que no corrían ni el viento ni las mareas, más allá de las tierras de los rhus y los amoks. Me lo ha contado el abuelo.

-Veremos lo que dices dentro de tres años, cuando seas una mujer.

-¿Crees que se me va a olvidar?

-Cuando crezcas no tendrás tiempo de pensar en mares sin viento ni viajes al Continente. Ya me lo dirás. Además, la confección de ropa es un arte antiguo y necesario.

Fjiorleif no quiso aguantar por más tiempo las recurrentes tonterías de su hermana. ¡Que se lo parecían a ella, por Fryr, tonterías! Y, nadie, ninguna hermana ni ningún vecino, y ni siquiera ningún dios iba a sacarla de sus convicciones. Algo en su corazón le decía que su destino la esperaba fuera de la aldea. Y el abuelo Hakon siempre la instaba a perseguir los

designios del corazón.

"El instinto", le tenía dicho. "Nuestro vínculo imborrable con aquellos días lejanos en que el hombre habitaba entre las bestias, cuando aún escuchaba a los árboles y al viento. El instinto, que llama desde el corazón y el estómago. Esa es la clave para una buena elección, en armonía con el mandato de la naturaleza".

-¿Pues sabes que, Solveig...?

-¡Calla! Has despertado a Helga.

Era cierto.

La recién nacida se movía en el interior de su canasto de mimbre. Sus rollizas manos pellizcaban el aire vacío con los deditos. Era difícil saber el tiempo que llevaba despierta porque tenía una particularidad: nohabía llorado ni una sola vez desde que salió de las entrañas de madre. Ni una. Eso había dificultado el saber cuándo darle el pecho, cuándo cambiarla o acostarla.

Pero, además, Helga tenía otro rasgo distintivo. Un defecto de nacimiento que la había privado de uno de sus sentidos. Según el abuelo Hakon, el precio de las circunstancias antinaturales en que había venido al mundo, alumbrada por el fulgor de la Luna de Sangre.

Nadie había tenido el valor de explicárselo a Fjiorleif, pero ya se las había apañado ella para escucharlo a hurtadillas. Si su hermana pequeña sufría de algo, por malo que fuera, ella tenía el mismo derecho que los demás a saberlo. No podía esconderse una verdad eternamente y, menos, una como aquella.

Helga era ciega.

Solveig depositó el fuelle a un lado y se acercó al canasto. En cuanto alzó a la pequeña, un desagradable olor inundó la estancia.

-Hay que cambiarla -confirmó.

Rikissa, madre de todas ellas, jamás lo habría confesado, pero la preocupación por el bienestar de la criatura había mermado sus fuerzas y cada vez que se echaba a dormir caía exhausta y tardaba horas en despertar.

-Madre -la llamó Solveig, acariciándole el costado con ternura-. Helga huele mal y está mojada.

Rikissa abrió los ojos lentamente. Parecía haber envejecido una década en sólo unos días.

-Tranquila, hija, creo que ya es hora de levantarme -respondió con un bostezo.

Solveig tomó a la pequeña con cuidado, sosteniéndole la cabecita en un gesto que tenía bienaprendido. La acercó hasta madre y la depositó en sus brazos. No en vano, era la mayor de cuatro hermanos, y había cuidado de todos ellos uno tras otro, desde Fryrstein hasta la propia Helga.

-Fjiorleif, ve al pozo y trae agua -ordenó.

Ella no rechistó, estaba deseando salir de casa. Cogió un cubo del almacén y abandonó la estancia por la puerta trasera. Hacía un día estupendo. El huerto yacía al lado del taller del abuelo y el pozo quedaba un poco más allá. La puerta del taller estaba abierta de par en par. Los martillazos del abuelo golpeando el metal resonaban en la hacienda.

Fjiorleif se detuvo a unos pasos de la entrada, curiosa, pero el herrero no se dio cuenta de que estaba allí y no quiso molestarlo. Además, si se demoraba mucho Solveig le tiraría de la oreja. Asomó la cabeza al pozo para intentar ver el fondo. Mientras llenaba el cubo, tal y como le habían pedido que hiciera, le pareció escuchar una vocecilla lejana que canturreaba a su espalda.

¡Bum!

Algo estalló dentro del taller del abuelo. Del susto, Fjiorleif pegó un brinco y el agua se le derramó por el huerto. Vio que salían volutas de humo azul por la claraboya del techo del edificio y que, en seguida, aquel humo empezó a salir también por la puerta delantera. El abuelo emergió tosiendo, tiznado de azul de la cabeza a la cintura, espantando el humo a su alrededor.

-¡Fryr y las malditas runas invertidas! -gruñó.

Se remangó los brazos, lanzó una mirada desafiante al interior del edificio y entró de nuevo en él. Era una persona increíble, el abuelo. Fjiorleif se preguntó qué habría ocurrido dentro. Aquellos percances eran el pan de cada día en el taller y Hakon raramente ofrecía explicaciones a sus familiares. Él sabría por qué, pero sólo conseguía incrementar las ganas que ella tenía de meterse en sus asuntos.

Llenó el cubo por segunda vez y regresó a casa con su madre y sus

hermanas.

-Gracias, hija -suspiró Rikissa tomando el agua.

Era evidente, aún con todo el esmero de Solveig, quién llevaba una vida entera cambiando a sus propios retoños. Puso a Helga en el cesto y comenzó a quitarle la ropa delicadamente.

-¿Qué tal vais con esa lana?

-Adelantadas -respondió Solveig, segurísima de sus palabras.

¿Adelantadas? ¿De veras? Fjiorleif detestó a su hermana por todas las regañinas innecesarias de la mañana. En Smågard no salían ni cincuenta días como aquél al cabo del año, con el sol dorado y el cielo despejado y azul.

-¿Si vamos adelantadas con la lana significa que puedo salir, madre? Hace un tiempo que parece que los dioses del verano se han asomado al borde del Celeste Skjihöll y nos observan desde lo alto.

Solveig contó los retales enmarañados que pendían del caballete.

-Queda peinar, madre, pero quiero dejarlo todo terminado antes de ponerme con las gallinas. ¿Qué queréis que haga con los tintes?

-Vamos a esperar hasta que tu padre vuelva de Uppaland para eso. Le he encargado que traiga verde y azul oscuro, y también rojo arce.

Fjiorleif notó que Solveig se emocionaba.

-¿El rojo del que estuvimos hablando?

Madre asintió.

-Quiero que el día en que te cases tengas el vestido que más te guste, hija mía. Ya verás, te encontraremos un buen marido con una buena dote, y serás la novia más deslumbrante de las Seis Hermanas. También le he dicho a tu padre que les eche un ojo a los solteros que encuentre a lo largo de su viaje, ¿qué creías? A los hijos de un buen granjero, para empezar.

-¿De verdad, madre?

-De verdad.

"Pues ojalá os vayáis pronto y nos dejéis a todos tranquilos,

hermana, tú y tus granjeros", pensó Fjiorleif.

Y, en seguida, empezó a sentirse culpable. Quería a Solveig pero siempre había mantenido una relación más estrecha con su hermano mediano, por edad y por la cercanía de sus aficiones. De todos modos, se consideraba más osada que Fryrstein, quien a menudo mostraba cobardía frente a situaciones que a ella le parecían la mar de interesantes. Como ir a robar huevos de águila al risco… aunque luego hubiera que devolverlos porque la posesión de grandes rapaces era un privilegio restringido al jarl. Eso lo había aprendido por las malas, con un severo castigo y un par de semanas quitando los hierbajos del huerto.

Vio que Solveig ponía los brazos en jarra y fruncía el ceño.

-Madre, ¿no se molestará la esposa del jarl si nos vestimos con colores tan llamativos? El rojo arce es precioso, pero ninguna de mis amigas...

Fjiorleif no pudo aguantarse y atacó a su hermana mayor.

-¿Ves? –la acusó-. Y luego dices que no es por lo que piensen los demás. ¡Si lo sabré yo!

-Tú cállate, que nadie te ha pedido tu opinión. Eres una maleducada.

Madre trajo paz.

-Aún tienes trabajo que hacer, ¿no, Fjiorleif? –indagó-. Cuando termines con la lana podrás salir a hacer lo que desees. Si yo fuera tú me daría prisa.

Rikissa podía ser severa pero también era justa. Fjiorleif le plantó un beso en la mejilla y volvió corriendo al lar central. El fuego crepitaba perenne gracias a la runa elemental del abuelo. Evaluó el trabajo que le quedaba y tomó un mechón de lana grueso y enredado. Mejor empezar por los difíciles.

-Madre, ¿no te parece que ya hemos tenido bastantes problemas con el jarl? –seguía diciendo Solveig-. Arna me ha contado que Bersi le ha dicho que la esposa del jarl no piensa invitarnos al banquete que se celebrará cuando regresen los hombres, de aquí a unas semanas.

-¿Y te extraña? -Rikissa ladeó la cabeza-. En el momento en que jarl Danarr decidió excluir a tu padre de la expedición de este verano supe que se habían acabado nuestras relaciones con esa casa. Él conocía eldeshonor que supondría para nuestra familia. Por eso lo hizo.

-¿Cómo podéis decirlo tranquilamente? ¡Es una desgracia!

-Es un problema desvincularse de la aldea. Pero, gracias a los dioses, no necesitamos la ayuda del jarl. Aún tenemos amigos aquí, y vivimos en la abundancia de todo lo que necesitamos. ¿Me equivoco?

Fjiorleif trataba de concentrarse en su faena. Sin embargo, era difícil no escucharlas hablar, a medida que la conversación subía de tono.

-Es por eso precisamente por lo que el jarl nos ha marginado, madre –repuso Solveig-. Nos considera un insulto a las costumbres de la sumisión.

-Pues que se aguante, hija, qué quieres que te diga. Si ya no dispone de los artefactos de tu abuelo es porque decidió separarlo de su compañía y centrar sus consultas en la adivina. Esa mujer conocerá los designios de los Dioses Mayores, pero no puede crear lámparas de flama eterna. No es culpa nuestra que jarl Danarr sienta el flujo de su riqueza amenazado.

Fjiorleif nunca prestaba demasiada atención a aquel tipo de conversaciones. En general, los asuntos de los adultos le parecían aburridos. Terminó el último mechón que quedaba en la pila y cogió los que estaban a medio secar. Los que su hermana se había dejado a mitad. Miró en derredor. Era su momento.

Sin decir ni pío, tomó el gran fuelle del abuelo, que Solveig había dejado abandonado. La conversacióntenía tan atrapadas a su madre y a su hermana que ni se dieron cuenta. Fjiorleif abrió el artefacto con dificultad, notando cómo absorbía el aire de la habitación y lo almacenaba en su interior. Su hermana tenía razón, estaba muy duro. Cuando por fin se hubo llenado tuvo que admitir que no habría podido realizar aquel ejercicio más de diez veces.

Ahora venía lo fácil.

Contrajo el fuelle y apuntó a la lana húmeda. El aire vibró, corrió por el cuello y bufó deslizándose al exterior, rociando el objetivo y rebotando en todas direcciones. ¡Sí que estaba caliente, por Fryr!

Al mismo tiempo, entrelazada a la bocanada, una voz vaporosa entonó una corta melodía. Una que había salido del fuelle. Una que no pertenecía a madre o a Solveig.

-Oth inniq ctal’toth id’ail -recitó la voz, y se apagó rápidamente.

Fjiorleif soltó el artefacto como si fuera venenoso y éste cayó al

suelo dando un golpe.

-¿Ves como no se te puede dejar sola? -le gritó Solveig desde la bancada-. ¿Qué, ya te has quemado?

Ella no respondió. Apenas oyó. Se apartó del lar, confundida y asustada. Vio que Rikissa se incorporaba por primera vez en toda la mañana.

-¿Hija? ¿Estás bien? ¿Te has quemado?

Fjiorleif escuchó la pregunta. No le pareció que requiriese una respuesta, sin embargo. ¿O sí? Estaba un poco desorientada. El cantar de la voz resonaba en su cabeza. "Oth inniq ctal'toth id'ail", repetía.

¿Qué significaba?

Solveig se le acercó a grandes zancadas. Parecía muy enfadada. Cuando Fjiorleif vio que movía el brazo ya fue tarde. El bofetón le puso la cara del revés. La mejilla le ardió.

-¿Estás sorda o qué? ¡Contesta cuando te hablan!

El escozor la hizo volver en sí.

-Lo siento -se disculpó-. ¿No lo habéis oído? ¡Por favor, decidme que lo habéis oído!

-¿Oír el qué?

Fjiorleif se preguntó si debía confesar su probable locura. Desde lo ocurrido con el abeto creciente y la voz del bosque había escuchado aquellas voces extrañas en varias ocasiones. En el fondo comenzaban a asustarla. Sabía lo que le hacían a los locos en la aldea. No quería ser apartada, dejada a su suerte en el bosque como la vieja Gyda.

Pero aun así habló.

-La voz...

Solveig se cruzó de brazos.

-¿Qué voz? ¿De qué hablas? Madre, esta niña nos toma el pelo. Qué no hará por evitarse trabajar. Es una vaga sin remedio.

-¡Ha salido una voz del fuelle, lo juro por los Mayores! Ha cantado...

Trató de reproducir las palabras que tan claramente habían sonado en su cabeza. Aún lo hacían. “Oth inniq tal’toth id’ail". Mas fue incapaz de pronunciarlas, por mucho que lo intentó. No supo, simplemente, y acabó por no decir nada de nada.

-¿Estás bien, hija? -Rikissa soltó a Helga en su canasto de mimbre y se acercó costosamente al hogar-. Me estás preocupando.

No encontraría respuestas en madre. Ella no sabía de qué hablaba. No sabía nada de las voces. Tendría que apañárselas por sí misma.

-Lo siento, madre –acabó diciendo Fjiorleif, y agachó la cabeza en gesto de sumisión-. Mi hermana tiene razón, me he quemado. Soy una boba, no debería haber tocado el fuelle. Terminaré mi faena e iré a ver a Styrmir.

Vaya si iría.

-Sí, por favor -estuvo de acuerdo Solveig-. Vete de una vez y líbranos de tu estupidez.

Fjiorleif no se molestó. No aquella vez. Ya tenía una idea de cómo iban a pasar la tarde Styrmir y ella.

Al salir de casa dio un rodeo y subió a la Nariz del Troll con intención de tomar el aire. Deseaba estar a solas con sus pensamientos antes de la aventura que estaba a punto de emprender.

Desde allí se observaba parte del fiordo, una lengua de mar que se internaba cinco millas tierra adentro. Fuera verano o invierno, sus aguas oscuras eran frías como el hielo y mansas a pesar de las cascadas que sembraban sus paredes. El lecho del fiordo estaba tan profundo que, según las sagas, no había nacido hombre capaz de bucear hasta el fondo. Y, por ello, sus secretos eran origen de numerosas historias, muchas de las cuales tenían como protagonistas a grotescas serpientes marinas, quiebrabarcos y calamares gigantes. O, más a menudo, a los Demonios del Ayer, los enemigos ancestrales de los Dioses Mayores.

El abuelo Hakon le había explicado que en el albor de los tiempos la vida no existía en el mundo. Sólo un vasto abismo de oscuridad alrededor del mar y una tierra plana y estéril llamada Fiorland. Pero el Dios Primordial ordenó a las olas levantarse, y cuando la espuma del mar se mezcló con la arena de la playa, de ella nació la diosa Móðir.

Con el tiempo, para que la diosa no estuviera a solas, el Dios Primordial tomó el aspecto de un lobo blanco y yació con ella bajo un cielo aún carente de estrellas, dándole tres hijos. Aquellos fueron los primeros entre los Mayores. Pero mientras se amaban, la semilla del lobo cayó al mar y atrajo a los Demonios del Ayer, que salieron del océano y atacaron a los dioses. Se produjo entonces un conflicto que llevó las fuerzas de ambos grupos al límite, y que resultó en la victoria de los Mayores, pues el Dios Primordial les había entregado la Primera Sustancia, fuente de todo poder.

El rey de los demonios, el gran Óvner, había muerto a manos del brillante Vulfir, dejando su gigantesco cuerpo tras de sí. Los Mayores tomaron la Primera Sustancia y dieron forma al mundo al mezclarla con su carne. Móðir utilizó la larga melena del rey para hacer de ella los bosques y las plantas. Vörna se sirvió de sus dientes y uñas para crear las piedras y los guijarros, y de sus costillas para moldear las montañas y los valles, y los fiordos de la costa. Fryr colocó la cúpula celeste valiéndose de su cráneo, y de ésta colgaron la llama frenética del ardor de Vulfir, dando origen al sol, a la luna y a todos los astros del firmamento, a los que ordenaron regularidad.

Algunos demonios escaparon y fueron a refugiarse al norte, a las Tierras de la Aurora, el único lugar de Fiorland en donde la oscuridad y la tierra no estaban separadas, y en donde siempre era de noche. Y allí tuvieron descendencia en forma de trolls, sorbemocos u ogros, o huyeron a las islas cercanas para engendrar a los terribles Reyes del Mar.

Aquéllas eran las aguas que bañaban la playa de Smågard. Unas aguas cuyo origen se remontaba a la creación del mundo. Aquél el lugar en que se ubicaba la aldea. Su hogar. Fiorland estaba compuesta por tres regiones. Al sur se hallaba la Rhus de Fiorsut, gobernada por el rey Vladimiro. Al norte, las heladas Tierras de la Aurora, salvajes e inhóspitas. Y, en medio, bañadas por el Mar de las Sierpes, las Seis Hermanas de Fiormid, cada una en manos de un jarl que administraba su pequeño territorio a voluntad.

Así que Smågard era punto de paso en todas las rutas comerciales norlungas. Su playa se había convertido en el emplazamiento ideal para un pequeño puerto y su astillero, al que acudían comerciantes de todo Fiormid, la Rhus de Fiorsut e incluso el Continente, para intercambiar sus exóticas materias primas por pieles, plumas y plumones, madera y alquitrán, mineral de hierro, esquisto para hacer piedras de afilar, pieles de foca o marfil de morsa, e incluso brillante ámbar extraído de las colinas, que los continentales conocían por el nombre de "oro del norte".

Cuando se hubo sentido más dispuesta para lo que estaba por venir, Fjiorleif rezó una plegaria al dios Fryr, el favorito de su familia, y regresó por donde había llegado. La vivienda de Styrmir era una de las últimasde

Smågard. No estaba tan apartada de la playa como la suya, pero sí lo bastante lejos como para que de camino no tuviera que cruzarse con Ottar y sus amigos, a quienes evitaba a toda costa desde el día de la carrera.

Los muchachos vivían más abajo, disgregados en torno a la casalarga del jarl, que estaba en el centro de la aldea. El padre del grandullón idiota, otro idiota, trabajaba personalmente para jarl Danarr, tercer idiota en concordia, sirviendo como su guardaespaldas personal. Erik tenía dos veces el tamaño de su hijo Ottar y era conocido por sus hazañas y correrías no sólo en Småland, sino también en Uppaland y el resto de regiones de las Seis Hermanas. Así que el jarl le había hecho construir una espaciosa granja junto a la suya. Y gracias a Vulfir, porque de esa forma, si Fjiorleif no deseaba cruzarse con Ottar y sus aires de superioridad, sólo tenía que quedarse a buen recaudo en la zona alta del pueblo.

"Algún día viajaré tan lejos de la aldea que ya no tendré que preocuparme más ni por Solveig ni por Ottar", pensó.

Cuando llegó al domicilio de su mejor amigo la puerta principal estaba abierta, pero no había nadie guardándola. Era de roble y estaba equipada con una campanita. Nadie más en la aldea tenía una campanita para llamar.

La costumbre hizo que tocara con los nudillos.

Una mujer entrada en carnes apareció en el umbral. Le tendió una mano y una sonrisa afectuosa. Vestía de forma similar a madre, pero en tonos más neutros: túnica de lino cerrada al cuello mediante un broche escasamente labrado en comparación con los de Rikissa, que eran obra del abuelo Hakon; y sobrevestido con tirantes también amarrados mediante broches, de los que pendía, cruzado sobre el pecho, un collar de cuentas de cristal de colores.

Era la madre de Styrmir. Un encanto de mujer, aunque también una reconocida chismosa. Si se descuidaba, Ausdhildur podía retenerla allí hasta la medianoche.

-La fértil Móðir y los dioses del verano sonríen, querida -saludó la mujer-. Styrmir está detrás, cortando leña. Lleva todo el día esperándote y de mal humor. Sé amable con él.

-He estado secando y desmadejando lana, Ausdhildur, no ha sido culpa mía.

-¡Oh, lana! Me encanta, es un arte antiguo y necesario.

Fjiorleif entornó los ojos, pero no quiso aguarle la fiesta a la madre de Styrmir. ¿Para qué incordiar el hurón?

-Sí, es un trabajo entretenido –respondió, sin más-. Pero mi madre está todavía débil por el parto de Helga, así que he tenido que hacerlo todo yo sola. He tardado largo rato y al final he perdido las mejores horas de sol.

-La pequeña Helga, claro, ¿cómo está esa diablilla? ¿Se porta bien?

¿Sol? ¿A quién le importaba? Desde luego, a Ausdhildur no.

-Parece que bien -dijo ella, consciente de los intereses domésticos de la madre de su amigo, una autenticaseñora en su casa-. ¿Cómo se va a portar? Tampoco puede hacer mucho.

-Bueno, podría llorar, no dormir, orinarse en la cuna -explicó la mujer-. Los recién nacidos dan mucho trabajo, Fjiorleif. Tú no lo sabes, pero seguro que tus hermanos pueden contarte más de una historia. Menudo trasto estabas hecha, fértil Móðir, te escapabas de tu redil cada dos por tres.

-Eso dicen, sí, y yo sigo sin ver cómo. Helga se mea, pero no puede andar aún.

-Dale unos meses y verás. ¿Y tu madre? ¿Débil, dices? ¿Cómo es eso posible? Jamás conocí mujer más dura que Rikissa. Aunque claro, después del parto.... mala noche para parir, aquélla, con la Luna de Sangre en lo alto. Mal agüero. ¿Llora mucho tu hermana?

Fjiorleif se cruzó de brazos. Ya estaba bien de perder luz, ¿no lo había dejado claro?

-Pues no, llorar no llora nada -suspiró, ansiosa-. ¿Puedes decirle a Styrmir que salga, Ausdhildur? Es que el sol...

-¡Por supuesto, querida, qué cabeza tengo! Aguarda aquí, ahora mismo te lo traigo. Después de tanto trabajar os merecéis corretear por ahí un rato. Cada cosa a su momento, que digo siempre. ¿A dónde vais?

-No lo sé -mintió Fjiorleif-. Suponiendo que no se haga de noche...

La madre de su amigo meneó la cabeza y soltó una risita aguda.

-¡Uy sí, el sol! Espera aquí, voy a por tu amigo -dijo, y se perdió en el

interior de la vivienda.

Styrmir salió al poco, trayendo consigo la misma expresión de solemnidad que siempre lo acompañaba. Su cabello negro brillaba al sol y estaba sudado. No parecía haber pasado el día enfadado, aunque con Styrmir era difícil deducir aquellas cosas. No habría sido la primera vez que se guardaba el mal humor. Lo curioso, pensaba Fjiorleif, era que siempre lograra mantener el enfado bien adentro, hasta que éste se disolvía mágicamente.

Su amigo terminó de cubrirse el torso musculoso y delgado.

-¿Nos vamos? -preguntó encaminándose por el sendero que conducía al exterior de la parcela.

-¿No quieres saber qué tengo en mente?

-Lo que quiero es alejarme de casa tanto como pueda. Desde que mi padre y mis hermanos se han ido a la expedición del jarl es insoportable estar aquí.

-¿Y eso?

Styrmir torció el morro.

-¿A ti te interesa cómo se prepara un salmón al estilo Uppaland?

Fjiorleif soltó una carcajada.

-Sabes que no.

-Pues a mi madre le interesa mucho, y debe pensar que a mí también, porque a mediodía me ha dado la tabarra con él. He ido tres veces a por miel. A la tercera se ha acabado la reserva de casa y he tenido que acercarme a la colmena y, al ahumarla, se me ha metido humo en los ojos y casi me pica una abeja.

Fjiorleif empujó a su amigo mientras se tronchaba de risa.

-Al menos no has tenido que vértelas con mi hermana. Desde que manda en casa es peor que un sorbemocos.

-¿Qué ha hecho?

-Pues darme un bofetón.

Styrmir le devolvió la carcajada.

-Seguro que ha sido con razón –dijo.

Giraron a la derecha al salir de los terrenos de la familia de Styrmir. Se cruzaron con dos ancianas que discutían sobre la mejor forma de pescar cangrejos de río. Ambas tomaban el sol sentadas a la puerta de sucasa. Doblaron a la izquierda, descubriendo una preciosa imagen del fiordo a media tarde, con un sol moribundo. Las crestas del cañón vigilaban las aguas mansas.

Styrmir le sopló en la oreja. Era su forma de chincharla.

-Tu hermana se lleva con mi madre el canto de una escudilla. Ambas son insoportables pero, gracias a los Mayores, también son predecibles. ¿Qué te costaría ser más así? Te ahorrarías problemas.

-¿Rendirme a ella? ¿A Solveig?

-Sólo de puertas hacia afuera -explicó su amigo, pues era la voz misma de la sensatez.

-Ni soñarlo.

Fjiorleif se remangó la falda y comenzó a bajar la pendiente, internándose en una calle estrechada por dos edificios que pertenecían a Halfdan el constructor de barcos, un trabajador del astillero.

-Dime, ¿dónde me llevas? -se interesó Styrmir.

Fjiorleif no se anduvo con rodeos. El incidente con el fuelle todavía la tenía en vilo. "Oth inniq ctal’toth id’ail", recordó.

-Vamos a tomar prestado uno de los artefactos de mi abuelo, quiero hacer un experimento –dijo.

Su amigo la agarró por el vestido y la detuvo de un tirón.

-¿Estás loca?

-Creo que no -dijo ella-. Bueno, en realidad necesito comprobar que no lo estoy, y... es complicado, Styrmir.

-Te ahorraré el mal trago de que nos atrapen y te daré una respuesta ahora mismo: estás como un cencerro. ¿Para qué necesitas el artefacto?

-Es difícil de explicar.

Styrmir no había cambiado su expresión solemne desde que abandonaran su vivienda. Era como un anciano atrapado en el cuerpo de un niño. Un niño que casi había dejado de serlo, pues dentro de poco cumpliría la mayoría de edad. Fjiorleif no alcanzaba a entender cómo lograba siempre engatusarlo para que la acompañara en toda loca aventura que a ella se le metía entre ceja y ceja. Aunque Styrmir oponía resistencia. Siempre oponía resistencia.

-¿Quieres que le robe a tu abuelo y no vas a decirme por qué?

-No pasará nada. No vas a robarle. Tú lo distraes y yo cojo el artefacto.

-Eso es ser cómplice de robo. Delante del jarl sería condenado igual que tú.

-No estamos delante del jarl. Las cosas de mi abuelo también son mías. No puedo robarme a mí misma, Styrmir. Por favor.

-Los artefactos no son tuyos, boba. Si lo fueran no tendríamos que distraer a tu abuelo. ¿A quién intentas engañar?

Fjiorleif se dejó de tonterías. El sol seguía moviéndose y no esperaría a nadie.

-¿Vas a ayudarme o no?

-No estoy de acuerdo con esta idea -declaró Styrmir-. Si tu abuelo nos descubre me convertirá en un sapo, o en algo peor.

-¿Cómo te va a convertir en un sapo? El abuelo Hakon es un herrero rúnico, no una bruja. Escucha. Esto es muy importante para mí y necesito tu ayuda. No puedo hacerlo sola, Styrmir.

Su amigo suspiró y se cruzó de brazos. Aún con su faz de piedra, Fjiorleif supo que lo había convencido.

-Dime que tienes un plan, por favor.

-Necesitamos la llave del taller. Es una llave especial. Mi abuelo siempre cierra con esa llave. Tú lo distraes y yo la tomo prestada.

Fjiorleif tuvo cuidado de no volver a hacer uso de la palabra robar.

Styrmir asintió.

-Es decir, que no tienes plan -la acusó.

-No.

Ambos se miraron, callaron y luego se echaron a reír.

-¿Tiene algo que ver con el abeto creciente de la carrera? -preguntó él, secándose las lágrimas.

-Sí.

Styrmir meneó la cabeza en sentido negativo. De nuevo. Pobre Styrmir.

-¿Qué puedo decir, boba? Siempre estás igual. Está bien, te ayudaré. Pero hoy no, se ha hecho tarde. Necesitamos un momento en el que haya revuelo. Distracciones. Dentro de unas semanas habrá mercado, la aldea estará hasta arriba de gente y tu abuelo tendrá que ocupar su tenderete. Será el mejor momento.

Fjiorleif tenía una prisa horrible. Por otro lado, sabía que no podía pedirle más. Su amigo le estaba ofreciendo un término medio, en lugar de mandarla a freír espárragos. Esperaría hasta el día de mercado si era la única forma de que Styrmir la ayudase.

Asintió.

El muchacho sonrió.

-¿Qué artefacto quieres coger?

Ella le guiñó un ojo.

-Eso no importa. Diría que cada uno tiene su propia voz.

Capítulo 7

El cielo era cobre jaspeado de púrpura. La luna llena, un disco sangriento que maldecía dese el firmamento poblado de cuervos. Estaba tumbado en la cima de una montaña. El graznido de las aves le ensordecía los oídos. No había tierra firme bajo él. Ni roca o viento, ni agua o sal. Aquella montaña estaba hecha de cuerpos apilados. Un ejército de cadáveres que se perdía en un pozo sin fondo. Legionarios. Trozos de ellos. Corazas segmentadas con zurianos dentro, brazos cercenados que empuñaban armas quebradas, estandartes desgarrados que respondían al color del firmamento. No veía la base de aquel infierno. Sólo oscuridad.

Rojo arriba. Negro abajo.

Oyó unas carcajadas en lo profundo. Su eco rebotó contra las paredes del pozo. Un sonido tan macabro que se preguntó si pertenecían a un hombre o a otra cosa. La confesión de un millar de atrocidades. La risa de un demonio. No había culpa en ella. Más bien placer.

La montaña de muertos se estremeció y una figura de diez pies de altura emergió de entre las vísceras. Los zurianos rodaron arrastrando a otros cadáveres que se precipitaron al vacío. Aquel ser era dos veces más grande que cualquier hombre, pensó aterrado. Torso de gigante y unas manos que oscurecían la luna. No tenía rostro, no tenía músculos, no tenía huesos. Un ser de tinieblas, eso era. Una sombra abominable. Sobre su hombro izquierdo cargaba un hacha inmensa, inverosímil en sus dimensiones. Era gigantesca incluso para una criatura de aquel tamaño. Sobre el derecho llevaba sentada una criatura de naturaleza similar a la suya. Otro ser de tinieblas, pero más pequeño. Tenía la complexión de un niño de doce o trece años y, a diferencia del gigante, su silueta exhibía detalles en color: una cabellera plateada que ondeaba sin viento, una sonrisa lobuna de prolongados caninos blancos, y reía con la misma voz cruel que había surgido del fondo del pozo.

Dos demonios, supo. Los verdugos de toda aquella gente muerta. Y vio que una nube de vapor de plata los rodeaba a ambos.

De la garganta del niño brotó una carcajada diabólica. El ser gigantesco trató de atraparlo alargando una manaza. Áyax no podía moverse. Estaba atascado. Notó que los cadáveres se aferraban a sus piernas. Identificó los rostros de sus antiguos compañeros de tienda entre los cuerpos, Sción y los otros, y se preguntó cómo habían llegado allí. Jan el hiphalio tenía un gusano blanco que se retorcía en uno de sus lagrimales. Áyax se apartó

de él con un espasmo instintivo, aunque no consiguió que los muertos aflojaran su garra. ¿Por qué no lo soltaban, joder? La manaza del gigante seguía aproximándose. El niño carcajeó más fuerte. Entonces se dio cuenta de que su piel también segregaba aquel misterioso vapor, igual que la pareja de demonios. La nube los envolvió a los tres, tal y como había ocurrido con los Reyes de la Estepa. El gigante tiró de él. La risa diabólica sonó cortante. Una vez. Y otra.

Despertó pataleando.

La oscuridad de su habitación lo recibió muda. Por la ventana se colaban frágiles rayos de una luz pálida que apenas iluminaba las baldosas de travertino. El amanecer, siempre bienvenido. Gracias a él, Áyax pudo ver que estaba echado en su cama, en casa del gobernador. Respiró hondo. Ni montaña de cadáveres ni monstruos. Una pesadilla. La misma pesadilla que llevaba atormentándolo desde la noche del eclipse.

-¿Señor?

Una mano huesuda que no pertenecía a un gigante, ni mucho menos, atravesó la oscuridad. Tras ella asomó el rostro de Néstor, con una expresión de preocupación tal que Áyax quiso prenderle fuego y salir corriendo de la habitación.

-Tranquilízate, estoy bien –refunfuñó-. Puedo limpiarme los mocos yo solito, gracias.

El anciano ignoró sus palabras. Dio un rodeo, dijo algo incomprensible, desapareció entre las sombras y al poco regresó con una jarra de barro.

-Tened, señor. Agua.

Áyax le clavó la mirada.

-Te he dicho cien veces que no me llames así. No soy tu señor.

-Podéis decirlo cien veces más –repuso el esclavo-. A fe mía que esos ojos dispares no los tienen dos personas en este mundo. Casi me pregunto si no es su magia la que os protege del fatal destino que se empeña en perseguiros, señor.

-Y dale –masculló él-. Puede que tenga estos ojos de pesadilla que tanto odio. Puede que tenga estas manos como morcillas y esta voz ronca. No cabe duda de que parezco el jodido Quinto Publio de las narices. Pero lo diré una vez más, no soy el jodido Quinto Publio de las narices. Yo no soy así. Este no es mi verdadero aspecto. Me llamo Áyax y soy legionario de

la Decimotercera.

El anciano trazó una mueca indulgente.

-Que os enfadéis conmigo no cambiará la realidad, señor, aunque no podáis verla. Las legiones libraron una batalla terrible. Os hirieron. Y el Emperador Claudio... bueno, ya sabéis que lamento profundamente su muerte. Sé que lo considerabais como a un padre desde que el vuestro falleció.

-Néstor, me da igual el padre del general. Y me da igual el Emperador Claudio. Otro como él ocupará su trono y mi vida no habrá cambiado un ápice.

-Ay, señor, no habléis así. Me asustáis. Los dioses son testigos de que el espíritu de un hombre puede sufrir graves trastornos cuando es empujado al sufrimiento. Pero contened ese genio, por Yzos.

-Sí, lo sé, lo sé –lo cortó Áyax-. He perdido la memoria y estoy confuso. Siempre dices lo mismo.

-La verdad, señor. Sólo la verdad.

-¿Y entonces cómo puedo estar tan seguro de lo que digo? ¿Cómo puedes estarlo tú, anciano? En mi mente hay recuerdos de una vida entera. Explica eso, si puedes. Legionario Áyax, Decimotercera "Lática", tercera cohorte, tercera centuria. Ascendido a secretario personal del legado Manilo Gratidiuso tras el sitio de Nigrum Ostrovia, en Isqia. Hijo de Denes y Thais. Nacido en Áradas. Tengo veinticinco años y dos hermanas pequeñas, Lea y Cynara. ¡Además, anciano, sabré yo quién soy! Y ya estaba convencido de ello antes de que me contaras que el Emperador Claudio está muerto. Incluso antes de que aparecieras en esta habitación aquella mañana tan nefasta. Lo estaba mientras unos tipos llamados Mamerco e Hipólito me sacaban en camilla de la batalla, y lo estuve el día en que desperté en una carrera y me entendí con una Reina de la Estepa.

-Por la Tríada, ¿ya estáis otra vez con eso? –Néstor entornó los párpados-. Os he visto obrar muchos milagros, señor, ganar batallas imposibles y hasta regresar de entre los muertos en dos ocasiones, pero hacer que unas fieras se peleen entre sí no me parece uno de vuestros talentos. Y luego está esa majadería del vapor plateado. Yzos Padre, ¿os creéis una marmita?

-Tienes que escucharme, anciano, estás cometiendo un terrible error. La mujer y la niña del pelo rubio pueden corroborarlo. Encuéntralas y saldremos de dudas.

-Señor, la anciana está loca. Nadie en sus cabales atendería una palabra de sus delirios.

-La niña también lo vio –Áyax se acomodó apoyándose en el cabecero de la cama-. ¿Ella también está loca?

-Ya os he dicho que no había ninguna niña.

-Claro que la había. Una niña rubia con los ojos azules. Estaba con la mujer.

-La anciana estaba más sola que la hora primera, señor. Preguntad por ahí. ¿No os dais cuenta de que esa pequeña forma parte de vuestros delirios tanto como la aventura imaginaria con los Reyes de la Estepa?

-No puede ser, por la piedra y la sal.

-Pues lo es.

-Ya verás, anciano, al final conseguirás que me vuelva loco de verdad.

Néstor se encogió de hombros.

-¿Acaso es más razonable vuestra historia? ¿Que sois un legionario beleno al que de alguna forma un ente todopoderoso ha transformado en el patriarca de la gens Tarenta? Nunca os referisteis a vuestra persona en los términos de un poema de Ásbolos, a pesar de vuestra inquebrantable fe en los dioses. No que yo recuerde, señor.

-Yo nunca he dicho que el responsable haya sido un ente todopoderoso. Ni siquiera creo en esos dioses a los que tanto nombras, anciano. No soy como tu amo. Mi padre es un estudioso de la metafísica y te digo que tal superchería socava el sentido mismo de la vida. La religión es un veneno que aporta una falsa noción de confianza donde no puede haberla. Y en lugar de fomentar el raciocinio lo que hace… bueno, lo que hace es paralizar al hombre y dejarlo incapaz de actuar por sí mismo. Tus dioses son la muerte de la libertad.

El esclavo le acercó el ánfora de nuevo y Áyax consintió en beber. El agua le aflojó la sequedad de la lengua. La fiebre hacía estragos en su paladar cada vez que se echaba a dormir.

-¿Por qué nunca me traes vino? –se quejó-. El vino mataría mis pesadillas. Si soy tu señor esa debería ser tu principal ocupación. Es lo que hacen los esclavos, ¿no? Escanciar vino. Te diré algo, ha pasado tanto desde que probé la última gota que casi se me ha olvidado cómo sabe.

Néstor arqueó las cejas. Eran blancas como la nieve, igual que su lustrosa mata de pelo.

-Me temo que la sangre de la diosa Fela no concede al hombre el don de la memoria –respondió lacónico-. La memoria hay que cuidarla. Y es hora de que empecemos a hacer algo para recuperar la vuestra, señor.

Áyax tomó otro sorbo de la jarra, salió de la cama y fue paseando hasta una mesa en la que había una fuente llena de fruta. Su corpulenta figura se reflejó en el espejo ovalado que había tras la mesa. Unos ojos dispares, azul el derecho y negro el izquierdo, y un rostro peludo, le devolvieron la mirada. Sí, el general Publio tenía un ojo de cada color. Cosas de la vida. Se palpó la cara. Parecía mentira, pero era tan real como cada mañana: siete pies de músculo duro, espalda ancha y pecho prominente. El ceño, simiesco. La nariz, un apéndice quebrado. La barba y el cabello, crespos y oscuros como la turba.

"Donde acaba la razón y comienza lo inexplicable", reflexionó, recordando las palabras del legendario poeta Ásbolos, con cuya lectura había sosegado sus pensamientos la noche anterior. Se acercó al espejo y comprobó que su reflejo fruncía el ceño con amargura. "Bienvenido a tu nueva vida, Áyax".

Escapó al balcón tratando de huir de Néstor. El cielo de Gaia tenía un característico color plomizo. El día se abría paso, pero el manto de la noche todavía se resistía a abandonar Tara, la capital provincial. Al oeste lucían la luna menguante y un último puñado de estrellas. Al este, el sol naciente escalaba el horizonte en aquella carrera interminable que los semios atribuían al dios Yzos. Áyax sabía que su transformación en Quinto Tarento Publio era real. Inexplicable, pero real. Había despertado demasiadas veces en aquel lecho como para no serlo.

Tara consistía en una cascada de terrazas blancas derramada sobre tres ríos: el Vercix, el Arnás y el Pequeño Átharos. Al fondo se distinguía una franja de piedra gris que debía ser la muralla, la más larga que Áyax había visto desde que saliera de su provincia natal, dos años atrás. Aquella muralla rodeaba la ciudad a lo largo de todo su perímetro. Era la única defensa confiable contra los invasores bárbaros que habían dado muerte al Emperador Claudio. El único lugar al que habían podido ir a caerse muertos los quince mil legionarios y auxiliares que habían escapado de la batalla. Una matanza conocida ya por todos como la Noche Carmesí. La ciudad se había convertido en refugio de viudas, huérfano y legiones en desbandada. Y, de paso, en una prisión sin opción a fuga para Áyax.

-¿Joven señor? -lo llamó la voz de Néstor.

Él se hizo el distraído.

Había transcurrido algo más de una semana desde que despertó en aquella casa, el hogar del gobernador Liborio. Tiempo suficiente como para odiar su nueva voz. No quería ni escucharse hablar.

Quién sabía, tal vez Néstor no creía en su versión de la historia porque era precisamente el responsable de su desdicha. ¿Qué sabía de él? Que se trataba del único candidato a sospechoso, para empezar. Quizás estaba siendo paranoico, pero ¿cómo no serlo? ¿Tenían los brujos aquel aspecto? Y aún más importante, ¿acaso era un brujo el ser al que estaba buscando? ¿Un dios?

No, el no creía en brujos o dioses.

Quizás su transformación en Quinto Publio guardara relación con algún fenómeno natural, como las áreas atemporales, donde el tiempo circulaba de forma diferente; o las áreas flotantes; o cualquier otra de las sorpresas que aguardaban allá afuera, y que no eran sino el producto de las fuerzas de la naturaleza. Había leído sobre mil fenómenos que los crédulos no temían tildar de divinos. Pero él era un hombre de razón. Él no creía en aquellas prácticas que vulneraban la lógica de la física, y que trataban de aportar alivio y redención allá donde no existían.

Meditando sobre aquello recordó la teoría de la transformación de la materia del filósofo Hiparco de Angosta. Había estudiado sus textos de joven. Según Hiparco, siempre existía una causa detrás de todo cambio. Esa cabrona era la que le interesaba, y esperaba que descubrirla pudiera llevarlo a revertir su transformación.

Existían varios tipos de causas. La causa formal, por ejemplo. Aquélla era la que hacía a la materia ser lo que era. Áyax era él en esencia. Seguía siéndolo. Legionario de la Decimotercera, nacido en Áradas. Por tanto, su transformación no se debía a una causa formal.

Otra.

La causa material era aquella en que la esencia material recibía una nueva forma y se mantenía existente a través del cambio. La materia de su cuerpo. Es decir, era su cuerpo el que había cambiado de aspecto, y no su conciencia la que había sido trasladada al cuerpo de Quinto Publio, pues estaba seguro de seguir siendo él mismo en esencia. Se sabía Áyax sin ningún tipo de duda, con sus debilidades físicas y su inteligencia de siempre, por mucho que pareciera un gorila.

Partiendo de allí, existía una tercera causa para el cambio de la materia, llamada causa eficiente. En opinión de Hiparco la causa eficiente era siempre externa a la materia. Es decir, existía un responsable para su

transformación, ya fuera un fenómeno natural, un hipotético dios o geniecillo, o un malvado demonio, u otra cosa para la que aún no tenía nombre. Y su única pista seguía siendo el vapor plateado que había manado de su cuerpo estando con los leones y que también veía en sus pesadillas.

Asqueado, se apoyó en la barandilla de mármol pulido.

-¿Joven señor? –escuchó que lo llamaba Néstor de nuevo-. ¿Me haréis salir a buscaros, por Yzos?

Áyax quiso saltar al edificio adyacente. Aceptar la realidad y estar feliz con ella eran dos cosas muy diferentes. De todos modos, pese a que anhelaba la bendición de la soledad y había barajado la opción de fugarse, sabía que era un plan inviable. Antes de abandonar la Gaia Cisacénica alguien habría reconocidoaquellos malditos ojos dispares del general. Los soldados lo habrían apresado y, entonces, tras interrogarlo y que él no hubiera podido decir nada con sentido, lo habrían acusado de deserción, de espía o vete tú a saberqué. La cruz y los clavos, aún con título de cónsul y todo. Al final habría acabado muerto, sin idea de a quién culpar y sin ponerle rostro al responsable de su desgracia.

No.

Lo importante era sobrevivir. Ganar tiempo hasta descubrir qué le había ocurrido y cómo revertir el proceso. Había cambiado una vez, lo que significaba que podía cambiar de nuevo. Sólo era cuestión de desentrañar la forma. Además, ¿qué iba a hacer, regresar a Áradas con aquella cara? Gran idea. Ya podía imaginarse la expresión de su padre.

-Quinto, ¿estáis ahí? –volvió a insistir Néstor.

Áyax echó un último vistazo a la ciudad de Tara y regresó a la habitación. El esclavo lo esperaba plantado en mitad de la estancia, rodeado por vastos murales que representaban los ancestrales hechos de la Guerra del Génesis, la lucha entre los Dioses de las Corrientes y los Gigantes Primigenios, un conflicto ficticio del que Ásbolos hablaba a menudo en sus poemas. Aquella figura encorvada de cabellos blancos escondía más de lo que parecía a simple vista, y Áyax lo sabía. Además de que su actitud de carcelero era un recordatorio constante de que no tenía escapatoria posible. No por el momento. Y eso lo irritaba hasta el hueso.

-Estoy aquí -respondió cansinamente-. ¿No es muy temprano para tus impertinencias, Néstor? ¿No puedes irte un rato a hacer lo que sea que haces con tu vida?

-Es la hora segunda, señor. Deberíais poneros con vuestras labores.

-No creo que el gobernador Liborio esté despierto a estas horas. No con la fiesta que montaron anoche ahí arriba. Por nada del mundo me hubiera cambiado de lugar con esos esclavos gadii, te lo aseguro –Áyax hizo una pausa para replantearse lo que acababa de afirmar-. O quizás sí, mira, puestos a cambiar de forma de vida. ¿Crees que me invitarán a la próxima orgía?

-Hace poco que se recogieron –explicó el esclavo haciendo oídos sordos a su sarcasmo-. Aulo Liborio no despertará hasta dentro de unas horas.

-¿Entonces?

-Tenéis otras labores aparte de ir a saludar al hombre que os está acogiendo bajo su techo.

-¿Qué otras labores?

-El ejército, por supuesto. Ya estáis en condiciones de dar órdenes.

Áyax bosquejó un gesto de fastidio.

-Mira, Néstor, está bien fingir ser el rarito de tu amo y darle las gracias al amable gobernador de la Gaia Cisacénia, pues me da un techo y la mejor comida que he probado. Es educado hacerlo. Ir y darle las gracias, digo, aunque sea un tacaño con el vino, cosa que me molesta un poco.

-Señor, soy yo quien os restringe el vino –puntualizó el esclavo.

-Entonces me molesta que tú lo hagas.

-Ya lo habéis expresado antes.

-Para lo que sirve –Áyax se desperezó ampliamente-. El caso es que estoy dispuesto a hacer ver que soy el general Publio mientras hablo con Liborio, al menos hasta que encuentre una solución a... a esto que me pasa. Ya lo ves, no sé ni cómo llamarlo. Pero no me pidas que me plante frente a un montón de legionarios con los huevos peludos y empiece a darles órdenes. Es absurdo. ¿Por qué crees que me nombraron secretario de la Decimotercera? Era el último cachorro de mi legión, y es una mofa hacia mis compañeros. Hay mucho protocolo en el cuerpo, por si te interesa saberlo. Un código no escrito.

-No será tan protocolario, si no está escrito –murmuró Néstor-. Además, no tendréis legionarios delante, señor. Se trata del gobernador Ilio

Diranio. Llegó anoche de madrugada.

-Ahora sí que sí –Áyax esbozó una sonrisa cargada de sorna-. Seguro que es el mismo cabrón Ilio Diranio al que le gusta diezmar a sus tropas cada vez que uno de sus legionarios se rasca detrás de la oreja… ese tipo es un mal bicho, hombre.

-Vuestro viejo amigo, en efecto. Veo que a él sí lo recordáis.

Áyax había escuchado rumores sobre la enemistad entre el general Publio y el gobernador de Isqia, Ilio Diranio. Hacía varios meses, una de las legiones isqias bajo el mando del gobernador Diranio se había negado a perseguir a un grupo de amoks responsable de saquear una aldea cerca de Nigrum Ostrovia. Lo había hecho porque la orden procedía del general Publio en vez del Emperador. La Decimotercera había tenido que ocuparse en su lugar, lo que había dado al traste con la única noche de permiso que Áyax había tenido en mucho tiempo, obligándolo a dejar plantada a una belleza nativa de ojos almendrados a la que jamás había vuelto a ver. Todo por culpa de aquella maldita enemistad.

-Detecto por tu tono que lo de viejo amigo es pura ironía -indagó, cada vez más ofuscado con las órdenes que le daba el esclavo-. Lo que quiere decir que no solo me pones en esta situación, anciano, sino que encima esta situación es la peor posible. ¿Te das cuenta? ¡Que me llamo Áyax! ¡Que no soy ningún cónsul, por la piedra y la sal!

Néstor no le hizo caso. Más tranquilo que si fuera sordo, se dirigió a un arcón y extrajo de él una túnica de manga corta de color azul con bordados plateados en el cuello y las mangas.

-La señora Claudia os diría cuatro cosas si pudiera veros remolonear de esta forma –declaró sin alterar el tono de su voz-. Os estáis comportando peor que vuestro hijo. Haced el favor, vestíos y salid a la calle. El aire no puede haceros mal.

Áyax tomó la prenda. ¿Para qué resistirse?

-Lamento las prisas, señor –continuó el esclavo-. Ya me gustaría a mí teneros aislado hasta que estéis totalmente recuperado. Sin embargo, sería muy sospechoso. Ilio Diranio aguarda. Hacedme un favor, no discutáis con él. Ya sabéis cómo están las cosas con su familia. Hay que respetarlos mientras Mario Diranio siga financiando la campaña. La posición de la gens Claudia se ha debilitado con la muerte del Emperador y no hace falta pinchar al enemigo.

-Néstor, es como si me hablaras en en otro idioma, de verdad. Ni siquiera

sabía que los Diranio financiaban la campaña.

-Claro que lo sabíais.

-Pues descuida, no tengo ninguna intención de pelearme con ese tipo porque no pienso salir de esta habitación.

¿Qué le importaban a él las rencillas entre los Padres Fundadores? Hasta ahora su nueva vida se había reducido a la compañía de Néstor, y no estaba preparado para semejante prueba. Ni siquiera podía mantener una conversación con el anciano sin desvelar su identidad a cada frase. Charlad con el gobernador de Gaia, su anfitrión, casi había metido la pata dos veces. No sólo porque tenía que fingir que era alguien que no era sino porque, además, debía andarse con mil ojos para que los demás no se dieran cuenta de que el general había perdido la memoria. ¡Tócate el papo! Pero claro, no había tenido más remedio que prometerle discreción a Néstor. Era eso o morir de aburrimiento escuchando su interminable verborrea.

-No me mires así –le espetó-. No pienso moverme.

-De acuerdo, vamos a suponer que tenéis razón, señor –concedió el esclavo cruzándose de brazos-. Vamos a suponer que de verdad no sois mi amo. Que sois un muchacho que mágicamente ha adquirido el aspecto del cónsul Publio y ha despertado así. Áyax de Áradas, ¿cierto? Veinticinco años. Por ahora vamos a dejar de lado el cómo exactamente y vamos a centrarnos en vuestra historia. Sed sincero. Sin endulzar vuestras cavilaciones, decidme, ¿qué opciones tenéis, señor, aparte de hacer lo que os digo? ¿A dónde vais a ir?

-Anciano, mi prioridad es recuperar mi aspecto, no perder el tiempo usurpando la magistratura de tu amo.

Néstor arrugó la frente.

-Supongo que tenéis un maravilloso plan preparado, entonces. Sin duda la solución a vuestros problemas se encuentra entre estas cuatro paredes.

Áyax respiró hondo. Su mente estaba siendo ocupada por una imagen de sí mismo estrangulando al esclavo. ¿Sería testarudo? Pero apretó la mandíbula, guardó silencio y reflexionó.

En honor a la verdad, sonaba más cómodo vivir en casa del gobernador de Gaia que tirado en el camino. Un pequeño palacete y esclavos era más de lo que nunca había poseído. Y donde había esclavos había esclavas. Puede que al final acabara animándose a asistir a una de las fiestecitas que organizaba su anfitrión. ¿Qué oportunidad iba a tener de recuperar su identidad si se dedicaba a dormir debajo de un puente? Las relaciones

sociales representaban conocimiento y el conocimiento era su única arma.

-Muy bien –consintió-. Es evidente que no tengo otra opción. Por ahora fingiremos que soy tu señor.

-Me alegra que entréis en razón –Néstor se dobló en una modesta reverencia-. Es la decisión más sabia.

-Con una condición –apuntó él-. Quiero que dejes de llamarme Quinto cuando estemos en privado. Mi nombre es Áyax, y no soy ningún señor.

-Eso no puedo hacerlo –se negó el esclavo-. Sois Quinto Publio, el patriarca de los Tarento. Ese es el nombre que os ha acompañado de por vida. Y es el único por el que os llamaré.

-Sobre eso tenemos diferentes opiniones –afirmó Áyax, ceñudo-. Debería presentarte a mi padre. El que se llama Denes y vive en Áradas, no el que tú crees. Os llevaríais de vicio dándome órdenes.

Néstor se pasó la mano por su lustrosa cabellera blanca.

-En ese caso sugiero un punto intermedio.

-Soy todo oídos.

-Nada de nombres –explicó el esclavo-. No os llamaré como sé que os llamáis, pero tampoco os llamaré por ese nombre beleno que deseáis poneros, Áyax Aradio. Os seguiré tratando como mi amo y ese será el único título que ostentaréis. Pero debéis seguir mis indicaciones o todos afuera sabrán que habéis perdido la memoria. Si eso ocurre sólo los dioses saben a dónde podría conducirnos. Especialmente ahora que nos hemos quedado sin... ya sabéis. Sólo nos faltaba una guerra civil, señor.

-Llevo una semana metido en este cuarto –respondió Áyax-. No es precisamente la idea de libertad que tenía en mente cuando abandoné mi casa… además, ahora estoy seguro de que no voy a sacarte un trato mejor.

Pisó el jardín peristilado del gobernador Liborio disfrazado de su personaje: sandalias de calidad, túnica impoluta y toga blanca. Su primer paso como Quinto Publio, cónsul de Zurea.

El tonel andante que se hacía llamar Aulo Liborio y una mujer de complexión similar, sin duda su esposa, estaban tumbados sobre un diván, resguardados del sol bajo una gran sombrilla. La pareja habría

podido elegir un naranja menos chillón para sus togas pero el oro de sus anillos y colgantes habría quedado deslustrado en comparación. Parecían dos vacas enrolladas en seda. Aunque Áyax dudaba que las vacas tuvieran semejante mal gusto para vestir.

Liborio y su esposa comían frutos secos mientras degustaban el vino aromático que les escanciaba un esclavo con cara de hurón. El gobernador de Gaia le hizo una señal para que se aproximara. Cuando estuvo más cerca, Áyax constató que su anfitrión no tenía buen aspecto. Hasta su papada había palidecido tras la fiesta nocturna.

-Gracias de nuevo por vuestra hospitalidad, gobernador.

-¡Zurea es la luz, ahora y siempre! –Liborio se incorporó con dificultad y le tendió un abrazo -. Mi queridoQuinto Publio, hemos estado rezando a la Tríada de las Corrientes para que tu salud mejore con prontitud. ¿Conoces a mi mujer, Sicoria?

La señora gobernadora era una especie de morsa con el pelo en bucles color caoba. Desde las carnes flácidas que se acumulaban bajo la seda de su vestido hasta el bigote que le ensombrecía el labio superior.

-No he tenido el placer –respondió Áyax besando su mano. Ella se ruborizó al contacto con la densa barba-. Lamento la indisposición, mi señora.

-¡Nada de eso! -exclamó Liborio indicando al copero que hiciera su trabajo. Le dirigió una reverencia y volvió a tomar la mano de Sicoria-. Eres demasiado amable y demasiado modesto. Bebe con nosotros, cónsul. La casa de Aulo de la gens Liboria es tu casa.

-Mi querido gobernador, me encantaría quedarme y probar vuestro vino –admitió él.

Quiso estirar la diestra para tomar una copa de la bandeja pero enseguida oyó que Néstor murmuraba algo entre dientes. No necesitaba comprender las palabras exactas. Corrigió el movimiento de su mano y sus dedos se cerraron en torno a la nada.

Mierda para él.

-...sin embargo, he de marcharme –concluyó relamiéndose los labios resecos-. La guerra no espera a nadie.

El gobernador parecía decepcionado.

-Lo entiendo, por supuesto. Hay que tomar medidas urgentes. Dicen las malas lenguas que vamos a perder la provincia de Isqia. Es terrible,

ese Yuma Gomblag nos tiene revolucionados a todos.

-Nuestro enemigo ha demostrado ser un hombre peligroso.

-Sin embargo, querría ofrecer una cena en tu honor esta noche, si no te indispone. Algo tranquilo. Para celebrar que has vuelto. Habrá toda clase de placeres, estoy seguro de que serán de tu agrado.

Áyax no sabía si deseaba asistir a un evento semejante. No realmente. El sexo y el alcohol lo tentaban. Casi más el alcohol. Pero estaba seguro de que tendría que intercambiar otras cosas además de fluidos, por ejemplo, palabras, y aquello ya no lo tentaba tanto.

-Desconozco la hora a la que volveré, gobernador.

-No importa, no te inquietes -Liborio desplegó una sonrisa que le resultó cuanto poco escalofriante-. Insisto, te esperaremos.

Por lo visto, aquel día todo el mundo estaba perfectamente dispuesto a esperarlo. Maldita la gracia. Pero Liborio no era Néstor y, después de la facilidad con que había resuelto su encuentro con él, casi se sentía capaz de afrontar el puñetero recibimiento del gobernador de Isqia.

Casi.

Tara era una urbe de fundación zuriana, no una población nativa reconvertida, y ello se observaba en el travertino, la toba y el mármol con que estaban construidos la mayoría de sus edificios.

A medida que descendía por la Vía de Naciente-Poniente en su litera, foro aquí y paredes revestidas de mosaico allá, Áyax no pudo evitar pensar en su padre. Quizás aquélla era la luz de la que tanto hablaba el lema zuriano. Tara significaba civilización. Significaba teatros, hospitales y escuelas. Significaba calzadas y sistemas de alcantarillado. Le habría gustado mostrárselo a su padre. Un año librando las guerras del emperador Claudio era tiempo de sobra para echar de menos a cualquiera, incluso al viejo Denes.

El vaivén de la litera le trajo a la mente sus escasos recuerdos sobre la Noche Carmesí. El eclipse de luna. La niebla. Sus camilleros sacándolo de la batalla en medio de la confusión. El centurión desconocido y su puñalada trapera mientras estaba indefenso.

Menuda noche. Una desagradable sensación le oprimía la boca del estómago. Ya no estaba tan convencido del trato que había hecho con

Néstor, y se preguntó cómo narices se había dejado engatusar.

Los doce lictores que lo acompañaban, cuyo cometido consistía en portar al hombro las fasces que simbolizaban la potestad del cónsul para castigar y ejecutar a ciudadanos sin juicio previo, detuvieron la litera. Todo un numerito, el moverse por ahí siendo Quinto Publio.

-Hemos llegado, general -avisó un lictor junto a la cortina.

Áyax parpadeó. Una mole de piedra de base circular construida en rojo y blanco se erguía frente a ellos. ¿Por qué parecían los cuarteles un anfiteatro? Cuatro guardias flanqueaban la entrada. Llevaban un delfín sobre una ola de mar pintado en sus escudos.

Áyax bajó del vehículo y vio que uno de ellos les decía algo a los otros. De repente, todos se pusieron muy firmes. Estaba claro que habían reconocido los ojos de Quinto Publio. Los llamativos ojos dispares de Quinto Publio. De hecho, no eran menos legendarios que llamativos. Pero Áyax estaba cómodo entre legionarios, entre iguales. Más de lo que había estado desde que volviera de la muerte.

-¿Qué le pasa a vuestro campamento, muchachos? –se interesó.

-¡Zurea es la luz! –cacareó uno de ellos-. ¡Ahora y siempre! Perdimos nuestro campamento hace un par de semanas, general.

-Vaya, lo lamento. ¿Qué ocurrió?

-Un tornado de agua –adujo uno de sus compañeros-. Mal augurio. Esos cabrones pueden reducir una ciudad a escombros en un par de horas. Un chasquido de dedos y fuera campamento.

-Las bajas fueron menores -agregó un tercero-. Pero ya no tenemos cuarteles, general. Y, con la ciudad atestada de tropas, hemos tenido que mudarnos al anfiteatro con la Ostroviana.

Enclaustrar a dos legiones en un mismo edificio parecía una medida precaria, reflexionó Áyax. Pero, dada la situación, debía resultar cuando menos necesaria. Encontrar alojamiento para quince mil hombres no era asunto baladí.

-Lamento vuestra situación -les aseguró-. Me ocuparé de que os trasladen a un lugar más adecuado, os lo prometo. Y rezaré a la Tríada por las almas de vuestros camaradas caídos. ¡Zurea es la Luz, ahora y siempre!

Los guardias se despidieron agradecidos y Áyax pisó los pasillos exteriores del anfiteatro como caminando en una nube. Casi había olvidado la razón de su visita cuando un hombre vestido lujosamente se

aproximó a él.

-El honorable Quinto Publio llama a mi puerta –lo saludó éste con voz empalagosa-. Dichosos los ojos. Ambos.

¿Acababa de hacer una broma a su costa? Áyax no estaba seguro. Valiente recibimiento para un tipo que era como una brizna de hierba al lado del corpulento general Publio. Y eso que su pose orgullosa casi lo hacía parecer alto. O quizás era su cabellera. Tenía una ridícula mata de pelo oscuro cardada en forma de nube, ceñida a la frente mediante un cordel de tela. Su armadura era de lujosa factura: coraza de hierro decorada con una arpía, capa escarlata y cinta del mismo color atada a la cintura mediante un lazo.

Un oficial de alto rango. Por definición, Ilio Diranio.

-Zurea es la luz –lo saludó.

-Siempre tan protocolario, ¿verdad, general? ¿Así es como le hablas a tu viejo amigo Ilio?

Áyax consultó a Néstor con la mirada. El esclavo no se había separado de su lado desde que bajaran de la litera, pero permaneció mudo y sin alterar su expresión. Perfecto. Gran ayuda.

-Aún no te he escuchado lamentar la pérdida de tu Emperador –Áyax se encontró diciendo lo primero que le había venido al pensamiento-. Podemos empezar por ahí, gobernador. Sería una saludable muestra de educación.

Diranio realizó una reverencia que no pudo ser más teatral.

-Cierto, cierto. Hace ya tanto de la Noche Carmesí que casi me había olvidado del fallecimiento de nuestro amado Emperador Claudio, que Ardas lo juzgue con misericordia en la otra vida.

-Te lo agradezco.

-Estarás enterado de que perdimos más de medio ejército –Diranio se movía a su alrededor de una forma que lo ponía muy nervioso-. Gracias a la diosa Providencia hay quien tiene más vidas que un gato, ¿eh? Quién lo iba a decir. Mi señor padre desde luego que no. Ya verás, general, no se lo va a creer cuando le escriba que estás como una rosa y sin secuelas. Aunque ya te adelanto que sentirá una gran decepción.

Áyax trató de no parecer confundido. No tenía ni idea de cómo tratar a aquel petulante. ¿Debía atacar? Néstor le había pedido que no lo hiciera, ya venía avisado de antemano. Acudió a él y, de nuevo, el anciano

permaneció callado. ¿Por qué rayos no abría esa bocaza suya?

-Gobernador Diranio –dijo Áyax entonces, tratando de parecer lo más firme posible-. Te dirigirás a mí con formalidad y utilizando el código militar en todo momento, o te arrepentirás de no haberlo hecho. ¿Hablo claro?

Quinto Publio era la máxima autoridad en aquella ciudad, al fin y al cabo. Era un maldito cónsul de Zurea. La mano derecha del Emperador. Y tenía que hacerse respetar si no quería que la gente empezara a murmurar.

-¿He hablado claro, gobernador? -repitió.

-Perfectamente, mi cónsul –contestó Diranio apretando los labios-. Zurea es la luz.

-Ahora y siempre. Bien, vamos a pasar revista a tus hombres.

La arena del anfiteatro estaba sembrada de obstáculos. A un lado, legionarios golpeando postes con espadas de madera. Al otro, centurias lanzándose salvas de jabalinas. Más allá, tiendas de lona apiñadas alrededor de una carpa puntiaguda.

-...pero claro, la Ostroviana no pudo entrar en el valle –iba diciendo Diranio mientras caminaban-. Por suerte, la tormenta de fuego nos cortó el camino.

-¿Por suerte?

-Fue una desgracia entonces, general, pero es una suerte hoy. Apenas sufrimos bajas.

Áyax empezaba a entender las razones por las que Quinto Publio consideraba un forúnculo en el trasero a Diranio. Deseó escupirle en la cara, pero no le pareció propio de un cónsul.

-Díselo a los treinta mil hombres que ya no volverán de ese valle –le espetó.

Llegaron a una zona de la arena en la que se estaban enfrentando dos grupos de legionarios. Dos muros de escudos chocando con estrépito. Supervisaba el ejercicio un primer espada de aspecto amenazador. Aquél detuvo

Capítulo 8

Reinaba una desazón que pesaba como plomo. Llovía a cántaros, pero hacía días que Omerio había dejado de escuchar el murmullo del agua, absorto en sus propias reflexiones. Cascadas de lodo resbalaban desde la cima de la colina, los cascos de Pasoviejo se hundían en la hierba húmeda y el ritmo de viaje se había vuelto penoso.

Seguían en la Tormania, provincia de lluvias perpetuas y sandalias empapadas. Nubes de mosquitos revoloteaban sobre los charcos. Franjas de hierbajos ahogados yacían en lo profundo de éstos, bosquejando un paisaje con diseños atigrados. Jade y ceniza, y unos pocos árboles que brotaban espontáneos de vez en cuando. Coronas de pálida madera para aquellas colinas solitarias.

"La Tríada nos asista, qué desolación...", pensó mirando a su alrededor. Parecía que los dioses se habían conjurado para darle el viaje de su vida. ¿Se burlaban de él, acaso? ¿De su desdicha?

-Ratón -llamó al chico.

Sumido en sus cavilaciones, hacía tiempo que no pronunciaba palabra. Días, quizás, y su propia voz se le antojó extraña. El muchacho iba vestido con un abrigado pénula de color oscuro, igual que él, y el agua acumulada se deslizaba por el borde de la capucha y goteaba sobre su capa.

-¡Pero si podéis hablar, señor! –exclamó sorprendido-. Ya pensaba que Pasoviejo se os había comido la lengua.

-Eres muy gracioso.

-Ya veis, es que tengo que serlo por ambos.

Omerio ignoró el sarcasmo del esclavo.

-Una tierra dura, ¿no te parece? –le espetó.

-Si me preguntáis, señor, diría que es el peor lugar del Imperio.

-Los hay peores, te lo aseguro. Aunque éste... no le negaré a los tormanos su tolerancia al mal tiempo.¿Sabes cómo llamaron a esta

región los primeros semios que habitaron en Nuevo Mundo?

-Pues no lo sé -respondió el muchacho mirando en derredor-. ¿El Culo de Nuevo Mundo?

Una segunda broma bastó para que Omerio pusiera freno al creciente entusiasmo de su esclavo.

-Te aviso de que no estoy para comedias, Ratón.

-¿Qué comedias? Ya veo que tenéis el alma del color de las nubes, señor, y no lo digo por chinchar. Pero el gramático me tiene dicho que durante el Gran Éxodo los antepasados de vuestro pueblo recorrieron la mitad de Viejo Mundo para llegar hasta aquí, así que no me extrañaría que hubieran considerado este sitio como tal: el culo de Nuevo Mundo.

Omerio lo miró de reojo, sopesando su expresión.

-El gramático al que pago para que te enseñe, dirás.

-Diré. Muy cierto, señor. Aun así esto sigue pareciendo el culo de Nuevo Mundo.

-Con tu lógica todos los países de Nuevo Mundo se llamarían igual, ¿lo has pensado?

-Salvo por los mosquitos –rezongó el esclavo-. Los mosquitos podrían marcar la diferencia. Es más, a esta región deberían haberla llamado el Culo de Nuevo Mundo y los Mosquitos. Y es mi última oferta, señor, la tomáis o la dejáis.

Omerio habría sabido reaccionar con humor en otras circunstancias. Seguramente. O al menos habría tratado de sonreír. No aquel día. No con las funestas noticias que cargaba a la espalda. Acercó el rostro a la oreja de Pasoviejo y le indicó al caballo que avanzara con precaución. No era menester que se rompiera una pata en el lodazal.

-¿Te ha gustado el viaje?

-Echo de menos el sol de casa -afirmó el muchacho-. Aunque, quizás, después de la historia que me vais a contar, si hay nativos en ella...

-¿Ah, te voy a contar una historia?

-Eso habéis dicho. Una bonita historia sobre el nombre de esta región.

¿Hay nativos o no?

Omerio se arrebujó en su pénula.

-Estamos en Nuevo Mundo, Ratón, siempre hay nativos en todas las historias.

Condujo a Pasoviejo rodeando una enorme roca que obstruía el camino. Estudió las acciones del muchacho con detenimiento, valorando su petición, y se dio cuenta de que una nube de mosquitos zumbaba a su alrededor y que a Moma no le hacían ninguna gracia.

-Mucho se ha escrito acerca de la destrucción de la antigua Zur, del Gran Éxodo de mi pueblo o de la fundación de Pellia, nuestra gloriosa capital imperial, eso ya lo sabes –comenzó-. Pero sólo hay unos pocos textos sobre las hazañas de los primeros semios que se adentraron en la Tormania.

El esclavo se sacudió de encima varios de aquellos insectos voladores. Omerio hizo por ignorar sus aspavientos.

-El hierro era fuerte contra el bronce -le explicó-. Los semios de Viejo Mundo cruzaron el mar y, tras varias generaciones de intentos infructuosos, lograron asentarse al sur de Nuevo Mundo, en la Belena.

-Lo sé, señor. Conozco el trayecto.

-Ya, como si pudieras acordarte. Ni cinco palmos medías cuando te traje del otro lado del Gran Azul.

-Pero os habéis preocupado de que esté informado -dijo el muchacho-. ¿Cuántas veces he leído a Ásbolos?

-¿Quieres que te lo cuente o no?

Moma unió las manos en gesto suplicante.

-Soy una tumba, señor –dijo.

Nada más lejos de la realidad. Si lo sabría él. Aunque, de todos modos, Omerio consintió en seguir hablando. Era un privilegio estar descubriendo aquellas tierras con sus propios ojos. Pisando el suelo que sus ancestros pisaran antes de fundar Zurea. Ni la impertinente tormenta podía arrebatarle aquello.

-Los países a este lado del río Padre Sauce fueron los primeros que los semios exploraron tras unas generaciones asentados en la Belena –prosiguió-. Eran los tiempos de Enor Eas, el del Verbo Áureo, el

más astuto de los héroes antiguos. Los nativos tormanos lucharon, perdieron y se retiraron quemando grandes extensiones de tierra para impedir que los invasores de ultramar se alimentaran de sus cultivos. Y los semios comenzaron a morir de frío e inanición. No estaban acostumbrados a las lluvias incesantes y ya pensaban en retirarse de nuevo a la Belena. Pero Enor Eas era de la sangre antigua de Zur. Con su legendaria astucia y su lira mágica, logró convencer a un pastor para que le mostrara un atajo secreto a través de las montañas. Aquel atajo conducía a la retaguardia de los nativos. Su líder, un señor de la guerra, hincó la rodilla sin presentar batalla, cedió el paso a Enor Eas y le ofreció su amistad. Cuando el héroe llegó donde estamos hoyla hierba muerta le pareció ceniza y, creyendo que se trataba otro de los campos quemados por sus enemigos, evitó la región dando un rodeo. El Páramo de la Ceniza, lo llamó. Y en setecientos años nadie le ha cambiado el...

Omerio se dio cuenta de que Moma no estaba atendiendo, sino que beligeraba empeñosamente con la nube de mosquitos, a la que había dispersado por momentos.

-¿Para qué me pides que te ilustre si no piensas prestar atención? -lo reprendió-. ¡Eh! ¿Me escuchas?

El negrito se revolvió sobre su silla con expresión constreñida, como si un olor insoportable se hubieraapoderado de sus fosas nasales.

-Os escucho, señor. Pero los mosquitos no y, mientras tanto, aprovechan.

-Olvídate de ellos.

-Ojalá pudiera pero, conmigo, lo de fingir que se han ido no funciona. Si me conoceré yo -dio un saltito sobre la silla de montar y sacudió una palmada en medio de la nube. Ésta se disolvió, sólo para recomponerse doscodos más allá-. ¿De verdad que no os molestan, señor? ¿Cómo es posible?

-¿Cómo es posible que a ti te molesten tanto? -replicó Omerio-. Sólo son mosquitos.

-Pues bien que muerden. Y al día siguiente las picaduras escuecen y salen unas habas como mi pulgar. Con todo el respeto, la Vía Principal está en óptimas condiciones y va derecha a Pellia.

Omerio se aguantó las ganas de soltarle un pescozón.

-¿Otra vez con eso, Ratón? La Vía Principal está demasiado lejos de Mursella Casta -replicó-. Ir al norte para tomarla nos habría llevado tres días y, desde allí, el camino se desvía y da una vuelta horrible. A este paso me perderé el duelo de mi padre. Sus cenizas serán llevadas al

mausoleo de los Claudio y nosotros aún andaremos deambulando por esta ciénaga.

-¿Y no existe otra forma de llegar a Pellia, señor?

-Existe. Y más de una. Pero todas son lentas. Razón por la cual me resigno a sufrir las tormentas que el dios Hécato nos envía. Así que te estarás quieto y te aguantarás yendo por este camino. Ay de mí, Ratón, esperaba que una buena charla me distrajese... pero puedes discutir con la lluvia, si discutir es lo que te place.

El esclavo arreó a su yegua torda para ponerse a la altura de Omerio. En seguida, unió ambas manos en gesto de súplica.

-Dioses, no –masculló-. Ahora que por fin habéis abierto la boca sólo lamentaría que regresarais a vuestro mortal silencio.

-¿Eres consciente de lo que ha ocurrido en Isqia, Ratón?

Moma se encogió de hombros.

-Sé que la campaña no ha salido como se esperaba –murmuró bajando la vista-. Lamento la muerte del Emperador Claudio. Siempre fue amable conmigo. Más que otros. Y sé que lo amabais...

-Pero –lo atajó Omerio.

-Pero de verdad me pregunto si era necesario coger esta ruta para regresar a Pellia. Además de ser inhóspita como el Ardas creo que ya me he comido un par de mosquitos... si hay un tercero empezaré a notar el sabor.

-¿Sabes, Ratón? He oído que algunos amoks se alimentan de insectos. Y no creo que vayan todo el día quejándose por la calle.

-¿Es una broma, señor? ¿Alguna suerte de código que me he perdido?

-No, y estoy determinado a zanjar esta estúpida conversación.

Omerio alzó la vista. El cielo gris negruzco reflejaba sus sentimientos. Sabía que Moma sólo deseaba limar las tensiones del viaje, pero dada la situación aquello era imposible. Padre estaba muerto, por todos los demonios. El mundo se desmoronaba y el chico no tenía otro tema de conversación que los mosquitos.

Claudio. Ya volvía.

Cualquier hilo de pensamiento conducía inevitablemente a aquel punto. Omerio apretó la mandíbula.En Arubah Eli, al amparo de la Hermandad de las Sombras, habría sido azotado sin contemplación por semejante falta de control sobre sus emociones. "Las Sombras no sienten dolor, no duermen, no aman", solían decir sus maestros. "Las Sombras viven para el deber". Pero aquellos eran los días de la Hermandad. Días lejanos.

Desde la cima de la colina se atisbaba una pequeña parte del Páramo de la Ceniza. En lontananza, al otro lado de la lluvia, había un promontorio rocoso de buena alzada y, sobre él, una construcción con muros de difuso contorno. Omerio no podía identificar de qué se trataba. La lluvia obstruía la visibilidad.

-Tú tienes mejores ojos. Echa un vistazo, a ver que ves allí.

Moma se cubrió el ceño con la diestra.

-No os creáis, que yo tampoco... -repuso-. Parece un edificio.

Extraño.

Un edificio en mitad de la nada.

-¿Tiene techo?

-Sería agradable, señor. Yo no lo distingo.

-Lo más agradable sería llegar a Pellia cuanto antes. Con mi padre muerto, el Imperio tiene razones suficientes para estar preocupado, Ratón. Y Quinto... -Omerio sufrió un escalofrío al pensar en su hermano mayor-. De él no sabemos nada todavía. Quieran los dioses que no haya corrido la misma suerte que nuestro padre.

Moma picó talones, comenzó a descender la colina. Dejaron atrás un par de árboles ahogados que a duras penas se mantenían de pie. El barro era menos viscoso en aquella ladera, aunque la hierba empapada resbalaba como una lámina de hielo.

-¿No es extraño que el tribuno de la Veintidós no os dijera nada sobre el general Publio, señor?

Omerio tiró del bocado de Pasoviejo para que redujese el ritmo. El caballo patinó, pero enseguida retomó el paso.

-Despacio, compañero -lo apaciguó. Analizó la expresión de su esclavo y arrugó la nariz-. ¿Marco Finio? Ese pobre desgraciado no sabía nada de lo

ocurrido en Isqia. Me da la sensación de que sobrevaloras al tribuno.

-Es que es un tribuno -Moma parpadeó varias veces-. Los tribunos son gente importante.

-Marco Finio no. Él sólo es un soldado que ha sabido forjarse un puesto de mando en la Veintidós, aprovechando que el gobernador de la Tormania vive cómodamente y no parece interesado en asumir la comandancia de la legión.

-¿Y qué decía el mensaje, si no es indiscreción?

Omerio se recogió en el interior de su pénula. Hizo de tripas corazón. Una Sombra era de hierro.

-Decía poco. Que mi padre fue muerto durante una batalla en el valle de Gaugamo, al norte de Isqia, durante la noche del eclipse. Parece que Yuma Gomblag le tendió una emboscada a nuestro ejército. Fue una masacre.

-No os apuréis, señor –el esclavo se adelantó a sus pensamientos, sagaz-. Estoy seguro que el generalPublio está bien. Aún tiene que salvarnos el pellejo a todos.

Omerio prefería no hablar de Quinto. Si las Tres Ancianas se lo habían llevado como a padre, él mismo bajaría a las entrañas del Ardas para buscarlo. Pero antes se haría cargo de Yuma Gomblag. Aquel ser corrosivo que llevaba años cebándose con Zurea.

Apretó los puños. ¿Cómo podía haber dado lugar a tal desastre? No permitiría que Quinto se ensuciara las manos. Iría y le sacaría las entrañas a Gomblag él mismo. Viajaría hasta el corazón de Isqia si era necesario. Ya tenía el plan trazado. Primero regresaría a Pellia y ofrecería sus respetos a los Claudio. Apoyaría a su hermano menor en la sucesión, asegurándose de que todo estuviera en orden. Bien sabía que éste iba a necesitar de cuanta ayuda pudiera reunir. Pero después iría a buscar a Yuma Gomblag. Y acabaría con él como el perro sarnoso que era.

La colina dio paso a una hondonada que discurría a lo largo de media milla. El suelo era una capa de agua de dos palmos, y las paredes del cañón estaban sembradas de plantas que Omerio no reconocía.

"Más parece una marisma", se dijo.

Justo entonces, la yegua torda de Moma
cabrioló salpicando en todas direcciones. Era un animal hermoso que

habían comprado en las caballerizas de la Veintidós.

-No he querido indagar estos días, señor –dijo el chico-. Hasta yo sé que hay momentos en los que es mejor callar. Pero no dejo de preguntarme en qué pensáis tanto.

-¿Ahora te has vuelto responsable, Ratón? ¿Así de pronto?

-Me preocupo, señor, nada más.

Omerio trató de explicarse con la mayor brevedad posible.

-Mientras nuestros comandantes en Isqia reorganizan los restos del ejército de Claudio, Yuma Gomblag tiene tiempo de sobra para marchar sobre la provincia. ¿Qué pasa si Isqia cae? ¿Y qué pasa con el resto de provincias? Gaia está justo al lado.

-¿Y el Senado? -se extrañó el muchacho-. Pensé que mandaría otro ejército para detener el avance de los amoks.

Omerio soltó un rebuzno.

-Bah, el Senado... no esperes que esos estén tomando cartas en el asunto. El Senado es un nido de víboras a cuál más venenosa. Los senadores sólo ansían escalar puestos en la carrera política. Obtener renombre y marchar a una provincia para gobernarla. O mejor dicho, para saquearla mientras dure su magistratura.

-¿Entonces, señor?

-Entonces el orden y el buen hacer no nos recibirán al llegar a casa.

-¿Y qué debo esperar?

-Que los más ricos, los Diranio y el resto, estén despedazándose los unos a los otros por los restos de Claudio, conspirando para arrebatarle el trono a mi hermano Erebo. Pondría la mano en el fuego a que no me equivoco -Omerio sabía bien cómo actuaban los Padres Fundadores-. Por eso pienso tanto, Ratón. Porque hay mucho en lo que pensar.

La hondonada dio paso a una vasta planicie llena de estanques regados por la lluvia. En mitad crecía huérfano el promontorio rocoso que habían visto a lo lejos. Guiaron a los caballos dando un rodeo, buscando un camino de subida. Al llegar al lado opuesto hallaron una larga pendiente. El agua había tornado la tierra en un cenagal rojizo. Un sendero artificial serpeaba evitando las rocas desgastadas y desembocaba

en una meseta que ofrecía una vista completa del Páramo de la Ceniza.

Allí aguardaba desde hacía eones: la piedra intemporal.

El edificio que habían avistado a lo lejos resultó ser un conjunto megalítico de aspecto primitivo, compuesto por una docena de losas colocadas en forma de círculo, apiladas y cerradas sobre sí. La más grande era inmensa, del tamaño de tres carros de bueyes. Las losas habían sido colocadas en bruto y no encajaban entre sí por completo, así que la estructura estaba repleta de agujeros de diferentes tamaños. Un musgo ocre había crecido en la parte más alta, de donde se derramaba una cascada de agua que caía a plomo sobre la tierra, dando lugar a un pequeño foso que recorría el perímetro del edificio.

Omerio alzó la cabeza y dio gracias a los dioses. Techo y paredes, contra todo pronóstico.

-Por Yzos, creo que me lo he hecho encima, señor -murmuró el esclavo con espanto.

-No te apures, Ratón, este lugar lleva abandonado miles de años.

Moma bajó a tierra, pero no se acercó al edificio. Temblequeaba bajo la lluvia con las manos metidas bajo las axilas, delgaducho y empapado hasta el tuétano. Ya era más alto que él, pensó Omerio.

-¿Qué es, señor? Parece la morada de un gigante.

-¿No querías un techo? -se burló Omerio-. Ven aquí, hombre.

-Creo que aún prefiero las posadas de la Vía Principal.

-Tienes dos opciones, Ratón -lo informó-. O te metes en el dolmen o te quedas bajo la lluvia. Pero si no entras cogerás una pulmonía. Nos quedan dos semanas de viaje hasta la frontera. Fíate de tu amo, si duermes al raso está noche habrás enfermado antes de llegar allí.

Moma se quedó muy callado. Miró alrededor, inspeccionando la meseta. No había nada. Sólo el dolmen y el árbol retorcido.

-Entraré -bufó-. Pero primero explicaos, señor.

Omerio desmontó con agilidad, lo tomó por un hombro y lo atrajo hacia sí con cariño.

-Hace mucho, antes de que los semios llegaran a Nuevo Mundo, antes de que los dioses crearan al hombre, hubo un tiempo en que los Gigantes Primigenios levantaron sus ciudades en estas tierras. No ibas

desencaminado, ¿sabes? Cuando fueron derrotados y desaparecieron, sus moradas de piedra cayeron en el olvido.

-¿Entonces si que era la casa de un gigante?

-Eso dicen algunos -expresó Omerio guiñándole un ojo-. Dicen que los dólmenes son lo que queda de aquellas ciudades.

-¿Y lo creéis, señor?

Omerio asintió.

-Mi gens desciende de los semios que fundaron Pellia -afirmó con orgullo-. Soy de la antigua sangre de Zur, heredero de las hazañas de Enor Eas y sus compañeros. Por supuesto que lo creo. Pero los gigantes desaparecieron hace mucho. Y nunca he visto nada que me haga pensar lo contrario. Además, ¿cómo subieron estas piedras hasta aquí unos simples mortales?

-¿Queréis decir que este lugar lleva abandonado desde entonces?

-Ya te he dicho que en el Páramo de la Ceniza no vive nadie.

-¿Nada de gigantes?

-Te lo prometo. Tendrían que alimentarse de mosquitos.

Moma se señaló a sí mismo con el pulgar.

-Igualito que yo, señor.

Había una habitación circular. Era enorme y estaba rodeada por una doble columnata de color rojo. En el centro escupía agua una fuente circular forrada de espejos. La luz resplandecía con un fulgor cegador.

Padre lo llamaba a su lado sentado en el brocal. El reflejo de los espejos brillaba sobre aquel rostro, y recordaba más a Quinto que al pequeño Erebo, quien era su auténtico hijo natural. Pero Claudio estaba haciendo algo que Quinto nunca hacía, uraño y meditabundo como su hermano mayor era: sonreía de oreja a oreja. Le hacía indicaciones con una mano para que se acercara.

Movía los labios, si bien, Omerio no escuchaba su voz.

¿Por qué estaba la sala tan en silencio?

Echó a caminar en dirección a la fuente. La sala era más grande de lo que había pensado. Conocía aquella habitación, pero no sabía de qué. No era capaz de recordarlo. Entonces se dio cuenta de que noestaba avanzando. Movía los pies, pero padre continuaba siempre igual de lejos. Las paredes comenzaron a agitarse. Levemente al principio, con gran violencia después. Se percibía un gorgojeo al otro lado. Una fuerza que pugnaba por atravesar la piedra cromada.

Y, de golpe, estaba junto a padre.

Claudio había dejado de sonreír. Tenía un tajo en la garganta. Omerio lo sujetaba entre sus brazos. Notaba la fuerza vital escapando de su cuerpo. La sangre de la herida cayó sobre la fuente y tornó el agua en vino. Padre agonizaba. Su voz enmudecía bajo el creciente rugido que pugnaba por reventar las paredes. Omerio sostenía una daga ensangrentada en su mano derecha. Escrutó ambas intermitentemente: al arma y la herida abierta en la garganta de Claudio.

Contempló el aliento de la muerte ensombreciendo sus ojos. Al entender lo que había hecho, el hierro se le escurrió entre los dedos. Dio un paso atrás. "No", pensó horrorizado. "No, yo nunca...". Las paredes estallaron. La luz se consumió en un instante. Una avalancha de agua roja inundó la sala.

Pero no era agua. Era sangre.

Omerio despertó creyendo que se ahogaba. Estaba rodeado de oscuridad. Hacía frío y el tamborileo de la lluvia repicaba contra el techo del dolmen.

Era noche entrada. Un sueño nada más.

Moma dormía cubierto de pieles, cerca de unas brasas que se consumían apaciblemente. Necesitaba aire, se dijo. La lluvia le sentaría bien. Enjugarse el sudor de la cara y la nuca le aclararía las ideas.

Fuera chispeaba. Se escuchaba bramar al trueno al otro lado del páramo. Omerio se pegó a la pared del dolmen, bajo el saliente de la losa del techo. No había luna. Se advertía su brillo al otro lado de las nubes, pero el astro permanecía oculto como un secreto guardado por los dioses celestiales.

Había quien decía que el clima de la Tormania era un castigo de Yzos, el Dios Sol, ofendido porque los arcaicos nativos habían adorado a

hurtadillas a su esposa Énade, la Luna Fértil, en lugar de a él. Los dioses eran rencorosos. Omerio lo tenía claro. En ese sentido estaban hechos de la misma pasta que los humanos. Puede que sus cuerpos fueran inmortales, pero sangraban de las emociones igual que cualquiera.

¿Cómo podía él, un humilde asesino, aspirar a estar por encima de los Dioses de las Corrientes? Que Yzos lo perdonara, entendía la pesadilla que acababa de soñar. Puede que él no hubiera degollado a padre, pero había permitido que se marchara a Isqia. Y, peor aún, había consentido en no hacerse cargo de los líderes amok cuando siempre había sabido que esa era la más vital de sus obligaciones.

-¿Por qué, padre? -inquirió acechando a la luna-. Uno por uno y adiós a todos ellos. Te lo advertí. Te dije que era mejor cortar el problema de raíz. ¿Por qué nunca me dejaste ir? ¿Por qué frenaste mi cuchillo?

Permaneció en silencio, sin apartar la vista del cielo, arropado por el murmullo de la lluvia. Aguzó el oído. Aguardó una señal, una respuesta divina. Algo. Estaba muy oscuro, pero daba la sensación de que las nubes se desplazaban por la bóveda celeste a ritmo de vértigo. Una rueda de molino que giraba accionada por la energía de un río brumoso. Un crujido en la noche lo alertó. La lluvia no producía sonidos como aquél. Pisadas.

¿Pero qué...?

Un destello metálico surgió de la nada a tres palmos de su cara. Tuvo el tiempo justo para armar suguardia, codos arriba, y detener con la siniestra un brazo acabado en un aguijón.

El hierro le arañó la frente.

Su diestra actuó maquinalmente: puño como martillo sobre el codo atacante para desmantelar el brazo. Un estímulo automático adquirido a través de miles de horas de entrenamiento. Contundente. Sintió el hueso salirse de la articulación. Escuchó el posterior chillido de dolor. Al golpe en el brazo lo siguió otro en el pectoral. Tenía localizada la cabeza del tipo por su respiración y sus jadeos, y no erró. Soltó el aire, endureció el codo derecho y lo alcanzó en el pecho, estampándolo contra la pared. Le pegó un pisotón en el arco del pie, obligándolo a doblar el cuerpo, y recibió con el codo opuesto el rostro que se aproximaba al suelo impulsado por la inercia del espasmo.

El brazo le calambreó al destrozar el cráneo.

Recogía la guardia cuando un rayo cruzó el horizonte iluminando la meseta. Entonces los vio. Había dos hombres más, uno a la derecha, a menos de tres pasos, el otro a la izquierda, más atrasado. Ambos iban

armados. Cuchillo. Hacha.

¿Bandidos?

Omerio no tenía tiempo de buscar por el suelo el arma de su primer agresor. Tampoco de pensar en una estrategia. Sólo sabía que no debía despegarse de la pared. La pared evitaría que descubriera su espalda. Y necesitaba un arma. Necesitaba un arma cuanto antes. El tipo de la derecha ya estaba encima de él.

Un trueno crujió. Un rayo iluminó. Aquella vez la Sombra no esperó a defenderse. Omerio colocó las manos sobre la cabeza, cerró los codos en triángulo y avanzó. Lo primero era deshacerse del arma. Tenía a su agresor a un palmo. Asentó los pies y flexionó las rodillas. La secuencia de movimientos se desplegó en su mente nada más oler la uva fermentada en el aliento de su oponente: derechazo directo al interior del brazo armado, barrido con la siniestra para crear una apertura en la zona torácica, codo a la flotante derecha, codo a la boca del estómago, palmada en la oreja, directo al cuello. Realizó cada golpe como si fuera el último de su vida. A matar. Supo que el estómago, el hígado y el corazón de su enemigo habían cedido a la dureza de sus articulaciones, a sus nudillos, a sus codos. Escuchó cada uno de sus quejidos. Los puntos de presión no fallaban.

¡Bum!

Omerio se mordió el labio. Los ojos le hicieron chiribitas. Un dolor ardiente le abrasó el costado y le sacudió el cuerpo entero. Dejó escapar un alarido. El otro. El tercero. Malnacido. Lo había alcanzado. ¿Estaba herido? Se volvió para recibir con la guardia alta el mango de un hacha que le hizo polvo el antebrazo.

-¿Señor, estáis fuera?

Se agachó a tiempo para esquivar un hachazo que rascó la pared haciendo saltar chispas.

¿Moma? ¡Mierda! ¿Dónde...?

Dejó caer todo su peso, con los codos por delante, las palmas de las manos apoyadas contra la cabeza, endureciendo el triángulo de su guardia. Alcanzó a su atacante en el plexo solar. Adiós al aire. Ambos cayeron aparatosamente sobre un charco. El hacha salió volando y se perdió en la oscuridad.

-¿Señor?

¡Sí que era la voz del chico, por todos los dioses!

-¿Me oís?

Omerio estaba encima de su enemigo, pero éste ya se recomponía. Le hundió el codo derecho en las costillas. La ropa mojada pesaba, dificultaba los movimientos, pero no le impidió descargar su ira.

-¡Estoy bien, Ratón! -gritó sin dejar de cubrirse. El chico no debía verlo pelear bajo ningún concepto. Si salía del dolmen estaba perdido, descubriría el pastel-. ¡He tenido una pesadilla, eso es todo! ¡Vuelve a dor...!

Un bofetón surgió del suelo y lo alcanzó en la oreja.

Bellaco.

Su guardia había cubierto la mayor parte del golpe, pero el oído le zumbaba. Y no pudo reprimir tampoco el puñetazo que le alcanzó la décima costilla por el otro lado. Había encajado golpes de todo tipo a lo largo de su vida. Había estudiado las consecuencias de cada uno. Supo que tendría problemas para orinar durante una semana. El tipo era mucho más grande que él. Y mucho más fuerte. Apretó la quijada y le lanzó un cabezazo. El rostro que gesticulaba en la oscuridad lo saludó con blandura, carne tierna.

-Señor, no os he oído bien. ¿Qué decís?

-¡Que vuelvas a dormir!

-Pero...

¿La voz sonaba más cerca?

-¡No salgas, Ratón! -masculló cubriéndose de otro puñetazo. Se preguntó por qué no caía aquel cabrón. El agua saltaba por todas partes-. ¡Te mojarás la ropa seca!

-¿Estáis bien, señor?

Suficiente.

Omerio le agarró un brazo al bandido y se lo retorció con una llave. Le metió la cara en el charco y apretó. Por la Sombra Invicta que apretó.

-¡Estoy perfectamente, Ratón! -afirmó, fingiendo tanta serenidad como pudo reunir. Su atacante se retorcía bajo él dando manotazos al aire con

la mano libre-. ¡He tenido un mal sueño, eso es todo! ¡Compórtate y vuelve a dormir, está lloviendo a cántaros!

-¿Os estáis mojando o no?

-¡Claro que me estoy mojando, pero no quiero que tú también te mojes!

El tipo trató de zafarse, pero Omerio no se lo permitió. Hizo palanca con la rodilla y le sacó el hombro del sitio. Después siguió apretando. Escuchaba el burbujeo del agua. Percibía la energía de los espasmos que recorrían el cuerpo de su víctima. Él se lo había buscado. Todos ellos, bastardos malnacidos. Se acordó de Yuma Gomblag. De cuánto lo odiaba por haber asesinado a su padre adoptivo. Apretó más. Otro rayo surcó el cielo. Cuando la oscuridad regreso al Páramo de la Ceniza, el bandido, fuera quien fuera, había muerto.

Omerio no se permitió descansar. Se puso en pie de un salto y corrió a trompicones hasta la entrada del dolmen. Sus pulmones pedían aire. Se apoyó en el umbral de la puerta justo a tiempo. Tal y como pensaba... el chico estaba a punto de salir.

-¿Pero yo qué te he dicho? -le espetó mientras intentaba ocultar sus jadeos-. ¡Que está lloviendo como si se acabara el mundo, Ratón!

-Estáis calado hasta los huesos, señor -bostezó el esclavo.

Omerio trató de taponar la visibilidad de la entrada. No había explicación que pudiera justificar aquellos cuerpos tendidos en el suelo.

-Claro que estoy calado, por eso te digo que te quedes dentro. Venga, es una orden.

-¿Os habéis caído?

-¿Por qué lo dices?

-Porque estáis lleno de barro -respondió el mucho con expresión somnolienta-. Y porque jadeáis como si huyerais de un Rey del Bosque. Además, tenéis un corte en la frente, señor.

Omerio sintió un escalofrío.

-Pues sí, los caballos se han soltado y me he caído -afirmó manteniendo la calma-. El suelo resbala. ¿Contento? Ahora vete a dormir, es una orden.

-Pero...

-¡Eh! ¿Qué te he dicho sobre coger una pulmonía?

Moma soltó un bufido y regresó al interior del dolmen. Omerio aguardó en la entrada hasta que se hubo arrebujado entre las pieles. Después se dio la vuelta y contempló hastiado el panorama que sembraba la meseta. Tres cuerpos. Uno muerto. Dos moribundos. El del cráneo roto no sobreviviría a aquella noche, y el otro... bueno, no iba a concederle el beneficio de la duda. Volvió a escrutar al cielo. Se permitió jadear por fin. Le dolían las costillas a rabiar. ¿Se había roto algo? Por la Tríada, no podía creer que Moma hubiera estado a punto de pillarlo.

-¿Lo ves ahora, padre? -susurró-. Ser la Daga del Emperador es mucho más que degollar traidores.

Otro rayo iluminó el cielo. El agua redobló su entusiasmo.

"Ahora sí que diluvia", pensó, triste.

Todavía tenía que deshacerse de aquellos bastardos. Iba a llevarle toda la noche esconder los cuerpos para que Moma no los viese.

Y tenía ganas de orinar.

-Si lo sabré yo -murmuró-. El viaje de mi vida.

Al día siguiente abandonaron el dolmen como si nada hubiera ocurrido. Omerio estaba seguro de que se había fisurado una costilla, pero se esforzó en no demostrárselo al chico, intercalando el montar y el caminar durante gran parte de la jornada. Llovía poco. Eso hizo llevaderas las últimas millas del páramo. Por la tarde asomaron grupos de hayas, robles y pinos. Arboledas que se cruzaban en el camino prometiendo la cercanía de regiones más boscosas. Moma llevó a cabo un par de cabalgadas. Estaba de buen humor, dado que los mosquitos habían desaparecido, y no parecía sospechar nada del violento incidente ocurrido durante la madrugada.

-Esta zona es hermosa, señor -observó tras la segunda carrera-. No me construiría una casita por aquí, pero hay campos verdes interminables como no los había visto nunca.

Omerio había saciado parte de su rabia desquitándose con los bandidos, pero su desdicha no había mermado. A los pensamientos que lo carcomían, al natural desasosiego que implicaba la falta de información sobre su hermano Quinto, y a la angustia por la pérdida de padre, se había sumado el irritante dolor en las costillas. Maldijo a los ancestros de sus atacantes. ¿Qué diantres hacían tres bandidos en mitad de la nada,

sin gente a la que robar?

-Es cuestión de gustos, Ratón -gruñó-. Campos verdes o sol radiante.

-No cambiaría el sol de la Elba por nada del mundo, señor. Por cierto, ¿dónde estamos?

Omerio alargó el cuello.

-En las inmediaciones del bosque de Tecora –dijo.

Estaban tomando en aquel momento la cumbre de un pequeño altiplano. Al otro lado había una pradera que se extendía virgen hasta una colina y un bosque de aspecto tupido. El bosque de Tecora, si antes hablaban.

Y había algo más.

-Por la Diadema de Iso, ¿qué demonios es eso? -Moma pegó tal respingo que casi se cayó de su yegua-. Es...

Omerio contuvo la respiración.

-No te preocupes, no corremos peligro -murmuró espoleando a Pasoviejo-. Es tan natural como una combustión espontánea.

-Pues espero que sea menos doloroso, señor. Al viejo Mino Aufidio, de la calle de los orfebres se lo llevó una combustión de esas el año pasado. Estaba paseando por el Campo de Hécato y se prendió fuego, así sin más. Menuda faena. Habría abrasado medio distrito si no lo hubiera apagado el cuerpo de vigiles. ¡Cómo olía!

Omerio chasqueó la lengua.

-¿Mino Aufidio no era un sodomita?

-Y de los buenos. Permitía que sus esclavos lo vejaran por detrás.

-A los dioses no les gustan esa clase de hombres, sumisos y degradados. Un zuriano libre jamás debería dejarse penetrar por alguien de menor rango. Ese es un vicio de los degenerados. Por eso se quemó Aufidio. Pero tú no eres un sodomita, ¿verdad?

El esclavo hizo un gesto de contrariedad.

-No he tenido oportunidad, señor -afirmó-. Aunque quizás si me dejarais visitar el burdel que hay al lado de la villa podría conocer mujer de una

vez. Espurio el hijo de Cirene ya es hombre.

-Entonces habla con Espurio. O con Cirene. Yo no recuerdo haberte prohibido visitar el burdel.

Omerio no entendía de aquellas cosas. Hacía más de veinte años que no veía desnuda a una mujer. Los votos eran los votos. La Hermandad había sido muy estricta en tanto a eso. El precio por ser Sombra. Nada de bebidas fermentadas, nada de sustancias narcóticas, nada de fornicar. Y aunque cabía decir que en aquellos veinte años no había experimentado sentimientos afectivos hacia otro ser humano, más allá de sus allegados, su familia adoptiva, Moma y un par de clientes, la sola mención del asunto hacía que se sintiera tremendamente incómodo.

Cambió de tema.

-No veía una de éstas desde que tenía tu edad, Ratón -murmuró.

-Sí, pero ¿qué es?

-Es un área flotante, por supuesto.

El muchacho le dirigió una mirada cargada de extrañeza.

-Si no me decís más es como si me hablarais en tormano, señor.

-Un fenómeno meteorológico que ocurre rara vez –explicó Omerio-. Y parece que la diosa Providencia nos ha sonreído poniéndolo en nuestro camino.

A menos de quinientos pasos, frente al lindero del bosque, se erguía un conjunto megalítico aún más grande que el que los había cobijado durante la noche. Estaba formado por un corredor techado que conducía hasta un amplio círculo de monolitos gigantes. Dentro de aquel círculo, la cortina de lluvia esbozaba el contorno de un espacio esférico. Un techo de vidrio. Como si un ser colosal, mucho mayor que los gigantes que habían construido el dolmen, hubiera dispuesto una gran cúpula de cristal sobre cuya superficie resbalaba el agua.

-¿Un área flotante? -repitió Moma con una mueca idiota-. Mi gramático nunca me ha hablado de nada parecido, señor.

-Venga, deberíamos acercarnos.

-No sé yo, señor.

-¿Cómo que no? Puede que sea una oportunidad única en la vida, Ratón. Desconocemos cuánto tiempo permanecerá activa. El área podría

desvanecerse mañana o el mes que viene.

El esclavo no parecía tan convencido como él, por su expresión. Siguió a Omerio manteniendo cierta distancia, procurando que su montura no se quedara demasiado atrás.

-Parece obra de los mismos seres que hicieron el dol... dolmo.

-Dolmen.

-Eso.

-¿Gigantes? -inquirió Omerio-. Pero lo dudo. El área viene de más arriba, Ratón.

-¿De los dioses?

-¿De quién si no? Los Gigantes Primigenios construyeron el conjunto, pero Yzos Todopoderoso es el Señor del Cosmos.

-¿Y se puede entrar?

Omerio se frotó la barbilla.

-Sólo hay una forma de averiguarlo, ¿no te parece?

Los enormes megalitos superaban, en algunos casos, la altura del segundo piso de una ínsula, los bloques de viviendas que infestaban los barrios bajos de la capital imperial. Omerio estaba convencido de que ningún hombre habría sido capaz de arrastrar aquellas piedras inamovibles. Y su imaginación comenzó a volar, como vuela el pinzón entre las ramas de la reverdecida foresta.

Según había dejado escrito el poeta Ásbolos en su "Origen del Cosmos", cuando las brasas del mundo estaban todavía candentes, la Madre Tierra tuvo dos hermanos, el Cielo Estrellado y el Tiempo Eterno. La diosa yació con ambos y dio a luz a la Tríada de las Corrientes, el Sol Yzos , la Luna Énade y el Océano Eccelión, y también al oscuro dios Ardas. Pero también a una prole de engendros conocidos como los Gigantes Primigenios. Siete calamidades inmortales que fueron la maldición de su era: Peste, Helada, Sismo, Sequía, Tifón, Erupción y Muerte. Y que hicieron la guerra a los Dioses de las Corrientes durante más tiempo del que llevaba existiendo el mundo de los hombres. Influenciado por la energía que manaba de aquel lugar, Omerio se sintió más cerca de Yzos, Padre de los Hombres, de lo que se había sentido en todo el viaje.

Una vez delante del área flotante fue patente que la lluvia no rebotaba contra ninguna cúpula de vidrio, dado que no había superficie contra la

que rebotar. Y, sin embargo, la cúpula existía, y era muy visible desde tan cerca. Había un gran espacio opaco, diferente del resto de la pradera. En su interior, miles de gotas de lluvia flotaban suspendidas en el aire, obedientes a un enigmático hechizo cuya naturaleza sólo los dioses comprendían. Se movían a través del espacio sin ser atraídas por el suelo, privadas de peso. Cada una consu brillo particular, más azul, más verde, más perlado. Omerio alzó la vista y rezó una oración a la Tríada, sobrecogido.

Era como mirar al interior de un sueño. En cuanto el agua penetraba en el rango de acción del fenómeno, las gotas perdían todo impulso y comenzaba a mecerse, dispersas, chocando las unas con las otras. Junto a ellas levitaba todo lo que no estaba amarrado al suelo: piedras de diverso tamaño, hojas que el viento había arrastrado hasta allí, flores de colores... Una imagen perfumada de misterio, pero también de belleza arrebatadora.

Moma se aproximó al borde del área flotante. Su yegua se resistió. Los animales no gustaban de aquellos fenómenos y, a menudo, los rehuían.

-No entiendo por qué los dioses querrían crear algo semejante –comentó el muchacho.

Pasoviejo, al contrario que su compañera equina, no hizo ademán de alejarse. La pereza no le restaba valentía, sólo brío.

Omerio alargó una mano. Cuando la introdujo en el área, el peso de su extremidad desapareció al punto. Las agujas de agua suspendidas le humedecieron la piel. Estaban frías. Las apartó y contempló cómo se dispersaban en todas direcciones. Atrapó una roca de proporciones considerables. La sopesó. Más que liviana era aire. Tiró de ella y en cuanto la sacó del área flotante fue como si hubiera recobrado su pesohabitual. El efecto lo pilló por sorpresa. La piedra se le cayó, tocó tierra y allí quedó clavada, donde siempre debería haber estado.

Moma tenía los ojos tan abiertos que el blanco resaltó el betún de su piel. No articulaba palabra. Todoél era un balbuceo.

-Lo sé, lo sé Ratón -lo ayudó Omerio-. Puedes meter el brazo si quieres.

-No sé yo, señor.

-Te arrepentirás si te vas sin hacerlo, y luego tendré que andar escuchando tus reproches de matrona el resto del viaje.

-¿A quién llamáis matrona?

Moma frunció el ceño y desmontó de un salto. Antes de un parpadeo tenía el brazo hundido hasta el codo en el área flotante, y antes de un parpadeo su expresión fue otra diferente.

-¡Me habría arrepentido, señor! –confesó, los ojos brillantes-. ¿Puedo entrar?

Saltaba como un niño con un juguete nuevo. Al tercer brinco tropezó, perdió el equilibrio y calló de bruces dentro del área. Rodó. Dio una vuelta por el suelo y a mitad de la segunda salió despedido hacia arriba. Volaba. Sin obstáculos más pesados que él que detuvieran su avance, subió y subió. Y cuando perdió la fuerza que traía, estaba ya a más de quince pasos por encima de Omerio. Allí permaneció, girando, carcajeando y gritando, desquiciado de emoción.

-¡Señor, subid aquí conmigo! ¡Es increíble! ¡Mirad, estoy volando!

-Maldita sea, Ratón, ¿por qué no tienes más cuidado? ¿Sabes la prisa que tenemos?

-¡Me he caído!

-Te dije que podías meter el brazo, no que podías saltar dentro. Debería marcharme y dejarte aquí hasta que el área flotante se desvanezca.

El esclavo cortó su cháchara.

-¡Por favor, no!

-Tienes suerte de que tu amo sea yo y no otro, ¿lo sabías?

-¡Y por ello doy gracias a la Tríada cada día de mi vida, señor!

-¿Te portarás bien?

-Me portaré bien, pero por favor, no me dejéis aquí. ¡No quiero que los Reyes del Bosque se me coman!

Omerio estaba hasta las narices del esclavo. Hasta las narices del clima. Hasta las narices del mundo. A regañadientes, sacó una soga de entre sus pertenencias y la amarró a la silla de montar de Pasoviejo. Después se la ató a la cintura y regresó al borde del área flotante.

-Voy a subir a por ti. Quédate quieto. No hablarás hasta nueva orden,

¿entendido?

Dio un paso al frente y penetró en el área. Una maravillosa sensación se apoderó de sus músculos. Como si cada fibra de su ser fuera alentada a ascender sin restricciones. Si existía la libertad no podía ser otra cosa que aquello.

Libertad absoluta.

Hubiera permanecido allí por toda la eternidad, libre de cargas. Incluso las que lastraban su ánimo parecían haberse desvanecido, no ya sopladas por un viento otoñal, como las hojas secas arrastradas a su suerte, si no, más bien, como una aliento pesado que hubiera escapado de él tras un latido de corazón.

Entonces recordó la advertencia de sus maestros, tantos años atrás. No se podía dominar el cuerpo sin dominar la mente. Y no se podía dominar la mente cuando ésta se hallaba sometida a las pasiones humanas.

"Deja a un lado quién eres y acepta la nada, si quieres convertirte en Sombra", le dijeron.

La nada.

Ahora lo comprendía.

Sentirse como si no fuera nada.

Como si no hubiera nada.

Como si todas sus fatigas ya no existieran.

Ni siquiera la muerte de Claudio.

-¿Subís, señor?

Inspiró. Espiró.

Qué serenidad, dioses.

Tomó impulso y llegó hasta el muchacho llevándose por delante gotas de agua, flores y hasta una rama extraviada que flotaba por allí. Nada de ello lo incordió.

Se sentía... muy bien.

El esclavo se agarró a él, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos. Omerio pegó un silbido y Pasoviejo comenzó a retroceder, tirando de ellos. La magia del área flotante los mantenía en alto, pero no podía impedir que se acercaran a su linde poco a poco. Cuando por fin escaparon del radio de acción del fenómeno, ambos cayeron a plomo.

El golpe fue severo.

Omerio estaba seguro de que la costilla fisurada iba a matarlo de dolor. Se clavó las uñas en las manos y enclavijó los dientes. Moma arrastró el cuerpo hasta él.

-¡Lo lamento muchísimo señor! ¡Castigadme, os lo suplico!

-¡Maldito insensato! ¿Te has hecho daño?

El esclavo vaciló. Se agarraba la rodilla con expresión compungida, pero no levantaba la vista del suelo.

-Me duele la pierna, señor. Aunque puedo ponerme en pie.

-¡Perfecto, irás andando el resto del camino! Y la próxima vez te lo pensarás dos veces antes de jugar con ciertas cosas.

Moma asintió. Comenzó a caminar cojeando y se alejó cabizbajo en dirección al bosque de Tecora. Omerio no le tenía la menor lástima. Levantó la cabeza. Unas gotas le besaron el rostro. Llovía como cualquier otro día, pero el cielo le pareció menos gris que unas horas antes. El estómago le pesaba menos, y sabía lo que debía hacer en adelante: Yuma Gomblag aguardaba.

Sonrió.

Por fin se sentía como él mismo.